



Concepciones fundamentales

Comentario [LT1]:

Vicente Gay Y Forner



Ediciones EL ÚLTIMO AVATARA AUTORIZA Y RECOMIENDA LA REPRODUCCIÓN Y DIFUSIÓN POR CUALQUIER MEDIO DEL SIGUIENTE TEXTO, AGRADECIENDO SEA CITADA SU PROCEDENCIA.

NOTAS DE LA EDICIÓN:

Ediciones EL ÚLTIMO AVATARA tiene el honor de presentarles la edición en soporte informático de los capítulos dedicados al Nacionalsocialismo de la obra "QUÉ ES EL SOCIALISMO. QUÉ ES EL MARXISMO. QUÉ ES EL FASCISMO. LA LUCHA DE LAS TRES DOCTRINAS", del Catedrático universitario D. Vicente Gay y Forner, publicado en 1933 en Barcelona por Librería Bosch, a los pocos meses de haber conseguido el Poder el movimiento hitleriano y recién comenzado el resurgir del pueblo alemán.

El autor, proveniente de las filas del catolicismo monárquico antiliberal, analiza en los epígrafes seleccionados los puntos fundamentales de la cosmovisión y doctrina Nacionalsocialistas, tomando para ello como referencia principal a Gottfried Feder, en sus obras "El programa del partido obrero nacional-socialista alemán y sus pensamientos fundamentales sobre la concepción del mundo" y "El Estado alemán en sus fundamentos nacionales y sociales" (Der Deutsche Staat auf nationaler und sozialer Grundlage, München, 1932).



INDICE

-CONCEPCIONES FUNDAMENTALES DEL NACIONAL-SOCIALISMO

1.-NUEVA CONCEPCIÓN DEL MUNDO

2.-CONCEPCIONES ECONÓMICAS: IDEA DEL VALOR

3.-LA UTILIDAD SOCIAL PRIMERO QUE LA UTILIDAD PARTICULAR

4.-FIN DE LA POLÍTICA ECONÓMICA ES CUBRIR NECESIDADES, NO AUMENTAR LA RENTABILIDAD DEL PRÉSTAMO CAPITALISTA

5.-EMANCIPACIÓN DE LA SERVIDUMBRE DEL INTERÉS DEL DINERO

6.-LA POLÍTICA FINANCIERA: LA POTENCIA MONETARIA NO DEBE FORMAR UN ESTADO DENTRO DE OTRO ESTADO

7.-LA POLÍTICA AGRARIA

8.-POLÍTICA INDUSTRIAL

9.-LA POLÍTICA COMERCIAL. LOS BAZARES

10.-LA ESTATIFICACIÓN

11.-LA HACIENDA. EL ESTADO SIN IMPUESTOS

-ANTI-MARX

1.-ANTI-MARX

2.-SOLIDARIDAD, NO LUCHA DE CLASES

3.-COMPOSICIÓN DEL PARTIDO NACIONAL-SOCIALISTA

4.-LA CRUZ GAMADA

5.-EL SOCIALISMO NACIONAL Y EL ANTIFASCISMO DE LOS MARXISTAS

-POSTSCRIPTUM

-CONCEPCIONES FUNDAMENTALES DEL NACIONAL-SOCIALISMO

1.-NUEVA CONCEPCIÓN DEL MUNDO

La base ideológica del nacional-socialismo la designan sus fundadores con el nombre de "nueva concepción del mundo" (Weltanschauung). Ello significa tanto como una nueva representación de la vida, otra imagen, sino nueva, como quieren los nacional-socialistas, muy diferente, por lo menos, de la que imperaba en Alemania después de la guerra grande. Es algo así como un nuevo clima, otro ambiente moral en el que los espíritus ven las cosas desde otro ángulo visual.

Complementaria de esta concepción es la afirmación relativa al pueblo alemán, que se concibe como una hermandad (Volksgemeinschaft), teniendo como distintivo el ser una comunidad cultural y racial.

La sociedad alemana no está concebida como una agregación de individuos, como lo hace una concepción individualista y abstracta que ha venido imperando en la política liberal democrática y de las concepciones abstractas del revolucionarismo francés. Alemania, a semejanza de la concepción italo-fascista, es una realidad espiritual histórica con caracteres distintivos.

Todo lo que no esté conforme con este punto de vista, no puede ser nacional-socialista. Y es indudable que para un viejo liberal esa idea de la comunidad superior de la nación y esos deberes que ello engendra, con las correspondientes limitaciones y subordinaciones en bien de la comunidad, resultará algo inconcebible y rechazable. Pero lo cierto es que las grandes reformas que se consignan en el programa del partido no pueden concebirse sino en armonía con tales bases ideológicas.

2.-CONCEPCIONES ECONÓMICAS. IDEA DEL VALOR

Para la concepción integral y filosofía económica del nacional-socialismo alemán, se formulan estos principios: «Objeto, fin y tendencia de la economía no consisten en una cosa, sino, siempre, el hombre únicamente: la conservación y aumento de su fuerza».

Y ello quiere decir que la economía no es fin en sí misma sino un medio para asegurar la fuerza del pueblo. Esta es la verdad que no reconocen las concepciones políticas y económicas dominantes de procedencia liberal capitalista.

Expliquemos la cuestión:

Tanto en la teoría como en la práctica de la economía se suele colocar en posición antagónica la producción y el consumo y como antitéticos los intereses de los productores y los consumidores. Y se llama producción económica a la obtención de valores de uso. Y así se acepta que el valor que tiene, por ejemplo, el carbón, de uso o consumo, está ya completo cuando se encuentra preparado para entrar en el horno. De análoga manera piensa el sastre que ha creado un valor económico cuando termina un traje; el labrador cuando ha cosechado su trigo, patatas u obtenido leche de su ganado; el hortelano, sus legumbres; el capitalista, al instalar una fábrica, y el pintor cuando termina un cuadro. Pero esto es un gran error. Todos ellos exageran desconsideradamente su trabajo. Y reciben una dura lección cuando pasa el tiempo y, como ahora sucede, no hay salida para sus productos. El carbón se queda en la bocamina y se cubre de musgo, los vestidos se apolillan y pasan de moda, el trigo se pica, las patatas se pudren, se agria la leche y las máquinas de las fábricas se oxidan y quedan anticuadas. Y entonces los productores sueltan la eterna queja de que sus productos han perdido su valor. Pero, ¿cómo es esto posible si su valor estaba completamente logrado?

El error está en lo siguiente: en los casos del ejemplo siempre ha estado ausente uno y el mismo sujeto, que es el consumidor. Sin él, las mercancías mejores o más bellas, ya sean trigo, carne, carbón o piedras preciosas; no tienen valor. Ese consumidor, tan despreciado y tan deseado al mismo tiempo por la política económica, es lo imprescindible para el perfeccionamiento de la adquisición de valores. Los valores económicos sólo se logran cuando se consumen. Esto parece una contradicción si se profesa la creencia de que el consumo económico supone un aniquilamiento o destrucción de valores, cosa completamente equivocada. La pérdida del valor consiste, precisamente, en que faltando el consumo los productos no recorren el ciclo natural económico que se cierra en el consumo; las fases productivas y de preparación significan tan sólo una parte de la formación del valor, pero no todo él. Los valores naturales pasan a ser riqueza cuando se transforman y apropian, y adquieren pleno valor cuando se consumen y traducen en aumento de fuerza humana. Entonces adquieren la plenitud de su valor. Por lo tanto, no puede haber oposición entre productores y consumidores, porque no cabe antítesis en las fases sucesivas de la valorización.

Por lo tanto, para una comunidad de adquisición de valores, tanto los productores como los consumidores son elementos igualmente importantes y ordenados. Los elementos activos de la economía deben comprender que la función económica no se reduce a la producción de bienes, sino también a su conservación, aumento y subida de la fuerza humana, para lo cual la obtención de los bienes no es más que una preparación. Los bienes materiales, las patatas, el trigo, las máquinas y el carbón, por ejemplo, no son sino medios apropiados para fines más elevados.

En este proceso de valores, existen relaciones de dependencia que son, al mismo tiempo, posiciones diversas de poder y dominio, que pueden provocar conflictos sociales y perturbaciones económicas trascendentales. Tres capas de importancia indudable aparecen en el elemento personal de la producción: la representada por el capitalista que proporciona el dinero, la del empresario y la de los trabajadores. Sólo un fuerte poder de Estado puede garantizar el desenvolvimiento normal de esos elementos en la comunidad económica.

Las teorías que atribuyen el valor económico a un solo elemento o fase del proceso económico son, por definición, falsas. Ni la fuente del valor está en la naturaleza, como quieren los fisiócratas, ni en el trabajo y en el valor de cambio, como sostienen los clásicos y los marxistas. Hay que buscar el valor en toda la fase de producción y consumo, en todo el ciclo económico, que culmina en el rendimiento social útil. Este es el sentido de la interpretación nacional-socialista (Klagges, *Reichtum und soziale Gerechtigkeit*, 1932).

3.-LA UTILIDAD SOCIAL PRIMERO QUE LA UTILIDAD PARTICULAR

Esta afirmación arranca del maridaje que forzosamente ha de existir entre la Economía y la Moral. Si se separan como valores indiferentes en la vida económica, ésta caería en la prostitución. Después de todo, ¿qué es la prostitución y la trata de blancas y de blancos, como antes la de negros, sino prostitución?

Lealtad en el comercio; laboriosidad y sentimiento del deber en los empleados y trabajadores. Inteligencia, equidad y espíritu de empresa. Sin esto no florece la economía.

Las huelgas violentas o de brazos caídos, los sabotajes, la lucha de clases, son la negación de aquellos principios.

Además, el móvil de las acciones humanas no es siempre el egoísmo. El egoísmo no es una constante absoluta; puede modificarse o quedar vencido por sentimientos altruistas. Esto es lo que los economistas de la nueva concepción llaman "predominio del momento social".

Las antiguas religiones estaban inspiradas en el sensualismo. Babilonia y la idolatría oriental, en sus diversas formas, son un ejemplo de ello. El cristianismo es la afirmación del imperio de los sentimientos de amor al prójimo sobre el egoísmo, la substitución de las ideas antropocéntricas por las místicas, o sea de identificación con la Divinidad. Si no fuera posible esta eliminación del poder exclusivo del egoísmo, ¿habría podido propagarse el cristianismo tanto sobre los vivos como sobre los muertos? Se me podrá argüir que su triunfo aún no es completo. No lo niego, pero, gracias a su predicación, la humanidad ha hecho obras admirables, instituciones cada vez más grandes: templos, hospitales, asilos, leyes de amparo de los desvalidos, de protección a la personalidad humana, encarnaciones y símbolos del alma religiosa y cristiana, porque, en definitiva, el cristianismo es lo que San Juan, en su senectud balbuceaba como credo supremo: «Hijitos, amaos los unos a los otros, y así complaceréis al Señor».

El egoísmo y el espíritu de concurrencia, teóricamente considerados, resultan móviles normales y hasta deseables. Ahí está el ejemplo de Marshall, meritísimo economista, que explica la concurrencia como un cálculo comercial y no como una lucha que tienda a derivar hacia el desorden y la inmoralidad. Pero basta conocer el mundo de los negocios para comprender que la lealtad en la competencia es algo desconocido en él.

Hay que ir contra tal egoísmo y hacer comprender que el individuo se beneficia cuando el bien social es lo primero.

La racionalización del trabajo crea en el espíritu del trabajador la convicción de que en el aumento de rendimiento una parte le favorece al individuo; es ventaja para el trabajador (momento social en el individual).

* * *

La propiedad individual queda reconocida. Es el fundamento de la economía fascista y nacional-socialista. Pero la propiedad individual no debe convertirse en instrumento de dominio y de poder. La propiedad como derecho de usar y abusar, podrá tener su explicación en la colonización de cierta clase cuando haya que ofrecer enormes ventajas al propietario, pero aun así, siempre es una enormidad.

La propiedad privada debe limitarse, regirse por normas de utilidad social.

* * *

El régimen actual da a la propiedad facultades ilimitadas.

Mientras las leyes penales califican como delito el empleo criminal de la fuerza, el ataque a las condiciones de vida de nuestros semejantes y castigan la exacción violenta, el homicidio, el engaño y el enriquecimiento ilícito, en todas partes se permite la acumulación ilimitada de riquezas, con sus procedimientos técnicos dudosos, bancarios y bursátiles que a ello contribuyen.

Las leyes penales dan al acreedor el derecho de llevarse sin consideración alguna la fortuna de un deudor moroso cuando, por circunstancias adversas (enfermedad, muerte, ruina, malas cosechas o encarecimiento), éste no puede cumplir sus obligaciones.

Todos los jueces con experiencia saben cuántas veces merced a tales leyes, han quedado aniquiladas muchas vidas, mientras se sublevaba el sentimiento del derecho en su conciencia ante el caso de hombres que pudieron reponerse de una adversidad circunstancial y, sin embargo, cayeron ante el ataque y la presión brutal del acreedor.

* * *

El reconocimiento ilimitado de los títulos personales de posesión y de acciones legales contra la comunidad, conduce a dañar el bien público mediante la utilización por los individuos de estos derechos antisociales y fundamentalmente erróneos.

Ante ello, el nacional-socialismo proclama: «la utilidad social antes que la propia».

El marxismo afirma este principio: «todo pertenece a todos»; el derecho ilimitado de propiedad, repite la inscripción del templo de Mammón: «Todo pertenece a uno»; el nacional-socialismo afirma: «A cada uno, lo suyo».

En la constitución económica actual, el trabajo está desvalorizado. Porque con el trabajo honrado son muchos los casos en que no se puede ganar lo indispensable para poder vivir. Mientras que, por otra parte, los negocios sin moral acumulan sumas enormes o por el simple título de posesión. La clase media y el proletariado, los trabajadores liberales, son las principales víctimas de esta anormalidad económica.

Y tal régimen, de no enmendarse, acarreará una revolución que nos hundiría en el bolchevismo. Así lo afirma un notable financiero, que no piensa como político, sino como hombre de ciencia: Bruno Moll. (su tratado de Ciencia de la Hacienda, 1931 y Gerechtigkeit in der Wirtschaft?, 1932, Berlín).

4.-FIN DE LA POLÍTICA ECONÓMICA ES CUBRIR LAS NECESIDADES, NO AUMENTAR LA RENTABILIDAD DEL PRÉSTAMO CAPITALISTA

En un organismo económico sano no se puede separar la economía de las exigencias morales. Consecuencia de este punto de partida es que la economía social ha de tener como fin «la satisfacción de las necesidades» (Bedarfsdeckung).

La satisfacción de las necesidades y no la rentabilidad debe ser el objetivo de la economía social.

El Estado capitalista admite no lo que es necesario y debe producirse en primer lugar, sino lo que renta. Todo lo que no produce suficientes intereses y dividendos, de antemano se rechaza. Ejemplo: la necesidad más urgente es la de la vivienda, pero no se atiende porque no renta la construcción.

Sólo cuando la satisfacción de las necesidades puede ser explotada usurariamente, es cuando el capital internacional toma interés en ella.

* * *

Las primeras necesidades son las de la alimentación, habitación y vestido; después, todas las demás hasta alcanzar las culturales de más alto grado. En una economía sana, la producción de bienes se hace para obtener una remuneración suficiente, no para asegurar la mayor rentabilidad del capital. Los nacional-socialistas recuerdan a empresarios alemanes que se han significado en este sentido (Krupp, Siemens, Thyssen, etc.).

Las empresas, durante las coyunturas de alza, toman dinero a préstamo porque pueden pagarlo; pero a la menor baja se ven encadenadas por los Bancos, contrayendo deudas que luego no se pueden pagar.

Los Bancos ya hace tiempo que dejaron de ser los fieles intermediados entre el capital ahorrado y la industria necesitada de medios de explotación. Y el interés de los Bancos en la economía se reduce a que el capital rente lo más alto posible.

¿Qué necesidad cubren los Bancos? La del dinero, se dice. Pero, ¿cómo y en qué condiciones? El panadero, el zapatero, el fabricante, el comerciante, satisfacen las necesidades verdaderas de la alimentación, vestido, etc., y reciben por ello un contravalor: el precio en dinero o en endosos de valores. La necesidad queda, así, cubierta, y el fabricante, por ejemplo, puede comprar ya medios de explotación, de pago de salarios y puede seguir fabricando. Así, queda cerrado el ciclo económico. «El productor cubre la necesidad del consumidor; el dinero cumple su función originaria y propia como intermediario de los negocios de cambio y fructifica en manos del productor, nuevamente, en la economía».

Pero el negocio del préstamo bancario es otra cosa. El Banco no se cree obligado a ofrecer su mercancía como cualquier industrial hace. Elige sus clientes. Y, además, exige unas garantías que sobrepasan en mucho al valor de lo que él da; además, pide que se otorgue un documento por el cual el deudor compromete, traba, asegura al Banco todo lo que tiene y puede ganar, en pago de la deuda contraída. Y no le basta al Banco con esto. Además, reclama altos intereses. Todo esto no significa operación productiva alguna. Después, en pocos años, el deudor paga unos intereses que sobrepasan al monto del capital prestado y aún no devuelto.

Esto es absurdo y usurario.

El verdadero sentido del crédito es el préstamo de dinero de quien no lo emplea productivamente a quien está en condiciones de hacerle producir. Si después el prestamista recibe sobre el capital prestado una cantidad que significa la participación del prestamista en las ganancias obtenidas por el prestatario, es explicable. Ese fue el sentido de la concepción canónica sobre el interés que dominó en toda la Edad Media. Pero la exigencia de intereses equivalía a usura.

Hoy, ese interés, condenado por la iglesia, viene a ser un axioma de toda la economía.

El dinero no pare dinero. Ello sería una concepción monstruosa. Pero hoy se reconoce como un derecho la pretensión de que el poseedor del dinero puede aspirar al interés. ¡Trastorno monstruoso de las relaciones entre el trabajo y el dinero convertido en ley! ¡Sólo es trabajo lo que beneficia a la comunidad!

Los nacional-socialistas piden pena de muerte para tales delitos de usura. Y se comprende ya que la usura diariamente causa miles de víctimas.

5.-EMANCIPACIÓN DE LA SERVIDUMBRE DEL INTERÉS DEL DINERO

El dinero es medio de cambio, es cierto, pero no eso sólo: ha de servir también para el trabajo creador.

Actualmente el interés del dinero supone una anormalidad económica que arruina y agota no sólo a los individuos sino también a los Estados como deudores. De aquí que el programa del nacional-socialismo haya considerado como una de las reformas económicas principales la emancipación de esa esclavitud que acarrearán los préstamos.

Una gran reforma se prepara en Alemania, actualmente referente al interés del dinero. Merece ser meditación el proyecto del nacional-socialismo, no sólo por la significación que entraña la limitación de la rentabilidad del capital en el sentido de moral económica, sino también porque muestra que hay un anticapitalismo que encauza las energías de la vida económica, pero ni las destruye ni las paraliza. No tiene nada que ver con la destrucción del Estado histórico y del régimen económico actual ni con la irreductible lucha de clases que proclama el marxismo. Se puede aceptar o rechazar ese proyecto de reducción del interés del dinero, pero no se puede calificar de antieconómico, aunque sí de profundamente reformador.

* * *

Ya en el año 30, estando en la oposición el partido de Hitler, se propuso en el Parlamento, por ese partido, que el máximo interés de los préstamos fuera del 5 por 100 y que de ese interés el 1 se estimase como amortización del capital prestado. Todo préstamo se consideraría extinguido a los 50 años, a lo sumo. Convenios o propuestas superiores a esos límites se considerarían usurarios y se castigarían con la pena de prisión, no inferior a tres meses. Tal proyecto del nacional-socialismo no prosperó ni los social-demócratas se

tomaron la molestia de apoyarlo. Hoy se vuelve a semejante intento, con más probabilidades de éxito. ¿En qué se fundan sus autores?

* * *

La cosa es muy sencilla. La rentabilidad no puede ser ilimitada, so pena de causar un daño económico a las cosas o a las personas que constituyen los elementos de producción. Una participación leonina en el producto, ya sea del capital mobiliario, ya de la tierra o del trabajo, a la larga agota y esclaviza la fuente de renta por cuanto toda la utilidad o casi toda se la lleva un solo factor de la producción.

Y en este sentido el alto interés del dinero prestado no sólo engendra una servidumbre del deudor respecto del acreedor sino que desnaturaliza la verdadera función económica del dinero, que ha de ser intermediario de los cambios, estímulo de la producción y apoyo del trabajo, sin sacrificarlo todo al deseo insano de la usura. Un ejemplo: 1.000 pesetas al 5 por 100 anual rentan 50 pesetas al año; si no se paga la deuda en 20 años, el interés alcanza a 1.000 pesetas, es decir, tanto como el capital prestado, sin haber extinguido la deuda. Si el deudor no reúne, por reveses económicos, el dinero suficiente para amortizar capital e intereses del préstamo, se ve obligado a trabajar toda su vida para el prestamista. Este simple y clarísimo ejemplo se agranda y extiende en la realidad; el interés capitalista, entendido como afán inmoderado de sacar la mayor rentabilidad posible al dinero, se alarga como brazos de un pulpo colosal que se enrosca en las capas sociales, aprisionando al labrador, al comerciante y al industrial, a todo aquel que puede ofrecer, principalmente, una garantía real y, por lo tanto, más apetecible para el acreedor. La monstruosidad de que es susceptible la corrupción del interés capitalista lo demuestra el ejemplo siguiente: 1 céntimo, al interés de 5 por 100 anual, más el interés de los intereses, desde el principio de la era cristiana, habría producido un capital que, calculado en oro, la tierra con todos sus tesoros no habría podido pagar. La imposibilidad económica es patente, a pesar de representar el ejemplo una verdad matemática y una posible obligación jurídica.

* * *

En, los países en donde la gente tiene algún espíritu pitagórico y lo calcula todo en su vida económica, las protestas contra el alto interés del dinero toman estado social. Y no vale la simulación, tan corriente en el mundo de los negocios sin freno. La ley, por ejemplo, fija un tope al interés y los establecimientos oficiales no suelen pasar de ese tope. El Banco de España, por ejemplo, con sus préstamos a largo plazo, se mantiene en los límites legales y prudentes. Pero otras instituciones de crédito privadas burlan el tope y entre intereses de descuento, comisión, más la utilización inmediata del papel descontado como dinero, que equivale a una recuperación inmediata del capital prestado, se llega al 10 por 100 de interés, muy bonitamente. Así se comprende que cuando el Banco de España llega a una localidad donde campan por sus respetos los buscadores de clientes, desaparezca el interés

que imperaba del 12 y del 14 por 100. Creo que los vecinos de Don Benito saben algo de esto. ¡Lastima de redada! Aquí tenemos ministros socialistas, pero no límite máximo para las tarifas bancarias; al contrario: tenemos límites, mínimos para que nadie rebaje el interés. Pero seamos justos. El intento más serio contra la usura en España se debe a un republicano de pura cepa que se llamó Azcárate.

La supresión del interés del dinero que con tanto ahínco propugnan los nacional-socialistas, no es nada nuevo. Comenzando por las leyes de Moisés, pasando por Platón y continuando por las restricciones de los canonistas, el crédito ha sido el blanco de muchos ataques, generalmente por las desastrosas consecuencias que su inmoderado empleo ha producido. Pero es que ya no se trata de reducirlo, sino de limitar su aplicación, ya que la tendencia del desarrollo ilimitado del crédito es la derivación hacia la usura. Hay un dolor de muchedumbre que va unido al pago del capital en dinero por los pueblos. El grito de guerra en las ciudades griegas era clamando por un nuevo reparto de tierras y la abolición de deudas. ¿No es el mismo de hoy el que lanzan los campesinos sin tierra en todas partes y los pueblos oprimidos por las deudas? Es la Historia que se repite; porque al repetirse la injusticia se provoca el dolor y se empuja a la desesperación.

* * *

Desde el labrador encadenado por una hipoteca y el escritor que no puede devolver el dinero que tomó a préstamo, hasta los Estados llenos de deudas y agobiados por una clase de rentistas ociosos y por el gran capital financiero internacional, la lista de las víctimas es incontable. En el *Statesman Year Book* de 1930, se calculaban las deudas de los siguientes Estados como sigue:

Inglaterra, 7.500 millones de libras, con interés anual de 350 millones de libras.

Francia, 279.000 millones de francos oro.

Estados Unidos, 16.000 millones de dólares.

Se comprende que los nacional-socialistas, considerando posible la liberación de tales deudas, afirmen que sería probable la constitución de una Hacienda que no tuviese impuestos, es decir, que le bastase al Tesoro con los recursos de su patrimonio.

* * *

Se podrá argüir que parte de esas sumas a préstamo provienen del pequeño ahorro y no del gran capitalista. No hay inconveniente en aceptar tal interpretación, pero ello no borra el hecho de la acción, nefasta del gran capitalismo financiero y, sobre todo, que dada la

organización bancaria, con el dinero de los demás, grandes o pequeños depositantes, se hacen manejos que conducen a la servidumbre del interés del dinero.

* * *

El problema está en lo referente al pequeño ahorro, en encontrar nuevas formas de administración del crédito que eliminen al intermediario bancario e impidan las grandes acumulaciones del capital financiero y sus hazañas rentabilistas con el dinero ajeno.

Véase este ejemplo, que aun estando sacado de la experiencia española, sirve de demostración a la tesis del nacional-socialismo.

La política bancaria española es muy sencilla: captar cuentas corrientes dando el 4 por 100 anual, por término medio. Hay Bancos que operan casi sin capital propio; lo que hacen es servirse del dinero que le llevan los demás. La finalidad es buscar el mayor margen posible entre lo que el Banco paga a quien le presta y lo que cobra a quien da crédito, es decir, entre lo que cobra y lo que paga. La consecuencia es una mayor rentabilidad del dinero, pero sin crear valores.

Es muy bonito el oficio de banquero. Por algo el ideal de las estrellas espectaculares del arte o cosa parecida, amén de las mujeres antirrománticas, es el banquero. Cuando el banquero descuenta, no entrega todo el capital, sino el remanente, deducido el interés, etc., todo por anticipado, y tan pronto tiene en su poder el efecto descontado, lo larga como pago, lo que equivale a recobrar prontamente el dinero o a no tener que sacarlo; únase a esto el alto interés y las soberbias participaciones por diversos conceptos y pronto se verá que los que se pasan la vida sembrando los campos y sometidos a las inclemencias del cielo y de la tierra, son unos tontos.

El Banco de España, con un capital de 177 millones de pesetas, ha obtenido beneficios en el período 1931-32, de la era republicana, por 358 millones de pesetas. El Estado ha participado por 144 millones en tales beneficios. Tal vez alguien se extrañará y pondrá el grito en el cielo antes de creer que ello se ha llevado a cabo habiendo tres ministros marxistas en el Gobierno. Pero no hay que extrañar estos contubernios entre políticos socializantes y altos burgueses.

Pero también todo se explica. Durante este período hubo un aumento en la circulación fiduciaria de 780 millones, pues se pasó de un volumen de billeteaje en circulación de 4.700 a 5.480 millones. La improvisación de capital financiero salta a la vista. Los beneficios tenían, así, mayores posibilidades de realización. Pero con tal ganancia se atendió a los intereses de los accionistas y a los de la Hacienda; los primeros, embolsando los dividendos correspondientes que representaban la rentabilidad de sus acciones y la Hacienda, contando con una entrada más, olvidándose de otras salidas. El interés nacional reclamaba otra cosa.

Si se hubiese servido al interés nacional (que no es el de los accionistas ni el de la Hacienda; que actuó en puro fiscalismo), esos beneficios se debían haber destinado a dos

objetivos, principalmente: por una parte, a rebajar las tarifas del Banco y por otra, a purificar, a revalorizar el billete. Con tales beneficios se habría podido acumular oro y rescatar el que se tiene empeñado en el Banco de Francia, en condiciones, más que usurarias, vergonzosas. Pero esos 250 millones oro, de tanta significación para la economía monetaria española, no merecen la atención de la política financiera. La alegría de uno y otro bando participante en los beneficios contrasta con el dolor y la desgracia del pueblo español de tal manera que cuando yo leía en la prensa ministerial las alabanzas por tal gestión bancariamente productiva, recordé esos velorios, vestigios de bárbaras costumbres ancestrales, en los que se canta y se baila ante el cadáver del niño inocente, sin reparar en el dolor de los padres... ¡El niño es el pueblo español! ¡Nada de atender a las necesidades comunes, a las verdaderamente nacionales! ¡Dividendos, dividendos, dividendos!

Por lo que se refiere a los demás Bancos, no hay que olvidar que para evitar toda concurrencia entre ellos han acordado tarifas mínimas, pero a las máximas no se les pone tope alguno. El desenfreno bancario no tiene límite alguno. Con decir que el premio de seguro en el empréstito municipal de Madrid (1933), sólo el premio de seguro, se ha cifrado en 3,75 por 100, está dicho todo.

* * *

No hay que extrañarse ante todo esto. A pesar de encontramos gobernados por elementos demócrata-liberales-marxistas, desde que se proclamó en España el régimen republicano, el capitalismo financiero campa por sus respetos y las instituciones bancarias han recibido del régimen las mayores ventajas hasta para sortear las dificultades, lagunas, o como quiera llamarse, de sus balances. El capitalismo florece con la democracia liberal parlamentaria porque en el clima de tal zona todo se compra y se vende y se justifica con el nombre de libertad económica. Los Gobiernos, gracias a la insegura mecánica del parlamentarismo, pasan por el poder como relámpagos, no pueden tener unidad de acción ni continuidad, pero los Bancos quedan y desenvuelven una acción continua y unitaria, de tal suerte que los gobernantes, aun siendo de buena fe, nunca pueden sentirse fuertes ante el poderío del capital financiero y, allanándose a pequeñas victorias de ese poder bancario, acaban por acumular sobre él todos los resortes que le hacen omnipotente.

* * *

No quiero terminar estos comentarios sobre una de las principales tesis del programa de Hitler sin recordar una leyenda y una realidad histórica. La mitología y las tradiciones legendarias de Grecia son muy ricas en símbolos, pero en símbolos de un sentido valioso para la vida. ¿Qué quería decir la leyenda del rey Midas, que tenía el triste privilegio de convertir en oro todo lo que tocaba, hasta el pan que era su alimento y acabó siendo víctima del dorado metal? Sencillamente, que el oro no es riqueza, sino un instrumento auxiliar. Desplazado de su verdadera función, la pasión del oro, la quimera convertida en

ideal, es lo más funesto que se puede concebir. ¿Es que los pueblos sin oro o sin dinero son más felices? Medítese sobre el siguiente ejemplo:

En toda la Corea, dice Poggio (Korea, Viena y Leipzig, 1895), desde tiempo inmemorial, se produce en la misma casa lo más necesario para la vida. La mujer y las hijas, hilan no sólo el cáñamo, sino también la seda, que también, finalmente, se teje. El cabeza de familia se ocupa de todo lo demás y es tan pronto pintor como albañil y carpintero. El trabajo casero provee de aguardientes, grasas, colores, pajas, cestería, zapatos de madera y utensilios agrícolas. En una palabra: cada uno trabaja para sí y para sus propias necesidades.

Los habitantes de las islas en el mar del Japón, sobre todo los de Loo-Choo, están completamente civilizados. En seis semanas los viajeros no vieron ninguna riña entre los indígenas ni hubo robo alguno. Están bien alimentados, vestidos, toman alimentos vegetales y carne; recogen sal, construyen arcos de piedra, disponen de arroz, azúcar, siembran maíz y tienen buenas telas. La seda la traen de la China.

No tienen armas ni recuerdan guerra alguna; los de arriba son buenos con los de abajo. Y no tienen idea del dinero y ni por asomo saben para lo que sirven el oro y la plata (Account of voyage of discovery to the West Coast of Corea... Captain Basil Hall; citado por Hermann en su obra Staatswissenschaftliche Untersuchungen. München, 1832).

6.-LA POLÍTICA FINANCIERA: LA POTENCIA MONETARIA NO DEBE FORMAR UN ESTADO DENTRO DE OTRO ESTADO

Que la economía monetaria es objeto del Estado no necesita para su demostración largas disquisiciones. Si el Estado ha de recibir el pago de las obligaciones que tiene derecho a exigir en un medio determinado de pago, que es la moneda, natural y lógico es que él sea quien regule la economía monetaria, dándole fuerza legal y fijando sus condiciones. La regalía en este sentido no tiene otro fundamento mayor.

El dinero es, breve y claramente definido, lo que el Estado considera como tal. Y en este sentido ejercita tal facultad, definiendo legalmente lo que es el dinero, independientemente de su substancia. Con ello claramente se expresa que no es el metalismo, por ejemplo, lo que da valor a la moneda. Esta teoría, más o menos discutible, es, en cambio, una realidad innegable. Porque, ¿se podrá negar que el Estado hace una moneda hasta con el papel, sin necesidad de metales nobles, como el oro o la plata?

Se argüirá que cuando la moneda se deprecia, la libra oro, por ejemplo, no se deprecia y conserva su poder adquisitivo. Pero de ello no se deduce que la verdadera moneda sea la de oro u otra que tenga un valor intrínseco, sino que si conserva su poder adquisitivo es porque vale como mercancía, independientemente de su valor monetario legal. Y tan cierto es ello que como tal mercancía sufre también las fluctuaciones del valor del oro.

La teoría nominalista de la moneda, debida a Knapp, ha puesto esto en claro y no precisa en este lugar hacer mayor hincapié sobre la discusión entre nominalistas, cartalistas o como se les quiere llamar a los que mantienen esta dirección, y los metalistas. Pero, de todos modos, el Estado no puede ni debe abandonar la regulación estrecha de la economía monetaria.

* * *

No obstante, el Estado ha entregado en muchas partes el billete al capital privado, y ello significa dar el señorío económico a las instituciones bancarias. Las consecuencias son funestas, dado que estas instituciones, al convenirse en prestamistas del Estado, le arrancan ventajas y privilegios que, a la larga, las convierten en árbitros del mercado nacional. En Francia, por ejemplo, el Estado tomó al Banco Nacional enormes sumas por miles de millones y se vio, así, uncido al carro bancario por el interés del capital tomado a préstamo. Para poderle pagar se hizo la estabilización del franco (que no tenía como finalidad estabilizar los precios ni mucho menos); merced a la estabilización, se revalorizó el oro del Banco y de la noche a la mañana se encontró con un beneficio colosal que el Estado no lo computó como beneficio bancario, sino como beneficio del Tesoro, y con ello se pagó al Banco Nacional y a otros acreedores también. La estabilización del franco fue una exigencia del capitalismo financiero. La nación no obtuvo ningún beneficio. Y aunque Poincaré causó la admiración de muchos diputados y se mantuvo en el poder por el prestigio de la estabilización, lo cierto es que no hizo obra ni nacional ni social. El subscriptor que dio dinero al Estado y le entregó, por ejemplo, 100 francos oro, ha visto después de la estabilización que se le pagaban 100 francos con una moneda que sólo valía 20. Este francés ahorrativo no podía ni creer ni entusiasmarse con Poincaré cuando decía que la estabilización no haría cambiar nada y que todo seguiría, su curso normal.

Y el curso normal fue que subieron todos los precios porque, estabilizado el franco a la baja, todo el mundo pidió aumento en sus retribuciones y la carestía así provocada se reflejó en todos los órdenes de la vida en Francia.

* * *

El Estado no debe contraer deudas, afirma el nacional-socialismo. Entonces, se dirá, ¿cómo proporcionarse el dinero necesario para la realización de obras públicas? A esto se contesta que mediante la emisión de papel moneda sin interés. Pero la creación de papel moneda sin un contravalor significa inflación. Cierto, contestan los, nacional-socialistas, pero no hay tal inflación si se crean otros valores. El procedimiento puede ser: emitir billetes, garantizados por el crédito nacional y con el producto de las obras (hidráulicas, por ejemplo), se amortiza la emisión. La cobertura está en el valor de las obras y en su producto. Además, tales billetes valen como medios de pago y el peligro de la inflación

queda descartado con la formación de los nuevos valores. Tales billetes pueden ser recogidos una vez que el rendimiento de la obra los haya cubierto por completo.

De tal manera no ha habido necesidad de recurrir al préstamo y la nación cuenta con una nueva obra que ha aumentado la riqueza del pueblo.

Esto me parece muy lógico tratándose de obras rentables, pero no todas las obras útiles son rentables. Una carretera, por ejemplo, es útil, pero no rentable; un aprovechamiento de saltos de agua es útil y rentable. Hasta ahora esta segunda parte de las obras irrentables no está solucionada por el programa de partido ni por sus técnicos, creo yo.

7.-LA POLÍTICA AGRARIA

El nacional-socialismo adopta una posición decididamente proteccionista respecto de la agricultura y en cuanto a la distribución de la propiedad rústica sigue el criterio de combatir la rentabilidad, asegura la tenencia familiar y reunir la condición de propietario y trabajador. Los casos de expropiación y hasta sin indemnización, están claramente consignados en el programa de los 25 puntos.

Pero, posteriormente a éste, el partido hizo una declaración extensa sobre la cuestión agraria alemana (marzo de 1930) y sobre los trabajadores del campo, que, sintéticamente, voy a exponer.

El pueblo alemán cubre una gran parte de sus necesidades alimenticias con la importación de subsistencias; esta importación la pagaba con el producto de su comercio exterior, con la exportación industrial o con los capitales alemanes colocados en el Extranjero. Pero actualmente Alemania paga esa importación de subsistencias con el dinero que toma a préstamo en el exterior, principalmente. Si falta el crédito, se interrumpe el aprovisionamiento y entonces el proletario alemán, principalmente, tiene que trabajar a bajo precio o emigrar. La liberación está en que la tierra alemana produzca lo necesario. Hay que aumentar el rendimiento de la agricultura nacional. Fuente de renovación juvenil es la población campesina. Sus peligros son también amenaza para el Estado alemán.

Pero el mayor rendimiento agrícola tiene como obstáculo la falta de maquinaria, dado el endeudamiento del labrador y la falta de cultivos remuneradores. Por otra parte, la presión tributaria es agobiadora; la concurrencia extranjera poco evitada; las ganancias del gran comercio intermediario, excesivas y en manos de los judíos; los precios por abonos y fluido eléctrico, en manos de consorcios judíos, usurarios... El labrador no hace más que contraer deudas.

El sistema democrático-parlamentario dominado por los príncipes del dinero, no resuelve nada.

Por lo tanto hay que procurar que cada terrateniente administre la explotación en beneficio del aprovisionamiento de todo el pueblo, y sólo los compatriotas alemanes deben poseer la tierra. La posesión jurídica del suelo debe ser hereditaria, para bien general. Se deben crear tribunales en la clase agraria para que ello se cumpla, constituyéndose con labradores y representaciones del Estado. Supresión de la especulación de tierras y de rentas para el poseedor inactivo; el Estado tiene derecho de opción en toda venta de tierras; prohibición de constituir hipotecas a favor de prestamistas privados; autorización para el crédito a sociedades agrícolas y del Estado; impuesto sobre el producto conveniente, con exclusión de los demás; coexistencia de diversas magnitudes de propiedad agrícola que cumplen su función; derecho de Anerbe (institución vinculadora del derecho alemán sobre tierras, para evitación de la pulverización de la propiedad agrícola y endeudamiento de la misma); derecho de expropiación, con indemnización adecuada de las tierras no poseídas por compatriotas, mal cultivadas o grandes propiedades no cultivadas por sus propietarios y destinadas a colonización interior, por causa de utilidad pública. La colonización interior se administrará por el sistema hereditario, examinando las condiciones de los labradores, teniéndose en cuenta a los hijos del labrador establecido no herederos.

La mejora de los campesinos se perseguirá mediante la desgravación tributaria, evitación de deudas, rebaja del interés de los préstamos estímulos a la remuneración del cultivo, proteccionismo aduanero, eliminación de la especulación bursátil de los productos agrícolas y de la explotación de los agricultores por el comercio al por mayor de sus productos y su sustitución por asociaciones agrícolas fomentadas por el Estado; suministro de maquinaria, abonos, semillas y ganado a precios ventajosos, mejoramientos; extinción de plagas, informaciones e investigaciones agronómicas del suelo, gratuitamente. Los trabajadores del campo serán admitidos, mediante contratos de trabajos justos, en las asociaciones de campesinos; el Estado será el inspector y juez supremo. Los trabajadores que descuelen serán preferidos para establecerlos como colonos y la mejora de la habitación y del salario para los trabajadores ha de constituir una rápida realización. Fomento de la enseñanza agrícola y de la cultura campesina...

Hitler termina su declaración diciendo que es un desatino creer que se puede excluir ninguna clase profesional de la comunidad popular y que es un crimen lanzar a los campesinos contra las ciudades, pues las dos partes, para florecer, han de ser conjuntamente.

Después de lo consignado en el programa y en las declaraciones posteriores de Hitler sobre la cuestión agraria alemana, y luego de haber expuesto el comentario explicativo de la posición del partido respecto de la cuestión referida, conviene tener en cuenta algunas opiniones recomendables de la literatura nacional-socialista, aunque sólo sea para orientar al lector en sucesivos estudios.

Hildebrandt expone en una monografía sobre el nacional-socialismo y los trabajadores del campo (*Nationalsozialismus und Landarbeiterschaft*, München, 1930) la vida del campesino alemán con tetricos colores. Pobreza, ignorancia, desamparo por todas partes en el hogar campesino. «En la casa del trabajador el joven bebe desde pequeño el veneno del odio, cuando ve al padre sentarse a la mesa lleno de preocupaciones y a la madre vagar por la casa con ojos llorosos» (página 5). Tal estado de cosas, en el campo alemán, no mejoró con la revolución, y, a pesar de las huelgas alentadas por los social-demócratas, ninguna utilidad para la masa de trabajadores se ha obtenido. Claro que los marxistas se han aprovechado de tal situación, pero sin mejorarla, porque la democracia liberal judaico-

capitalista del mes de noviembre ningún interés tiene en la formación de una clase campesina fuerte y sana.

Después de una descripción detallada de la vida del trabajador del campo, vivida por el mismo autor que de él procede, afirma: «Nuestros padres fueron social-demócratas y nuestros hermanos todavía en parte lo son. En estas luchas, nos encontramos con Adolfo Hitler; él nos enseñó a amar la patria alemana con el alma popular, cosa que no fue para nosotros difícil de comprender, porque nos acordábamos de nuestra juventud; escuchábamos aún el rumor de los bosques y nos acordábamos de los juegos felices en medio de libre naturaleza patria; cuando ya fuimos hombres y la vida de guerra quedó atrás, buscamos el socialismo para poder tener una parte en esa patria, en esa tierra natal. Después de habernos hecho hombres en las trincheras, no quisimos ya arrastrar el dogal de la esclavitud ni tolerar que nuestra sangre fuese absorbida por una fauna liberal burguesa.

Buscamos al socialismo alemán y otra vez tropezamos con Adolfo Hitler; él nos hizo ver claramente que no es socialismo lo que el marxismo propaga desde hace ya muchos años, especialmente el ver un robo en la propiedad, y nos enseñó otro camino. Los alemanes debíamos prepararnos para rechazar lejos de nosotros a los bebedores de sangre; que anualmente sacaban millones y millones de las heridas del pueblo. El verdadero socialismo alemán conduce a esto: a posibilitar la mejora de posición a todo ciudadano y compatriota alemán bajo el gobierno alemán del Estado, socialismo que se garantiza mediante la unión de los compatriotas de todas las clases sociales, impedida por el aborto liberal burgués y por el marxismo». (pág. 44).

La predisposición de ánimo del nacional-socialismo se refleja en la monografía de J. Dorner, que no siendo programática expresa bien el punto de vista del partido en variadas propagandas (*Bauernstand und Nationalsozialismus*, München, 1931).

8.-POLÍTICA INDUSTRIAL

La concepción industrial del nacional-socialismo, la expresa Hitler en estas palabras: «Lo que nosotros en torno nuestro contemplamos como inventos materiales, todo es resultado de la fuerza creadora y de la capacidad de cada persona... Todos estos inventos sirven, en su más profunda significación para un desenvolvimiento humano altamente realizado». (*Mein Kampf*)

La técnica en su manifestación actual, se muestra en la industria, principalmente y está enlazada con el rentabilismo capitalista y subordinada a él, y ésta, a su vez, manejado por el espíritu judaico-materialista. (P. Schwerber, *Nationalsozialismus und Technik*, München, 1932, pág. 25)

La técnica lo influye todo, hasta los dominios del arte, la misma música no se substraerá a aquélla, y viene a ser el supuesto del progreso en casi todos los órdenes. La evolución de la economía nacional alemana, que de agraria se ha convertido en industrial, a la técnica es

debida. El imperio británico, desparramado por el globo, no sería posible sin la técnica que consolida su cohesión. Pero todo ese colosal desarrollo de la técnica no tiene otro fin que el de proveer a la necesidad cotidiana de la alimentación a cubrir nuestras necesidades materiales. Pero la banca y la bolsa judía dominan la industria, que, con la inflación, se vio obligada a humillarse, so pena de desaparecer. Aprisionada así, la industria no puede cumplir la finalidad que naturalmente le está asignada, o sea: la productividad más abundante y completa de bienes, regida por la idea de proporcionar a todos los hombres la mayor participación posible en tales bienes y emanciparles en lo posible de los esfuerzos corporales, fomentando, al mismo tiempo, el desenvolvimiento de la cultura. Pero tiranizada la industria, lo que se procura es que dé la mayor cantidad posible de dinero; no que realice un servicio, sino un gran beneficio (pág. 47); procurar la mayor rentabilidad en beneficio de un pequeño y anónimo círculo de propietarios.

La posición del nacional-socialismo está simbolizada en su afirmación fundamental: emancipación de la servidumbre del interés.

9.- LA POLÍTICA COMERCIAL. LOS BAZARES

El punto de vista que sobre este tema defienden los nacional-socialistas recuerda una ya vieja interpretación de los economistas científicos, puramente científicos, sobre qué es lo económico. Unos economistas entendían que sólo puede considerarse "económico" lo que tiene el carácter de economicidad y que esta consiste en obtener el mayor producto con el menor esfuerzo. Así presentado el llamado "principio de economicidad", parece algo muy conveniente, deseable y hasta justo; pero si se reflexiona sobre los elementos que se reúnen en el trabajo social y en las consecuencias de la aplicación de tal principio, pronto se ve que la resultante posible y casi inevitable es la explotación del trabajo de suerte inhumana y el estrago social.

Porque, vamos a ver: ¿Es admisible esa racionalización del trabajo que absorbe intensivamente hasta la menor energía humana? El fordismo ha procurado tal cosa en algunas de sus medidas y por eso ha tropezado con la resistencia de los trabajadores. Se perseguía la conveniencia económica de la empresa, pero se dañaba ese elemento de la producción inseparable del hombre: el trabajo corporal de todas clases.

Otro ejemplo: El gran comercio puede dar más baratas las mercancías que el pequeño comercio porque tiene el auxilio de la maquinaria y del gran capital; el comprador, al adquirir más barato, realiza un menor esfuerzo económico y por lo tanto, conforme al principio de la economicidad, tal comercio sería más deseable, preferible a todo otro que no reúna tales condiciones. Sin embargo, el pequeño comercio representa una masa de población, una base familiar, por regla general, que constituye la solidez social básica; no significa una acumulación financiera pero sí algo que vale mucho más, como es una masa de población nacional sustentáculo del Estado. Por consiguiente toda política económica orientada en el sentido de proteger a la gran empresa y relegar a la pequeña, queriendo ser económica acabaría por socavar la economía nacional.

Y cosa parecida puede decirse de la política comercial exterior que, queriendo obtener más baratos los artículos de importación, abriese las puertas aduaneras a poderosos concurrentes que aniquilarían a los productores nacionales que no pueden competir con el extranjero.

En síntesis: los economistas científicos, que se les da una higa de la política de los partidos, no aceptan esa concepción económica que, en fin de cuentas, es sólo un incentivo para la máquina y para la plutocracia.

Una renuncia a la ganancia de una operación económica entre particulares puede redundar en beneficio de toda la economía social. Y aunque suene a paradoja, un buen negocio económico puede resultar muy mal negocio social.

Los nacional-socialistas razonan así: los grandes bazares están explotados por los judíos y el empleo del bluff es su método, junto a todo lo que significa captación y no siempre conveniencia a las verdaderas necesidades.

La multitud anónima penetra en los bazares y el lujo en edificación e instalación, la variedad de cosas que solicitan al comprador, le decide a gastar en cosas de mala calidad, siendo las mejores en esos bazares más caras que en los comercios de verdaderos especialistas. Todo ello significa la ruina de la clase media comercial. El bazar ofrece lo barato malo y lo bueno más caro. Son verdaderos espejuelos para la caza de alondras parroquianas. Crean necesidades artificiales.

He aquí algunos ejemplos de lo observado en los bazares.

Venta de artículos averiados: quesos podridos (Munich), tocino rancio (Brunswick), embutidos en malas condiciones (Berlín)... Todo esto cuidadosamente anotado por Gerber Rosten (A B C des Nationalsozialismus, 1933, Berlín).

En 1932, el comercio de los bazares se cifró en Alemania en 2.500 millones de marcos. Aunque esto representa la décima quinta parte del volumen del comercio al detalle, como el volumen de 50.000 medianos comercios que tengan de tres a cuatro empleados, trabajando, además, su propietario. Estos 50.000 comercios, con sus correspondientes 150.000 a 200.000 empleados, resultan eliminados por los bazares. En este círculo hay que incluir, además, de 200.000 a 250.000 individuos más que se quedan sin pan. Y las enormes ganancias de los propietarios de los bazares son atesoradas y sirven para otros fines distintos de la productividad industrial.

Y por lo que al personal se refiere mientras los empleados son mal retribuidos, los directores —como ocurre en el consorcio Karstadt— reciben una paga fija de 120.000 marcos y el 30 por 100 del beneficio neto, más otras ventajas. Esta participación, con las demás ventajas, se cifraron en el año 1929 en 6,5 millones de marcos. Añádase a eso que los directores son también accionistas y sacan sus buenos dividendos. El negocio no puede ser más redondo.

No precisa insistir más sobre el tema para formarse una idea de los fundamentos en que se apoya el nacional-socialismo para combatir los bazares.

10.-LA ESTATIFICACIÓN

El programa del partido consigna la estatificación de las explotaciones gigantescas. Hay que fijarse en que el programa admite la conservación en propiedad privada de las explotaciones pequeñas, medianas y grandes, en todos los dominios de la vida económica, pero excluye las explotaciones gigantes (Riesensbetriebe). Pero que no es precisamente la magnitud, la concentración, lo que dicta este pensamiento, sino también otras condiciones y circunstancias. Toda orientación marxista queda excluida.

Se reconoce que hay industrias que no pueden ser llevadas en pequeña explotación (los altos hornos, por ejemplo), pero otras sí. Son más convenientes 100.000 zapateros, que pueden muy bien explotar tal industria, que no cinco fábricas gigantescas de zapatería.

Los conciertos, sindicatos y trusts deben estatificarse. Teóricamente, la producción industrial en gran escala puede ofrecer productos más baratos y mejores, indudablemente; pero, en realidad, lo que ocurre con estas organizaciones gigantes es que dictan el precio al mercado, disponen la calidad de las mercancías y limitan su cantidad. El consumidor entra sólo en cuenta para el cálculo del límite máximo y mínimo de su capacidad de compra. Los llamados ring, operan reabsorbiendo las demás de la misma clase y así se evitan la competencia; se adscriben o se cierran. De esta suerte se regula la oferta de productos al señalar "contingentes" para el mercado, y automáticamente hacen jugar la oferta y la demanda y, por lo tanto, el precio. Eliminada prácticamente la competencia, se hace amo del mercado la explotación gigante. Y el accionista, entonces, lo que busca es sacar el mayor interés a su capital, aunque padezca la calidad del producto y se pisotee el interés del consumidor. Todo invento que puede representar una mejora se mira con gran prevención, sobre todo si amenaza a la rentabilidad del capital. No pocos de ellos han sido comprados y escondidos. Y como ya no pueden emprender otra orientación, puede decirse que han cristalizado; disponen de una gran burocracia y están maduros para entrar en la estatificación en beneficio de la colectividad.

Pero, ¿todas las explotaciones gigantes deben estatificarse? No. La estatificación es limitada. Las comunicaciones admiten la estatificación y sobre esta rama la experiencia de los ferrocarriles de Estado es, en Alemania, concluyente.

En la rama comercial, la estatificación debe limitarse a lo que es objeto de consumo de masa. Y en este sentido quedan comprendidas las subsistencias más importantes (los cereales, por ejemplo), pero no la producción de los mismos, sino su reparto. Durante la guerra, Alemania conoció esta reglamentación del comercio de los trigos, lo que fue llamado por algunos "socialismo de guerra", término equivocado, toda vez que la estatificación de ese comercio nada tenía que ver con las supresiones de la producción privada que es término programático de la democracia social.

En Rusia las únicas organizaciones burguesas subsistentes han sido las asociaciones agrícolas de producción y de consumo. La permanencia de esta rama de la economía agraria está justificada. La asociación agrícola (para abonos, maquinaria, etc.) facilitará la cobertura del consumo.

Por último: las sociedades de consumo eliminarían a los intermediarios, favoreciendo directamente al consumidor.

Como se ve, el nacional-socialismo tiene un sentido realista que le lleva a no mover un pie en su plan de grandes transformaciones programáticas sin haber afirmado bien el otro.

11.-LA HACIENDA. EL ESTADO SIN IMPUESTOS

La concepción financiera del nacional-socialismo en este respecto es muy interesante. Bastaría, de momento, enumerar los puntos salientes de la orientación para que quedase justificada la curiosidad que, lógicamente, despierta. Los impuestos se admiten sólo para cubrir los gastos improductivos (gastos de administración, de defensa, etc.); la presión tributaria ha de ser regulada conforme a la capacidad económica; las deudas interiores sufrirán la anulación legal, teniendo en cuenta los intereses devengados y pagados. Y si el Estado se libra de deudas y suprime el interés del dinero, puede prescindir de impuestos, ya que en realidad lo que se ingresa hoy queda absorbido por el servicio de la Deuda.

Feder dice en su explicación del programa nacional-socialista que el Estado sin impuestos no es una utopía y que puede demostrarse numéricamente su posibilidad (Der Deutsche Staat, página 129). Y como directrices de la política financiera nacional-socialista describe las siguientes:

1. Supresión de todo impuesto destinado a pagar intereses de deudas.
2. Los impuestos son admisibles para cubrir los gastos improductivos, siempre que para ello no bastasen los ingresos procedentes del dominio fiscal (ferrocarriles, correos telégrafos, montes públicos, minas, etcétera).
3. Para necesidades especiales y extraordinarias, sobre todo para atender a los gastos de guerra, se recurrirá a los impuestos directos e indirectos.
4. Los impuestos directos sobre la propiedad inmueble se admiten con nueva graduación; con mínimo de exención y consideración especial de las familias con hijos y otras cargas.
5. Los funcionarios públicos estarán libres de impuestos, y los que estén casados tendrán bonificaciones especiales.
6. Los impuestos indirectos, en tiempos normales, se aplicarán a los objetos de lujo, a su producción y a los consumos de masa no saludables (tabaco, alcohol, etc.). Los demás impuestos indirectos que hoy gravan a la gran masa popular, hay que evitarlos (azúcar, cerillas, sal, gaseosas, gas y electricidad, etcétera).

7. Las ganancias extraordinarias de guerra hay que revisarlas, con distinción entre las ganancias de coyuntura y las del trabajo simplemente.

8. Desgravación del impuesto de timbre y de tasas que dificultan la disposición de los bienes, siempre que ésta, no vaya contra el interés general. En esta categoría quedan comprendidos también los impuestos sobre herencias y donaciones.

No se puede hacer la crítica de tal orientación sobre bases experimentales porque no han sido llevadas a la práctica estas directrices. Teóricamente, no obstante, puede afirmarse que tal orientación, de realizarse, representaría la mayor revolución financiera que en materia de Hacienda hubiese conocido el mundo. La que más salta a la vista en esto es la notable desgravación de la carga tributaria. ¿Cómo podría un gran Estado moderno cubrir sus necesidades mermando tanto los ingresos? A ello contesta Feder que, suprimidas las deudas, el problema se reduce notablemente, y entonces el Estado cumpliría su misión verdadera, o sea, la de proteger la propiedad de sus súbditos y fomentar las riquezas rurales del país en beneficio de todos y no absorber el dinero de los particulares para perpetuar la economía de la Deuda...

Así sea, digo yo.

(Véase también sobre esta materia la monografía de H. Buchner, *Die goldene Internationale. Vom Finanzkapital, Tributsystem und Trägern*, München, 1931.)

-ANTI-MARX

1.-ANTI-MARX

El antimarxismo de los nacional-socialistas representa el aspecto negativo de su doctrina, su origen como reacción teórica y política.

El marxismo no es socialista porque es esencialmente negativo y opuesto al sentido solidarista y de conservación social, exento de luchas de clase, del verdadero socialismo. El socialismo va contra la explotación capitalista pero no contra la supresión de la propiedad. El capitalismo es un estado económico de la evolución que precisa superar y en este sentido no sólo se encuentra interesado el obrero, sino también todo aquel que no sea capitalista.

Tampoco olvidan los nacional-socialistas que la experiencia marxista en Alemania ha sido funesta. El partido demócrata social venció en Alemania la resistencia que surgía contra el

capitalismo internacional. Su conducta en la revolución de noviembre está bien clara en tal sentido. Y cuando estuvo en el poder no socializó: abandonó la doctrina. Hizo lo que en la crisis de gobierno española de junio de 1933 declaró el socialista señor Prieto cuando se le encargó que formase Ministerio, que se apresuró a declarar que no gobernaría en socialista. Los demócrata-sociales de Alemania, a pesar de su socialismo, entregaron los ferrocarriles del Estado a los particulares, es decir, desocializaron al desestatificar empresa tan importante.

El plan Dawes representaba para Alemania una esclavitud. ¿Quiénes la hicieron aceptar, principalmente? Los demócrata-socialistas. Ellos mismos se jactaban de ello, declarando en su órgano el Vorwärts que se trataba de un «éxito inmenso de la democracia social». ¡Y significaba una sumisión al capitalismo internacional! El marxismo repasaba su historia, es algo así como la doctrina de los tristes destinos: no se ha manifestado en el poder sino negándose a sí mismo.

Y como reacción rotunda contra el marxismo, el nacional-socialismo proclama los valores raciales. El marxismo, como dice Hitler (Mein Kampf) no tiene sentimiento nacional ni de raza; para él los hombres son algo abstracto y desvaloriza el valor personal.

Todo esto, más otros aspectos que sería prolijo enumerar, se resume en esta palabra: Anti-Marx.

2.-SOLIDARIDAD, NO LUCHA DE CLASES

La lucha contra el capital o, mejor dicho, contra el capitalista, no sólo significa la oposición entre el poseedor y el que nada tiene, la rivalidad entre el hermano pobre contra el hermano rico, sino la oposición de intereses económicos entre dos elementos que cuando no se armonizan, necesariamente chocan a lo largo de los puntos de fricción que les depara el desarrollo de su vida económica y social. Su convivencia es necesaria, imprescindible, ya sea voluntaria o forzosa. En la época medieval, la organización corporativa aseguraba condiciones de convivencia regular; en la actualidad, con la libre concurrencia, se depende del llamado "mercado libre", no obstante encontrarse éste dominado por los capitalistas financieros. Los lazos que establecen la dependencia económica suelen ser ahora invisibles, pero efectivos. Y en este medio económico viven grandes masas de población que no tienen otra cosa que ofrecer en venta que su trabajo; éste resulta una mercancía. Y el capitalista aprovecha tal situación para beneficiarse de la eficiencia de esta masa de trabajo. Así aparece el moderno movimiento social. ¿Quiénes son los que forman la masa global de trabajadores? Todos los no capitalistas, los que se esfuerzan y procuran un beneficio en la producción. Hasta los altos empleados de una empresa no son menos dependientes del capital que un simple obrero. Los proletarios se encontraban aislados al principio, pero, después, su vida ha sido elevada y han acortado las distancias que existían entre ellos y otras capas de trabajadores calificados e intelectuales. El Estado depende de los círculos financieros, y con el Estado el aparato de los impuestos que oprimen a esas masas trabajadoras. Cuando mayor y más general se presenta la necesidad, sube de punto

la exigencia de hacer empréstitos y contraer préstamos, engrandeciendo, así, el poder del capital financiero.

* * *

Así razona el nacional-socialismo las condiciones del movimiento social, recabando para sí la gloria de haber sido el primero en lograr la unidad del frente constituido por todos los no capitalistas.

Marx, de la oposición de intereses entre capitalistas y trabajadores, tomó el punto de partida para su teoría de la lucha de clases que había de abrir un abismo entre los proletarios y todos aquellos que no lo son. Para el marxismo, el campo del trabajo queda reducido a los proletarios y destroza la conexión viva de la comunidad social.

El nacional-socialismo reconoce las oposiciones y antagonismos sociales y hasta los que se dan en el seno de las mismas familias, como oposiciones naturales entre padres e hijos. Hay oposiciones religiosas, políticas, económicas, en el seno de un pueblo; el individuo podrá negar a su familia y a su nación, pero ciertos lazos que a ellas le ligan, no podrá romperlos jamás.

Esta formación natural, viva, la intenta destruir el marxismo, reemplazando una realidad por un proyecto de nuevo Estado que no ha podido aún estructurar.

3.-COMPOSICIÓN DEL PARTIDO NACIONAL-SOCIALISTA

¿Se trata de un partido burgués? Así lo afirmaban los demócrata-socialistas para combatirlo, pero una simple ojeada sobre la composición del partido, a través de su representación parlamentaria, demuestra lo contrario.

La minoría nacional-socialista del Reichstag a 31 de julio de 1932, ofrecía la siguiente clasificación profesional de sus diputados:

Trabajadores de la Ind. ^a y Agr. ^a	20	Diputados
Empleados de ambas ramas	13	"
Artesanos, independientes y empleados	22	"
Comerciantes, independientes y empleados	26	"
Empleados	28	"

Funcionarios del partido	4	"
Labradores	39	"
Propietarios de tierras	5	"
Fabricantes	3	"
Oficiales del Ejército	16	"
Escritores y periodistas	15	"
Profesores de escuelas superiores	5	"
Maestros	7	"
Ingenieros	6	"
Economistas	5	"
Abogados	6	"
Médicos	4	"
Otras profesiones	6	"

¿Dónde están los millonarios? Todo este conjunto es una representación genuinamente popular.

No sólo están representadas las ramas profesionales, sino dentro de cada una de ellas sus ramificaciones especiales. Los trabajadores no sólo lo son de la industria, sino también de la agricultura, los que desempeñan la diputación. Entre los empleados figuran los empleados públicos y los particulares. Entre los artesanos, hay zapateros, pintores, albañiles, herreros, confiteros, jardineros, electricistas, cerrajeros, hojalateros, fundidores, fumistas, canteros y un carpintero. Entre las profesiones liberales se encuentran abogados, médicos, curas, consejeros de enseñanza, químicos, boticarios, geómetras, etc.

Este partido, cuya minoría parlamentaria estaba compuesta por 230 diputados, sólo tenía tres fabricantes y cinco terratenientes. La imputación de burgués es completamente falsa.

4.-LA CRUZ GAMADA

¿Qué significa la cruz gamada? Este símbolo del nacional-socialismo lo define Hitler como una idea del trabajo. En alemán, la cruz gamada, Hakenkreuz, significa cruz ganchuda o cruz de arado. «Dirección de la lucha por el triunfo de los hombres del Norte y al mismo tiempo, la victoria del pensamiento del trabajo creador, que eternamente ha sido y será antijudío», eso significa, según Hitler, la cruz gamada (Mein Kampf, página 557.)

Independientemente de su representación nacional-socialista, la cruz gamada es el emblema más antiguo de la cultura humana. Se encuentra desparramada por el haz de la tierra y ha sido para los pueblos primitivos la imagen santa del Sol. Esto representa, menos para los semitas y los australianos. Proviene esa cruz de otra aún más primitiva que formaba una rueda, una cruz como diámetros de una circunferencia; más tarde quedó la circunferencia solamente indicada. Esvástica, es otro de los nombres con que se la designa.

De la cruz gamada proviene la cruz griega y de ella también la crux commissa del cristianismo.

La estrella de cinco puntas es el símbolo del misterio, de la perfección, del Universo y de la salud. Ha sido el signo de muchas sociedades secretas, fetiche contra los malos espíritus en la Edad Media y emblema, hoy, de los soviets.

La estrella de seis puntas o estrella de David es el escudo de los judíos, el signo del sionismo.. La estrella de David, según la doctrina de la cábala, es la compenetración del mundo sensible y del invisible, la venida del Mesías, la piedra angular de la vida y la divinidad...

Sobre la cruz gamada se ha formado una abundante literatura. Sólo citaré un escrito muy completo de Lechler (*Vom Hakenkreuz*, Leipzig, 1921.)

Se trata, pues, de un símbolo y su valor es, principalmente, distintivo y psicológico. Es indudable que los hombres sienten más las ideas si se materializan, y tal vez las comprenden mejor. Los colores de las banderas, las creaciones de la heráldica, ¿qué significan sino eso? Los símbolos, alegorías y emblemas son el lenguaje poético que mejor se siente, y sí van acompañados de himnos musicales, entonces aumentan las fuentes de energía. No en balde los griegos buscaron un cantor para ganar batallas, y Tirteo fue la confirmación de idea, al parecer, tan rara.

5.-EL SOCIALISMO NACIONAL Y EL ANTIFASCISMO DE LOS MARXISTAS

El calificativo de socialista aplicado al movimiento hitleriano no ha sido considerado como propio por algunos. El histiniador del nacional-socialismo, Conrad Heiden, es de esta opinión. (Heiden, *Geschichte des National-Sozialismus. Die Karriere einer Idee*, Berlín, 1933)

No obstante, tiene su fundamento el calificativo, no solamente aplicado al nacional-socialismo, sino también al fascismo italiano. Lo que ocurre es que muchos han reservado exclusivamente para el colectivismo la denominación socialista y el fascismo dista mucho de ser colectivista.

¿Por qué el fascismo es socialismo? Por dos razones, principalmente:

Por una razón histórica, ya que las raíces de muchas de sus ramas ideológicas se encuentran en los socialistas del siglo XIX, en el socialismo teórico de Platón y en el socialismo práctico de Esparta.

Por una razón teórica, ya que el fascismo sigue las concepciones centrales de la doctrina socialista. Y no es marxismo porque ni estatifica los medios de producción ni suprime la libertad ni la propiedad privada.

* * *

El ejemplo de lo ocurrido en España con motivo del fascismo es muy significativo.

¿Por que los socialistas españoles, defensores del marxismo han tocado a rebato al simple anuncio de la aparición de El Fascio e inducen a sus partidarios a que lo combatan, sin repugnar ningún procedimiento? Durante estos tres últimos años ha habido un verdadero "charivari" de nuevos partidos, más o menos afortunados en el salto dado en el trampolín de la plaza pública, pero ninguno ha suscitado, como el nonnato partido fascista tan terrible reacción, por una parte, y, por otra, expectación nacional tan vibrante. Tal vez lo uno explica lo otro. Pero la verdadera causa queda aún en el misterio. Los marxistas dicen, como justificación de su actitud amenazadora, que el fascismo va "contra los trabajadores", y aprovechan la oportunidad para anunciar una dictadura socialista, que más bien sería un recrudescimiento feroz de la existente. Todo ello me hace pensar otra vez en la, al parecer, causa misteriosa del paroxismo marxista.

* * *

Tratárase de un nuevo partido burgués y no se habría movido ni la más ligera hoja de la prensa socializante que conocemos. A lo sumo, algunos puñados de sal gorda como comentario. Ello ya me orienta en el diagnóstico del caso patológico marxista ante el fascismo. Y después de mucho meditar, deduzco una paráfrasis de la afirmación marxista que lo explica toda: el fascismo no va contra los trabajadores, sino a los trabajadores. La ira catastrófica de los marxistas queda reducida, en el fondo, a una maniobra de tendero que no quiere que le quiten la parroquia. Cuando los sindicalistas comenzaron a socavar la Internacional Socialista, cuidaban de denunciar a los proletarios la alianza socialista-burguesa que fusilaba en tierras de Francia a los obreros con tanta facilidad como el general Marqués de Gallifet abatía comunistas al reconquistar París para la República; cuando Lenin fundó la Internacional de Moscú no sintió empacho ninguno en declarar que los socialistas estaban en el estercolero burgués... Todos disputándose la parroquia proletaria y demostrando que el odio de los congéneres ha sido siempre mortal. Se combaten, no por estar muy lejos, sino por estar cerca; no por encontrarse enfrente, sino por estar casi al lado. No vale empujar, piensan los socialistas. Y ahora los fascistas despliegan una bandera que grandes masas de trabajadores saludan ya como suya. Llegan

como nuevos concurrentes y la casa marxista se va quedando desierta. Sucede lo mismo que con el católico, que se le da una higa del gran Lama del Tibet, pero odia al cristiano Lutero.

* * *

Tal vez extrañará a muchos que el fascismo sea un partido de trabajadores y para los trabajadores, pero, en realidad, así es. Pero entiéndase bien que mientras los marxistas sólo reconocen la condición de trabajador al proletario, o sea al que vive de un salario eventual, el fascismo potencia el concepto y hace entrar en él a «todas las fuerzas de la producción» (así reza la Carta del Trabajo en Italia), sin excluir las profesiones liberales, «a todos los que ganan su pan por medio del trabajo espiritual o corporal sometidos a la servidumbre del interés del dinero», como proclaman las tesis programáticas del nacional-socialismo alemán. Su ideología es una exaltación del trabajo solidarizado y su recluta se ha hecho entre las capas sociales que se extienden como estratos desde el capitalismo hacia abajo, llegando hasta el mismo proletariado. Considera el trabajo como un deber y no admite las rentas fundadas en la simple posesión inactiva. Así lo proclama la tesis 11 del programa de Hitler. Y va tan lejos en lo relativo a las rentas del trabajo que llega hasta la determinación técnica y objetiva del salario justo, problema que tanto ha preocupado a todos los economistas. Entonces, se nos dirá, ¿si eso no es socialismo, qué es? Es verdad: el fascismo es socialismo y de pura cepa, socialismo que, como el vino viejo y guardado en la cueva silenciosa, con el tiempo crió aroma. Ello explica la competencia encarnizada de otros partidos comunistas y comunistoides.

* * *

Pero ese socialismo fascista, que lo es por cuanto abarca la vida material y espiritual de la Nación, responde a la concepción prístina de los fundadores de la doctrina socialista, la que no sacrificaba la personalidad al socialismo ni éste a la personalidad, y no es marxismo porque acepta la iniciativa y la propiedad individual de los medios de producción y suprime la lucha de clases. No destruye el capital, sino que lo subordina a las conveniencias de la comunidad («utilidad común antes que utilidad individual», dicen los hitleristas); establece una disciplina de todas las fuerzas de la producción más bien en sentido conservador. ¿A qué destruir el capital si necesariamente habría que reponer las acumulaciones? El llamado plan quinquenal ruso no es sino una marcha forzada del trabajo productivo con el fin de ahorrar, acumular limitando el consumo, para dar nacimiento otra vez al capital. Ese gran capital financiero que el marxismo intenta, de golpe y porrazo, socializar, provocando con ello un terrible colapso en la economía nacional, no se suprime en el régimen fascista, pero se sujeta a normas de convivencia económica y social. En una palabra: el marxismo despoja; el fascismo solidariza.

* * *

Así se comprende que encierre el fascismo una fuerza magnética formidable para las grandes masas y se difunda tan pronto se da a conocer. El trabajador se siente hasta halagado cuando se le hace posible y grata la convivencia con otras clases de trabajadores no sólo en las declaraciones mas o menos pomposas de la Constitución sino también en la vida social ve un porvenir práctico e inmediato. Ante todo esto, el marxismo siente la pasión de la rivalidad y se esfuerza por presentarse como la verdadera tía Javiera en defensa de su puesto. Niega el agua y el fuego al fascista por los mismos motivos de conveniencia práctica que le ha llevado, siempre, a combatir sañudamente la democracia social conservadora que le restaba fuerzas obreras. Todo esto me hace recordar que los reaccionarios de antaño se opusieron a la Internacional y entonces el gran repúblico Salmerón pronunció sus mejores discursos en defensa del derecho de los socialistas sin serlo él. Hoy, los reaccionarios son los socialistas antifascistas. ¿Por qué no dejar predicar una idea? Si nada vale ni nada la justifica, pronto será escupida de la circulación como una escoria. Escuchemos, leamos, meditemos aun sin compartir las creencias ajenas. En eso esta el alma de todo progreso.

-POSTSCRIPTUM

Recibo las galeradas correspondientes a las páginas anteriores para corregirlas en Berlín, durante el verano de 1933, antes de haberse cumplido los seis primeros meses de haber formado gobierno el Canciller Adolfo Hitler. Y en tan poco tiempo ha llevado a cabo resoluciones fundamentales en los amplios dominios de la vida pública, resoluciones que en su conjunto responden a la orientación general del nacional-socialismo. Leyes sobre la purificación administrativa, sobre nombramientos de gobernadores, eliminación de la ideología marxista y de las organizaciones incompatibles con el nuevo Estado. A semejanza de las piedras que se van colocando para formar un gran mosaico, el nacional-socialismo va completando su obra, todos los días, infatigablemente.

En poco tiempo ha suprimido los partidos políticos para demostrar que el Estado puede vivir sin ellos, desde el comunista hasta el Centro, pasando por todos los intermedios; ha decretado la formación de un Consejo de Estado para Prusia, que es el mejor substitutivo del Parlamento representativo; ha resuelto la cuestión que dividía a los evangélicos alemanes, pacificando los espíritus, al mismo tiempo que concertaba el Concordato con Roma (por primera vez en el Reich), dando así una satisfacción a los católicos y realizando un acto de justicia; lo que no pudo hacer ningún Canciller durante muchos años lo ha realizado Hitler en pocos meses: la ratificación del tratado con Rusia. Al mismo tiempo, el número de los sin trabajo ha disminuido en cerca de millón y medio, y se ha dotado a jóvenes obreras.

Su programa sobre los bazares se realiza paulatinamente, y aquí, en Berlín, se ve en almoneda forzosa a los más grandes;. El antisemitismo ha dado también la batalla, recordando a los judíos su acción violenta, en unión de los marxistas, contra los nacional-socialistas... ¿A qué seguir?

La cruz gamada flamea en las banderas y éstas aparecen en todas partes. Y todos los días, al anochecer, veo pasar por la plaza de la iglesia erigida en memoria del emperador Guillermo, columnas de nazis con su uniforme; van cantando himnos patrióticos y le siguen también en formación, los nuevos reclutas del partido que aun no llevan el uniforme, como los quintos en España cuando salen de los pueblos. Junto a los hombres maduros, veo caras juveniles, casi de niños, que acuden a engrosar el formidable ejército de Hitler, Y, también en formación aparte van las obreritas de tez pálida que salen de sus tiendas y talleres, siempre cantando por la salvación de Alemania.

La idea se ha hecho carne. ¡Felices los pueblos que sienten la emoción de los ideales, que saben seguir a los caudillos y no desertan de las banderas que exigen, ante todo, paz y trabajo! Porque no basta predicar y exportar doctrinas: esas, no valen nada si no van acompañadas de un buen material humano.

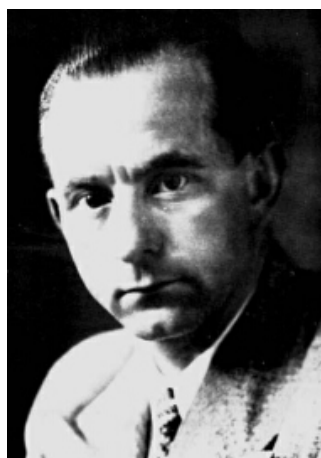
Berlín, agosto de 1933.

«T9 COLON9ACION DE TOD0 E2BILITN DE 29CLIIICIO I62I06 EN I9 060IC9ION DE I9 B10B19 V109 B919 I9 6X12I6UCI9 06 I9

"HITLER, CAUDILLO"

por el Dr. OTTO DIETRICH

—JEFE SUPREMO DE LA PRENSA DEL REICH—



1937, Manuel Marín editor, Granada

2001, Ediciones EL ÚLTIMO AVATARA

Pulse [aquí](#) para descargar el texto en formato imprimible MS-Word (ODIETRICH.doc)

Ediciones EL ÚLTIMO AVATARA AUTORIZA Y RECOMIENDA LA REPRODUCCIÓN Y DIFUSIÓN POR CUALQUIER MEDIO DEL SIGUIENTE TEXTO, AGRADECIENDO SEA CITADA SU PROCEDENCIA.

NOTAS DE LA EDICIÓN:

Ediciones EL ÚLTIMO AVATARA les presenta la edición en castellano de la obra “HITLER, CAUDILLO”, escrita por el que fue Secretario de Estado y Jefe de Prensa del Reich, Dr. Otto Dietrich, habiendo tomado como fuente la edición que en el año 1937 hiciera el editor Manuel Marín en Granada.

El autor narra en la misma sus vivencias personales junto al Führer, durante el convulso año 1932, hasta el ascenso al Poder de Hitler, y con él, el resurgir nacional de la Nueva Alemania bajo el gobierno Nacionalsocialista, que pondría fin al nefasto sistema de Weimar, instaurado tras la derrota germana en la Gran Guerra.

Con un estilo sencillo y directo, el autor es protagonista de primera mano de todos los acontecimientos acaecidos hasta el 30 de Enero de 1933, como los innumerables intentos por parte de todos los partidos, desde las derechas hasta los marxistas, de impedir su llegada al poder, a base de todo tipo de campañas orquestadas con el fin de desprestigiar al Führer Nacionalsocialista, y cómo Adolf Hitler con la nobleza de su espíritu, su fe inquebrantable, su esfuerzo y dotes innatas, consigue al fin superar todos los obstáculos y ganarse al Pueblo alemán. Por ello sirva también este texto para acercarse a la verdadera figura del Führer, una figura sobre la cual pesa la más terrible de las manipulaciones y mentiras —especialmente a partir de 1945— urdidas por sus más despiadados enemigos — los provocadores y únicos vencedores de las contiendas que han assolado Europa y esclavizado al mundo—. Descubra pues el lector facetas de la personalidad y de la

actividad del lider Nacionalsocialista, escrito todo ello por quien con él estuviera en esos cruciales años.

INDICE

HITLER, CAUDILLO

VISIÓN NOCTURNA

EL PODER DE LA PERSONALIDAD

LA LUCHA DEL NUEVO SENTIDO HEROICO

HACIA EL MOMENTO DECISIVO

MAESTRO EN EL CAMPO DE LA DIPLOMACIA

LOS CAPITANES DE INDUSTRIA ANTE EL DILEMA

ENTRE MUNICH Y BERLÍN

LA HORA SOLEMNE DE ADOLFO HITLER

CRUZANDO ALEMANIA EN AVIÓN

VIDA NUEVA Y NUEVO ESTILO

UN AUDAZ VUELO TORMENTOSO

EL PRIMER VUELO NOCTURNO

LA GRAN REVELACIÓN DE LA MANSURIA

CÓMO CONQUISTAMOS A MECKLENBURGO

LA CAÍDA DE BRÜNNING

NOCHE INOLVIDABLE

TÁCTICA DE TIRA Y AFLOJA

EL 13 DE AGOSTO

LA CASA EN EL MONTE

LA PRUEBA DE FUEGO DEL MOVIMIENTO

LA JUVENTUD BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ GAMADA

INTERMEZZO

EN EL HOTEL KAISERHOF

CÓMO DICTA EL FÜHRER

¿DÓNDE ESTÁ HITLER?

EL ÚLTIMO "PERSONAJE"

PROLEGÓMENOS EN COLONIA

INTERMEDIO EN LIPPE

LA CONQUISTA DEL ESTADO

ESTADO Y PARTIDO

ADOLFO HITLER, ARTISTA

PUEBLO Y NACIÓN, NUEVA SÍNTESIS

APÉNDICE

PLAN CUATRIENAL.—DIRECCIÓN RESPONSABLE DE LA
ECONOMÍA ALEMANA

PROGRAMA DEL PARTIDO NACIONALSOCIALISTA

VISIÓN NOCTURNA

La noche del 23 de Febrero, el avión, suave y seguro, cruza los aires hacia su destino. Voy arrellanado en un sillón de cuero de alto respaldo. La cabina está oscura; tan solo, sobre los cristales de las ventanillas se reflejan intermitentemente, cual, roja sangre, los destellos fulgurantes que lanzan los tubos de escape. Apenas, cual sombras, se reconocen las siluetas de las quince cabezas de los pasajeros del "Richthofen". El trepidar de los motores anula los sonidos todos.

Ante mí, al lado derecho de la ventanilla, pensativo, la cabeza recostada, está sentado un pasajero que mira, por encima de las brillantes alas plateadas, la clara noche, estrellada. Es Adolfo Hitler. Desde hace tres semanas, Canciller del Imperio Alemán. Media hora antes, caldeado con ardorosos aplausos hablaba en Frankfurt del Main ante decenas de miles de alemanes, mientras las ondas del éter transmitían sus palabras, mazazos de persuasión a todas las ciudades y aldeas, a las mismas sobre las que cruzábamos por el aire a la velocidad de 280 kilómetros por hora.

En nuestros oídos resonaba, vibrante aún, el júbilo de las masas en el gran salón de Fiestas de Frankfurt; oímos aún la sinfonía libertadora del Himno Alemán; aun nos iluminan los miles de antorchas de esa conmovedora hora solemne de la nación, mientras nosotros, aquí en lo alto, vivimos ya otros momentos casi cósmicos. No hay palabras para describirlo.

¡Qué pensamientos e inquietudes no serán las del Führer (en esta hora tranquila de una noche de fantasía y ensueño! Busco en mis pensamientos una perspectiva, lo bastante amplia y comprensiva para que pueda abarcar este mundo de visiones casi trascendentales, en el que vibra y cunde la obra de Adolfo Hitler, día tras día, hora tras hora para Alemania y así poder trazar la imagen de nuestro tiempo. Pero me falla todo concepto. Se ha hecho realidad, verdadera sustancia, una nueva forma creadora, insospechada, un nuevo y fundamental estilo del concepto de la vida alemana que ha impreso ya, indestructiblemente, el sello de su destino.

No queda, empero, largo tiempo para la meditación. La radio de a bordo anuncia ya la estación de Nordlingen, sobre el Danubio. Se encienden de nuevo las luces de la cabina. Adolfo Hitler estudia el mapa. Dentro de breves minutos, antes de media noche alcanzaremos Munich, donde esperan al Canciller para importantes conferencias con Berlín. Y mientras nuestro aparato, con el glorioso nombre de "Richthofen", meciéndonos en la suave cadencia de amplias espirales va descendiendo sobre el mar de luces de la metrópoli bávara y las brillantes antorchas de magnesio colocadas en nuestras alas iluminan bajo nosotros la superficie de la tierra con claridad de día, en aquel mismo momento, tomé la resolución de escribir estas páginas.

No van a ser ninguna biografía de Adolfo Hitler, ni una descripción de su acción política durante los últimos años, sino un resumen fragmentario episódico, pero sintético, vivo, de recuerdos personales, de reflejos de los días de lucha decisiva, para dar a conocer a grandes rasgos lo vívido por el autor con su Führer, durante los últimos años, hasta la conquista del Poder.

Voy a mostrar el desarrollo histórico de los acontecimientos tal como personalmente los vi y tal como los sentí.

El lector, a través de las etapas de esta empeñada lucha, podrá formarse por sí mismo idea clara y precisa de una moderna, fantástica, manera de obrar; lucha realmente heroica para el advenimiento glorioso y triunfal de la Revolución Nacional y con ello, el perfil exacto de la personalidad de Adolfo Hitler. Quizás para más de uno, descubran no sólo al hombre, a Adolfo Hitler, sino que también el secreto de su éxito.

EL PODER DE LA PERSONALIDAD

Si hubiera milagros en la vida de los pueblos, el alemán podría con razón considerar como suceso sobrenatural el feliz viraje de su destino. Tanto el hondo cambio fundamental interior espiritual, como el nuevo ser exterior de nuestro pueblo, conseguidos por la revolución nacionalsocialista con su audaz combate, constituyen, incluso para los que la han visto y ayudado a nacer desde las avanzadas de esta lucha gigantesca, cosa inaudita e imposible casi de Penetrar. La impresionante y asombrosa convulsión renovadora del carácter y de la manera de ser interior y exterior del pueblo, es algo que el observador imparcial no puede llegar a concebir ni aún hoy en día como fenómeno natural. Los hechos, sin embargo, se imponen al débil poder de comprensión de los hombres, y la marcha del tiempo no puede ser detenida por quienes se aferran en un eterno ayer.

El tercer Reich, es una realidad. Existe en sus cimientos. Se apoya en los valores imperecederos de la raza nortea y en las profundidades del alma alemana. Dócil sobre las raíces naturales del sentido y del ser germanos. Delimitado y contenido en las fuerzas vitales de la Personalidad, que nacieron y acompañaron a nuestro pueblo como encarnación de su voluntad y espíritu. La generación que emprendió tamaña empresa tiene por obra trazar sus líneas y directrices fundamentales y las generaciones venideras son las llamadas a tener por misión, proseguirla y llevarla a su fin.

Hoy, nosotros, los que nos hallamos en esta labor constructiva, en medio de la enorme labor creadora emprendida por una nación, lanzamos una mirada sobre el camino ya andado y delimitamos las etapas de nuestra lucha; pero con ello no sólo buscamos una corta complacencia en lo conocido, sino que hallaremos, al revivir los momentos heroicos de nuestra lucha, nueva fuerza y nueva potencia creadora para la labor venidera.

Las ideas determinan la historia y el destino de los pueblos. Pero en la Personalidad es donde reside la creación y contenido. Idea y Personalidad, son también las dos directrices que determinan la creación de la nueva Alemania, y que cooperan desde un principio a su nuevo ser. Jamás, hasta el presente, estos elementos formativos y la expresión del ser de un pueblo se han encontrado con esa nitidez y pureza como ha sucedido para el movimiento nacionalsocialista en su gigantesca cruzada para la reconstrucción de la Nación alemana.

Así como toda gran verdad se encierra en una gran sencillez, así también el pensamiento del Estado nacionalsocialista es una de aquellas verdades, de aquellas magnitudes, ideas llenas de realidad y de estupenda sencillez, que forman la historia mundial, porque reintroducen las leyes de la vida en la conciencia de los pueblos y con ello dan el máximo

impulso creador a través de los caminos naturales. Pero en la política existen ideas, que quedarían en el reino del pensamiento, sólo como deseos, como anhelos idealistas, si no se hallasen acompañadas por la fuerza viva de la personalidad y si no se hicieran útiles de contenido para la nación y su vida.

El fenómeno estuvo presente desde principio. Junto a la cuna del tercer Reich, se halló la potencia de la Personalidad incorporada en Adolfo Hitler. Su importancia para la grandiosa obra y su trascendencia es extraordinaria. Es única e incomparable. Cierto, en verdad, que estamos hoy a tan corta distancia de los acontecimientos de sus primeros días que no podemos verla en perspectiva universal de historia. A ésta debemos dejar su juicio. Pero, lo que todos sabemos hoy, es que para el renacimiento de la nación alemana, Adolfo Hitler lo significa todo.

El movimiento nacionalsocialista penetró en nosotros por ley, por imperio de la Voluntad año tras año, de los trece heroicos. Desde los siete primeros que junto a él batallaron para conquistar al pueblo, hasta los ejércitos que hoy le defienden. Su espíritu es el único que ha fijado y ha responsabilizado esta lucha gigantesca y quien lo ha conducido, en cada fase de la contienda, hacia el éxito final. Llamamos a Adolfo Hitler, el Führer, el Conductor, el Caudillo, porque lo es. Estado y pueblo, gracias a él, han sido uno en Alemania.

Este Estado popular alemán lleno de realidad no descansa sobre apariencias ni sobre puntas de bayonetas, sino que radica en lo más profundo del corazón del pueblo alemán. La personalidad de su creador es para el pueblo esencia y contenido del nuevo Imperio. Hitler es Alemania, y Alemania es Hitler. En Adolfo Hitler está hoy incorporado el pueblo alemán, porque el pueblo se reconoce a sí mismo en su Personalidad.

Hay que haber sentido y vivido, día tras día, al lado del Führer las olas de amor y de aplauso que hoy fluyen y refluyen de entre todos los ámbitos del pueblo a través de Adolfo Hitler, para reconocer, que él, en su vida de hombre de Estado, de realidad tan rara, no es una elucubración, ausente de la realidad, sino que es la muestra exacta de un fenómeno real.

Los viajes de Hitler –aunque insistentemente exprese su deseo de no dejarlos trascender al público– constituyen una espontánea vía triunfal. Por doquier, en las ciudades y en el campo, donde quiera que se dirija, se extiende el conocimiento de su presencia y se transmite y comunica como la pólvora. Telegráficamente o de boca en boca. A cientos y millares le forman escolta por calles y sendas, y corren y saltan hacia su coche. Niños, adultos, hombres y mujeres, llenos de pasión y gozo, las caras radiantes, contemplan todos a su Führer, le tienden y estrechan la mano, de él quieren oír consejos, y luego de tocarle, verle, oírle... su nombre, sus actos, invaden todas sus conversaciones. ¡Dónde ha existido jamás un señor, una cabeza coronada, que haya obtenido una adhesión tan fuerte y sincera, unas explosiones de júbilo como Adolfo Hitler!.

Sin haberlo presenciado, nadie puede formarse ni la más remota idea. No hay en ello nada aparente, nada provocado, nada preparado o incitado. Es un impulso que surge espontáneo del corazón, de un movimiento poderoso, interior e irresistible. Las escenas que todos los días vivimos y revivimos son conmovedoras, verdaderamente emocionantes. No se trata de casos aislados, hechos sueltos; por doquier brotan inesperadamente. La forma puede variar lo accesorio, la mayor o menor viveza de expansión; pero el hecho tiene siempre la misma esencia, igual carácter y dirección.

El pueblo pende del Führer. Le ama y confía en él, sin reserva alguna y sin límites. Y esta relación extraordinaria y viva con el pueblo es para Adolfo Hitler, según él mismo confesaba, el goce mayor y lo más bello de su destino. Me lo repite siempre y en todas formas. De ello se nutre el espíritu del Führer, allí es donde reside una fuente inagotable de su poder, de su fuerza.

A menudo he meditado por dónde ha de buscarse el mayor y más hondo fundamento de su efecto personal sobre el pueblo, sobre las masas. Observado incluso como hecho simplemente exterior, y también como fenómeno psicológico me interesa este problema, que hoy, ocupa la atención de millones de alemanes, porque bien puede afirmarse que nunca se nos había presentado en esa su fuerza y especial manera.

Difícil sería hallar una explicación fundamental que lo sintetice, para quienes sólo recuerden los risibles argumentos de nuestros enemigos durante la lucha por el poder, que pretendían embaucar a su público, presentando a Adolfo Hitler como simple orador, como demagogo, que actuaba sobre las masas y las fascinaba. Pero todos esos se habrán convencido ahora que Adolfo Hitler no discursaba, sino que convencía. En Adolfo Hitler no es el orador el que actúa, sino el hombre el que produce esa acción insospechada con los que tan solo se pongan en contacto con su persona.

A muy numerosas personalidades que circundan o tienen trato con Adolfo Hitler he inquirido su opinión para saber dónde se halla para ellos, lo más característico y la razón de la acción de su Personalidad; y no he obtenido aún respuesta categórica alguna. Quizás, la explicación de esa característica que más se acerca a la verdad sea el reciente juicio que me dio el Presidente de la Reichsbank, Schacht:

«Hitler se manifiesta a sí mismo en cada una de sus palabras. Hitler cree en sí y en todo cuanto dice. Hitler es esto que hoy en día es tan raro de encontrar: Es autenticidad. El pueblo conoce enseguida lo que es auténtico y por esto, lo ase fuertemente y queda aferrado a ello».

El verdadero porqué de la Personalidad de Adolfo Hitler, incluso para nosotros los que diariamente admiramos su real ser genial, quedará para siempre en el misterio. Quien pudiera creer que un milagro, en un suceso de lo alto, que guía y dirige estas rutas del pueblo alemán, en la posibilidad de fuerzas sobrenaturales, sólo ese podría conocer la acción secreta de la personalidad de Adolfo Hitler, Dios ha bendecido a este hombre y sigue su camino porque por él debe ir. Aquí sí que podemos decir, que la Fe transporta los montes. La fe de Adolfo Hitler y la fe en Adolfo Hitler.

Explíquese como se quiera este misterio de la Personalidad de Adolfo Hitler, la fe en él, su hasta inconcebible popularidad, es hoy en Alemania un poder de fuerza irresistible. Potencia desconocida y sin ejemplo, en el dominio de los pueblos.

Sobre esta nueva Alemania de la disciplina y de la autoridad, no reina Emperador o Rey alguno, tampoco déspota o tirano: el tercer Reich, está dominado por la Potencia de la Personalidad.

LA LUCHA DEL NUEVO SENTIDO HEROICO

La historia del movimiento nacionalsocialista pasará a la posteridad como la epopeya heroica del resurgimiento de la nación alemana. El sentido heroico del pueblo alemán, desarraigado del espíritu del liberalismo y del intelectualismo carcomido por la ponzoña del pacifismo y hollado de la locura marxista, suicida de pueblos, ha revivido, en la lucha heroica y por la lucha heroica del N.S.D.A.P. (partido alemán nacionalsocialista de obreros) un resurgimiento tal, que leyenda alguna por impetuosa y denodada que fuera, y llena de aventuras y fantasías pudiera describir.

El 9 de Noviembre de 1918 se desplomó el viejo Reich. En medio de las más duras luchas por la existencia de la Nación después de cuatro años de inconcebible heroísmo y de esfuerzo gigantesco, erguido de nuevo el pueblo alemán y en aquel momento culminante de la embestida –no precisamente movido por una fuerza interior, racial, sino confiado en su fuerza externa, material– aparecieron algunos ciudadanos que, seducidos por ideas y sentidos extranjerizados y por la canallada marxista le hicieron traición y le asestaron un golpe de muerte, una puñalada trasera. Estos verdugos del pueblo, se llamaron "Revolución".

En lugar de un movimiento popular lleno de indignación, que refundiera una vez más todas las fuerzas del pueblo en un levantamiento nacional, plenamente decisivo, de un país de 70 millones, Alemania vivió una época de algaradas y motines de los miserables desertores. No hubo un solo acto de heroísmo; todo fue vileza, en esos actos ciegos y suicidas. Ese día de la ignominia que llevará para siempre el estigma de la traición a la nación, produjo, sin embargo, por reacción natural, y como revulsivo instantáneo, el despertar de las fuerzas contrarias y facilitó el levantamiento de una nueva generación germana, vengadora y fundadora de la nueva Alemania.

¡En cuántos corazones de soldados alemanes de las trincheras, fieles guardadores del honor, que durante los cuatro años y medio de fe en otra Alemania, se habían mantenido erguidos contra todas las potencias infernales, no alentaron en ese 9 de Noviembre de 1918, los mismos sentimientos de dolor y de indignación que los surgidos en Adolfo Hitler, aquel soldado de vanguardia, dos veces gravemente herido, al desencadenarse la revuelta, hallándole allí, en el Lazareto de Pasewalle! En aquella misma hora de profundísima humillación, en la que miles y miles de soldados del frente como Adolfo Hitler habrán prestado el secreto juramento de vengar algún día la ignominia –con odio irreconciliable contra los traidores marxistas– y en ese mismo instante, nació la revolución alemana y quedó sembrado el espíritu del nuevo Estado, del cual, con potencia incontenible, surgió el Tercer Reich, el de la libertad y el de la justicia social.

Quizás muchos le imprecaron. Pero uno hubo que laboraba. En Adolfo Hitler, residió vivo el heroísmo indestructible de la nación de Nibelungos y él alumbró el nuevo fuego de las proezas. En medio del caos del desmoronamiento alemán, con visión enfervorizada en su tarea y misión, y animado sólo en amor ardiente a la nación, empezó la lucha por el alma del pueblo alemán.

Un año de lucha, cada uno en su lugar, y con la confianza ciega en sí mismos. Año de tanteos y de propios contrastes, hasta hallarse plenamente. Seis hombres, animados, como

Adolfo Hitler, del mismo espíritu y con igual e incomparable voluntad fueron los que a fines de 1919 se lanzaron, con su caudillaje y dirección, a la conquista del pueblo alemán. ¡Qué ideas más atrevidas! se decía entonces... ¿Es milagro que haya sido realidad tamaña empresa? nos preguntamos hoy. Adolfo Hitler no preguntó jamás, sino que siguió siempre la voz de su conciencia, de su fuego interior.

Con voluntad inflexible y perseverancia jamás conocida, que fracaso alguno pudo descorazonar, velaba ese hombre del pueblo hasta entonces desconocido, velaba con pocos fieles y acechaba la contienda del terror marxista. Creó, sobre la fuerza sugestiva que se encierra en su propio conocimiento. Prefería siempre un hombre sano, de carácter entero al más ingenioso de los enfermizos. Sabía con certeza que al terror no se le vence con las habilidades del espíritu, sino con terror. Logró ganarse la confianza social de las masas y dar a sus anhelos nacionales, de nuevo, un contenido, un fin.

En la "Baviera nacionalista" encuentra el joven movimiento campo de expansión apoyando las quiméricas esperanzas de los blanquiazules reaccionarios y separatistas. La liberación del Coburgo rojo en Octubre de 1922, la consagración de los primeros estandartes de las S.A (Secciones de Asalto) en el campo de Marte en el primer Congreso del Partido en Enero de 1923, la marcha armada sobre el Oberwiesefeld del 1º de Mayo de 1923, y los acuerdos para la formación de la "Liga alemana de combate" el 2 de Septiembre de 1923, con ocasión del primer Congreso alemán en Nuremberg, constituyen los hitos de esa expansión.

1923: Año decisivo: Con viveza y decisión, Hitler confía poder atraerse a la Baviera de Kahr en favor del resurgimiento alemán. Pero, de nuevo, la traición frustró esa lucha heroica. El 9 de Noviembre de 1923. fue un joven héroe quien, por primera vez, selló con la sangre el juramento del 9 de Noviembre de 1918. El Partido alemán nacionalsocialista de obreros (N.S.D.A.P.) fue exterminado. Todo pareció perdido. Pero no sólo lo parecía. Estaba escrito. Adolfo Hitler vivía y con él, el Movimiento.

Pero los disparos en la Feldherrnhalle de Munich, sonaron a diana para millones de alemanes. Los muertos en la plaza del Odeón, fueron los primeros mártires de la revolución alemana. Por primera vez, a los cinco años de perdida toda esperanza y de derrotismo, la nación empezaba a sentir atónita y apercibía ya, en su pulso, la mano de un nuevo alemán de creciente personalidad, el resurgimiento de una nueva voluntad nacional, los principios de un proceso interior de la nación.

El espíritu del sentido heroico de la Nación sepultada entre los escombros del desastre, despertó a una nueva vida y se incorporó majestuoso como de un sueño. ¡Quién duda que existieron caminos equivocados que, a espaldas del querer del Führer, tomaron falsos "mesías populares", mientras él permanecía cautivo en la fortaleza de Landsberg! Sabía que el nacionalsocialismo sin su creador y sin el aglutinante de su Personalidad, no podía mantener puras ni las ideas y voluntades, ni la dirección de su organización, y que sin ella tampoco podía ser conducido a su fin.

Recién se habían cerrado las puertas del cautiverio tras de Adolfo Hitler, creaba él de nuevo y de la nada el Partido, pocos días antes de las Navidades de 1924. Después de años de glorioso crecimiento y luego del brutal derrumbamiento, volvió a empezar de nuevo. ¡Tan grande era su valor heroico, tanta su incomparable fe en su misión! «Aunque todos nos sean infieles, nosotros persistiremos en nuestra fe», así se expresaba Hitler, con estas

mismas palabras, cuando en la cervecería "Bürgerbraukeller" desde el mismo lugar donde en Enero de 1923 había lanzado el levantamiento, proclamaba su nueva fundación a 27 de Febrero de 1925. En su voluntad inflexible de lucha, templaba de nuevo los anhelos de sus viejos camaradas. La perseverancia heroica, la voluntad de hierro y la fe ciega en el porvenir, constituyeron las fuentes de fuerza interior que alimentaron al naciente Movimiento de las que, precisamente, debía de nutrirse la nueva lucha.

Con la nueva fundación, el partido entraba en otra época de su lucha. Adolfo Hitler se reveló como un táctico de visión amplísima. De la suerte deparada al levantamiento de 1923, y de su experiencia, sacó imperturbable las consecuencias. La situación política interior, aunque precaria, no aconsejaba la acción por medios ilegales y los caminos legales se presentaban como único medio para conseguir asegurar el éxito.

El Führer vio clarísimo que sólo, mediante una labor constante de propaganda se podía impregnar al Estado del nuevo sentido y así, hacerlo comprender al pueblo y hacerlo surgir de sí mismo. Era evidente que este cambio hacia la táctica parlamentaria no tenía que ver lo más mínimo con una adhesión fundamental al parlamentarismo. Los fundamentos de su Movimiento, tantas veces despreciados, que después del triunfo se mantuvieron de manera tan clara y consecuente, constituían ya entonces, para Adolfo Hitler, principios inmovibles. Consciente de su misión aportó de nuevo sus firmes propósitos en la lucha por el nuevo sentido, lucha sin tregua y dura, durante varios años que, si bien se planteaba desde otro plano, no desmerecía ni un ápice en heroísmo de la anterior. Era el combate a la democracia en su propio campo y con sus mismas armas. Comenzaba la lucha heroica de los caracteres y confesores.

Se prohibieron los discursos del Führer. El partido no disponía de los más imprescindibles medios. Su destino, durante aquellos sucesivos años –quizás los más difíciles del Movimiento– fue una larga cadena de persecuciones, aprisionamientos y de añagazas.

Quien se confesaba nacionalsocialista o se comportaba como tal, era aniquilado y expulsado de la vida social del Estado, de aquella sociedad burguesa corrompida, de la vida de la clase trabajadora, de aquella que, ¡oh sarcasmo!, se llamaba "consciente". A quien era sospechoso de nacionalsocialista, se le imposibilitaba de todo oficio y de su pan; era boicoteado y exterminado en sus negocios, expulsado de todo taller y abandonado a la miseria.

Cientos, miles fueron lanzados a las cárceles de aquel Estado novembrino. Por las calles cundía el sanguinario terror marxista. Contra el joven y tempestuoso Movimiento vanguardista se alzaron todos los poderes del infierno. La lucha era cada día más dura y cruel. A cientos de los mejores alcanzó el acero asesino de los marxistas, pero al mismo tiempo, eran a miles los nuevos adalides de la libertad que asían las banderas y las enarbolaban y clavaban hasta el último rincón de la tierra alemana. El cuadro de honor de sus muertos es lo más grandioso del Movimiento nacionalsocialista; era, lo que atraía, lo que más llamaba a sus filas a la juventud alemana y a millones de patriotas, con fuerza magnética. Es, que sentían vivísimamente lo siguiente: Un Movimiento, por cuya idea se puede morir, como morían nuestros héroes y en el cual, todos están dispuestos a despreciar la muerte, un Movimiento que encierra el más firme derecho moral, el derecho a la existencia de Alemania.

Sangre y lágrimas, pero también orgullo en la lucha, indomable valor de heroísmo y el más magnífico espíritu de unión y solidaridad, son los signos que señalan el camino por el que anduvo el movimiento durante esos años épicos. En ciudades y pueblos, en las casas de vecindad de las grandes ciudades, en palacios y chozas, en asambleas y en la calle, en las relaciones familiares entre el hombre y la mujer, entre los padres y los hijos se discutía y misionaba por el nuevo sentido; y la Idea del nacionalsocialismo invadía y hacía luchar las almas todas. Se movilizaron las iglesias en su contra, y los combatientes por la nueva Alemania eran perseguidos hasta en la sepultura para rehusarles hasta la paz de las almas. Nada, empero, consiguió abatir a los luchadores ni impedir el progreso del Movimiento. Los entusiastas Congresos del Partido, en Weimar en 1926, en Nuremberg en 1927 y 1929, constituyeron los toques de llamada general, las grandes conjuras de ese camino.

El mundo no sabe aún hoy lo que fueron realmente esos años en luchas espirituales entre el pueblo, de otra parte, imposibles, ni tan solo de percibir por los que no las vivieron. Hay que haber convivido y sentido al unísono con esa lucha llena de heroísmo, con ese cambio radical lleno de sorpresas insospechadas, desde la más grande podredumbre al más alto sentimiento de la fuerza interior, para poderlo comprender en toda su magnífica profundidad. Será el gran secreto y la gloria interior de aquellos que lucharon en medio de ese infierno. Sólo a quien le es dado medir el tiempo de nuestros días con la medida de su propia aventura puede conocer plenamente la grandiosidad de las conquistas de hoy. El sentido poderoso y la voluntad dinámica del nacionalsocialismo nos dieron el triunfo, surgido de esa lucha titánica de los caracteres.

Aunque nunca se hubiera cumplido la sentencia de que el carácter es quien conduce y crea las realidades, ahora sería verdad. En la lucha por este Movimiento, el pueblo alemán resucitó por su carácter. En esos años difíciles de su lucha, el movimiento nacionalsocialista ha provocado la más esplendorosa solidaridad de la nación. El idealismo de su voluntad de ser y el latir unísono de sus corazones le soldaron íntimamente en una única gran familia, en una comunidad de destino en la necesidad y en la muerte.

Uno para todos, todos para uno. Ciertamente que no faltaron los traidores en esa lucha heroica; pero no consiguieron conmover lo más mínimo la unidad del Partido. El cantar de los cantares de la fidelidad y del espíritu de sacrificio producían entre el pueblo su propio resurgimiento.

En los infiernos de esos años de luchas el partido alemán nacionalsocialista de obreros (N.S.D.A.P.) se fortaleció para la lucha final y se endureció con el temple de acero. El Führer había conducido al Movimiento, contra infinidad de enemigos, a la situación en que se hallaba a fines de 1931.

HACIA EL MOMENTO DECISIVO

¡14 de Septiembre de 1930! fecha gloriosa en la que el destino otorgó por vez primera al partido alemán nacionalsocialista de obreros (N.S.D.A.P.), como premio y estímulo, un

gran éxito en sus luchas duras e interminables. ¿Fue fatalidad o providencia que ese enorme triunfo electoral, que llamó la atención de todo el mundo, acabiese en un periodo político, de la fisonomía de la "era Brüning"? Si hoy en día contestamos con mirada retrospectiva al problema de la participación gubernamental del N.S.D.A.P, tal como en aquel entonces se enjuiciaba, podemos afirmar que incluso Brüning, el presidente del Consejo, tuvo asignado un papel a desempeñar en ese juego de fuerzas para el porvenir del pueblo alemán. Y esto, aunque sus razones fueran otras: Brüning constituyó la galga, el freno, que desde un principio hizo imposible toda posibilidad de colaboración del Partido, por lo demás rehusado siempre por temperamento, por Adolfo Hitler.

Brüning ofuscado por la idea de su misión política, no se dirigió ni una sola vez al Partido Nacionalsocialista de obreros para conocer si apetecía en silencio la correspondiente participación en el poder para la formación del gobierno. El pueblo alemán tenía que pagar caro, ciertamente, ese experimento político que menospreciaba la voluntad popular tan claramente manifestada. Pero la burguesía, falta de sentido, que seguía inconsciente a Brüning, no deseaba cosa mejor. «Dios ciega a los que quiere perder». Y, a pesar de las hecatombes y sacrificios que fueron necesarios para apartar del estrecho panorama de la política menuda a los funestos espejismos de aparente brillantez de Stresemann, los burgueses bien pronto cayeron de nuevo en las alucinaciones de la "Leyenda de Brüning".

Ellos, precisamente, a quienes molestaba y les era odioso todo pensamiento noble y heroico; ellos, los que sistemáticamente no querían juzgar a los nuevos estadistas alemanes por su capacidad de rendimiento, de eficiencia, sino sólo y exclusivamente por el rasero de sus patrioterías, de sus frases vulgares y gastadas de resurgimiento, para quienes todo su patriotismo se medía por sus intereses particulares, vieron en el antiguo secretario de los sindicatos cristianos, por lo demás irreprochable oficial del frente, al hombre más propicio para su nacionalismo burgués, al dictador burgués que debía resolverles con el artículo 48, la quiebra amenazante de sus propios bolsillos, porque les había prometido una reforma radical, de pies a cabeza, de la insostenible situación de Alemania. Prometido sí; aunque no cumplido.

Aunque hacía ya tiempo que era un axioma la imposibilidad de otra solución del futuro alemán, sin el contenido del movimiento nacionalsocialista, los seguidores del sistema de Brüning se mantuvieron siempre ante la opinión pública con una obsesión de propia suficiencia, manteniendo la falsa opinión de que el enorme movimiento nacionalsocialista sólo podía considerarse como un periodo álgido de la curva de la fiebre en que se encontraba Alemania. Pero en realidad lo que existían eran pequeñeces de espíritu de partido, nacidas del temor al nacionalsocialismo de parte especialmente de Brüning, el Canciller del Centro alemán durante los dos años que ocupó el sillón gubernamental. Mientras tanto, desengañados de esas falsas posturas, despojados de la vanidad de sus torreones burgueses, hasta nueve millones de hombres alemanes fueron los que se pasaron al frente de Adolfo Hitler. Y esto, mientras maduraba en el Estado la mies del Tercer Reich.

Entre tanto el Führer seguía imperturbable su camino. El punto de vista nacionalsocialista permanecía inmutable: En tanto en cuanto no tuviera en el Parlamento una mayoría que le diera el poder y la oportunidad de romper radicalmente los entonces actuales métodos de la política nacional de sometimiento y de esclavitud, la única política práctica conducente al éxito fue trabajar para la renovación del pueblo, para arrancarle de su ruina y para conducirlo de una vez a una íntima compenetración en la idea única de los sentimientos

puramente alemanes. El primer fin práctico del nacionalsocialismo, el requisito primordial para todos los demás, lo constituía y sigue siendo la victoria sobre el espíritu alemán, sobre la ponzoña roedora del pueblo y sus incautos provocadores, los pasteleros de los intereses liberal-burgueses.

Con ello queda patente y puesto de manifiesto de manera absoluta lo infundado y erróneo de la acusación al Partido (N.S.D.A.P.), de que no quería realizar una labor positiva y responsable. Que en todo tiempo estuvo dispuesto a esa labor lo demostró desde el momento en que se dieron los requisitos necesarios que precisaba. En Coburgo regía, una vez conseguida la mayoría absoluta nuestro alcalde Schwede. Con la conquista de Coburgo a fines de 1929, el Führer pudo presentar un modelo de nuestra táctica de cerco político, lo cual permitió ganar terreno en los círculos municipales y provinciales y así ir alcanzando posiciones de predominio, mientras el propio Reich no estuviera aun maduro para el asalto del Partido. En 1930 Turingia y Braunschweig siguieron a Coburgo, con sus alcaldes Frick y Frantzen que fueron sustituidos más tarde, a consecuencia de los correspondientes procesos. Prusia fue el subsiguiente gran objetivo que sin embargo, había de ser al poco tiempo sólo un pálido reflejo de toda la labor desarrollada en el Reich.

A fines de 1931 el Partido (N.S.D.A.P.) lo constituían 800.000 miembros inscriptos y más de 10.000 Comités locales, reciamente compenetrados en dirección y disciplina, en lucha y sacrificio y en este estado de su crecimiento constituía ya la mejor organización política del mundo.

Con ello el Führer, a pesar del despecho de sus adversarios, había conseguido ya dar a su partido, al Movimiento, un sentido de plenitud. Estaba ya pertrechado cuando a principios de 1932 al vencer el periodo legal, el Presidente del Reich le ofrecía la primera gran oportunidad de proceder al asalto directo, después de la honrosísima guerra de los últimos años, en contra del sistema existente. A los doce años de inmensa y penosa labor, el Partido se encontraba ya lo suficientemente fuerte para llamar a las puertas del Poder del Reich y entonces fue cuando Adolfo Hitler vio llegado el momento de someter a los contrarios a la nueva ley.

A través de la dureza de la lucha, no hubo en el Movimiento ni un solo momento de vacilación. La oposición supo siempre nuestros objetivos. Claro está que para la última y desesperada resistencia antes de ser definitivamente abatidos concentraron sobre nosotros, contra el odiado Movimiento, todas las fuerzas y todos los poderes de que dispusieron.

Adolfo Hitler, entró pues, en el 1932 con plena conciencia de la importancia decisiva del período de lucha que así se le presentaba. «El destino de Alemania está en ser rápidamente nacionalsocialista. El mundo marcha hacia un nuevo destino que sólo se da de siglos en siglos»; esto era lo que escribía, con instinto profético, en su mensaje de Año Nuevo.

MAESTRO EN EL CAMPO DE LA DIPLOMACIA

El año 1932, decisivo para el nacionalsocialismo, empezó bajo un excelente auspicio. Desde los primeros días, apenas terminada la tranquilidad política de principios de año, a 5 de Enero, el Führer fue llamado urgentemente por el Gobierno del Reich. Un telegrama de Groener, Ministro de la gobernación, en representación de Brüning, ofreció la ocasión de que Adolfo Hitler marchará el 6 de Enero de Munich a la capital del Imperio para celebrar una conferencia política. ¡Se llamaba al hombre, aquel que hasta entonces era considerado como el más acérrimo enemigo del Estado, al que se había perseguido y aniquilado! Bienvenido sea ese proceso algo extraordinario y ese cambio de opinión rápido y magnánimo, que demostraba inteligente advertimiento.

La causa no era difícil de adivinar. La dictadura de emergencia, odiada por el pueblo, que hasta entonces no había tenido otro sostén que el reflejo de la autoridad del Presidente del Reich, no tenía otra posibilidad para mantenerse que contar con que la decisión popular se pronunciase favorablemente por la reelección de Hindenburg, cuando el sistema de Brüning hubiese llegado a su fin. Esta era también la única salida para los partidos nacionales. Brüning se espantó ante la perspectiva de tener que ofrecer al Presidente del Reich la ayuda de las tropas marxistas. Se encontró pues forzado ante la solución.

Cuanto más le acuciaba el peligro tanto más se rendía a la evidencia de que sin la carta del Partido (N.S.D.A.P) tarde o temprano estaría perdido.

En esta situación angustiada, no vio más que dos probabilidades: eliminar al "frente pardo", sin serlo él a su vez; intentando envolver a Adolfo Hitler por medios diplomático-parlamentarios, mediante concesiones sin trascendencia, o bien –si se daba cuenta del juego– ponerle en evidencia ante los ojos de la opinión pública con malas artes, sin miramiento alguno, ayudado de todo el aparato de propaganda del Gobierno. Poseyendo la prensa y la radio, se sentía con fuerza suficiente para poder conseguir un triunfo electoral sobre el Partido (N.S.D.A.P.) He aquí el plan de la campaña de Brüning, mediante la cual esperaba poderse desembarazar de Hitler. Este plan desempeñó de nuevo un papel decisivo, en las subsiguientes fases de la lucha contra el Partido.

Hitler se dio cuenta inmediata de lo que se tramaba. Sin titubear marchó a Berlín, pero no para caer en las redes de Brüning, sino para defenderse, mediante una reacción táctica, del peligro que amenazaba, no sólo al Movimiento sino, en fin de cuentas, también, en interés del Mariscal General von Hindenburg. Rehusar, prescindiendo de su efecto sobre la opinión pública, hubiera equivalido a una derrota.

Por vez primera pisaba Adolfo Hitler el campo de lucha de la diplomacia y por primera vez el Führer, el conductor y luchador en miles de batallas, encontró ocasión de contrastar sus dotes y talentos de estadista.

A las proposiciones de Groener y de Brüning –ampliación del periodo de la función presidencial del Presidente del Reich mediante un acuerdo del Parlamento con mayorías de dos tercios, para lo cual se le pidió la aprobación del Partido (N.S.D.A.P.)– se opuso Hitler inmediatamente aduciendo, con el agravante de existir el apoyo del General Mariscal sobre la acción prevista, que era anticonstitucional y que no podía exigirse tamaño sacrificio al Presidente del Reich. A todos los intentos de persuasión y risibles concesiones, oponía la dignidad del Presidente del Reich, la cual exigía imperiosamente que fuera el Pueblo quien decidiera.

Ya, mientras se iniciaban las negociaciones, la prensa enemiga, seguramente por indicaciones superiores, había lanzado insidias, mientras que la prensa nacionalsocialista por expresa orden del Führer se mantuvo en una disciplina ejemplar y también y al propio tiempo, para no despertar la más leve sospecha de deslealtad a los ojos del Presidente del Reich, el cual, bien a pesar suyo, se hallaba colocado en el punto central de esa acción desesperada de intento de salvamento del propio Brüning.

El Führer pasó pues al ataque abierto sobre Brüning. Su Informe al Presidente del Reich, que desarrollaba claramente y ponía de manifiesto los fallos constitucionales de la acción de Brüning, fue una obra maestra política. Con ello, dio inmediatamente al Presidente del Reich ocasión propicia de contrastarle con Brüning y de suspender al mismo tiempo, la tortuosa labor, a la vez fracasada y criminal. Ese ademán del Presidente fue sintomático y suficientemente claro. Hitler se había apoderado ya del campo de lucha donde se ventilaba, por medio de habilidades, la suerte del Movimiento nacionalsocialista, y les había obligado a la retirada. Por medio de dos cartas abiertas a Brüning, Adolfo Hitler exponía la situación, tanto a él como también a la opinión pública alemana, en sus términos precisos. Fuertemente batido, Brüning perdió esta vez la lucha en el campo de la política. Hitler le había asestado un golpe tal en ese terreno, del que, como más tarde se demostró con su nada honrosa salida, ya no había de reponerse jamás. «La sombra de Hitler persigue a Brüning», escribía la prensa. En ese ciclo de siete días de actividad política, el fusilero de la guerra mundial, había mostrado que también sabía manejarse con las más finas armas de la diplomacia.

Todos los que se preciaban de conocer fundamentalmente la situación convenían en que uno de los grandes acontecimientos de la política de ese invierno sería la aproximación Hitler-Brüning. Adolfo Hitler, sin embargo, no dudó un solo momento de que el abandono de aquel sistema del que Brüning era su exponente, constituía el requisito vital de la nación alemana. Sólo luchando y no con acuerdos, podía obrar; sobre todo y precisamente en esos días en los que mientras Brüning "negociaba" con Hitler, el periódico "Angriff" era prohibido por décima vez desde su fundación por el gobierno prusiano y en los que nuestra manifestación del Palacio de Deportes era disuelta por Grzesinski.

LOS CAPITANES DE INDUSTRIA ANTE EL DILEMA

¡Política es destino! La ideología combativa del Partido alemán nacionalsocialista de obreros (N.S.D.A.P.) está quizás encerrada de la manera más concisa en estas palabras y el propio Adolfo Hitler, en sus discursos, ha sido quien quizás con el mayor apasionamiento ha propugnado el alcance de esta verdad. Con ello ha conseguido desterrar, deshacer, al ídolo de la democracia novembrina de la "Primacía de lo Económico". ¡Política es destino! Pero, la economía es el nervio vital de la nación. Adolfo Hitler no desconoció lo más mínimo la importancia y trascendencia de esta realidad. Actuó en una época, en la cual el pueblo alemán peligraba de perder por completo los más fundamentales requisitos de vida política de la nación –sin la cual no puede existir prosperidad económica–, así es que no es

de extrañar que en un principio dedicase poca atención a los problemas económicos corrientes, sino más bien y principalmente a la reconquista de la voluntad política de la nación, anhelo y labor, que era axioma y fundamento de los objetivos de su lucha. Desgraciadamente, lo económico del país, y en contra de sus propios intereses no le comprendió.

Para poner de manifiesto la profunda falsedad e injusticia del reproche de presentar la posición del Führer y de su Movimiento, como antieconómico, y esto durante varios años de verdadera miopía. Basta observar en la actualidad, que ha llegado la hora de Adolfo Hitler para poder tratar de raíz todos los males económicos de manera tan enérgica y con éxito sin par en todos los terrenos, cómo, por todas partes, la gente se da cuenta y se arrepiente de sus primitivos errores de visión. Pero entonces, en la época de nuestras más duras luchas, los hombres de la economía, rehusaban –salvo laudables excepciones– creer en Hitler.

Desde la alta atalaya de su "Política realista" los capitanes de industria tenían para él, el desprecio compasivo hacia un idealista y fantaseador ausente de toda realidad. Ellos, precisamente, los que bajó la protección y el amparo de la economía, habían crecido, los que carecían de toda idea de responsabilidad política, se habían olvidado que no fue la economía alemana la que había conquistado al mundo, sino que fue la potencia del Estado la que había creado en primer lugar; los requisitos necesarios para el esplendor económico. La Alemania novembrina había caído hasta el absurdo de «construir económicamente la vida sobre los pensamientos del rendimiento, del valor de la personalidad y con ello prácticamente sobre la autoridad de la personalidad, pero negando políticamente esa autoridad de la personalidad introduciendo en su lugar la democracia, la ley del mayor número».

Pensaban en cifras, mientras que la nación luchaba por un destino político, con sangre y vida. Adolfo Hitler, quien sin par había colocado desde un principio el valor de la personalidad en el centro de sus pensamientos y de su obrar, se dio cuenta inmediata de que, al lado de las luchas por las grandes masas, también debía dedicar al campo de las personalidades de la economía la más aguda atención por constituir su palanca el más firme sostén del sistema. Ya, en el transcurso de los últimos años se había hecho bastante labor aislada. En el verano de 1931 el Führer en Munich tomó rápida resolución de atraerse sistemáticamente a muy relevantes personalidades de la economía que se hallaban en el centro de la resistencia, así como a los partidos medio burgueses dirigidos por ellos, con el fin de separarlos, piedra tras piedra, del edificio gubernamental. Quien, como el autor ha vivido la potente acción admirable que Adolfo Hitler, en acción personalísima ejerció sobre los contrarios de fuerza más decisiva, puede saber que ese plan de socavamiento del sistema debía de hacer madurar valiosísimos éxitos. A las rápidas resoluciones, les siguió la labor de zapa.

Durante los meses siguientes, el Führer cruzó con su Mercedes toda Alemania. Por todas partes surgían conversaciones confidenciales con relevantes personalidades. Tenían lugar bajo los más diversos escenarios, sea en la capital del Reich, o en provincias, sea en el Hotel Kaiserhof, como en plena naturaleza y aislamiento, en los claros de los bosques.

Se pedía seriamente la más absoluta reserva y confianza, con el fin de no dar a la prensa materia alguna de insidia o violencia. El armazón del gobierno empezaba a tambalearse. Su suerte ya no era tranquila; se laboraba imperceptiblemente, insensiblemente. El Partido

Popular alemán, se distanciaba, el Partido económico sólo se sostenía gracias a enormes dispendios. Adolfo Hitler se mostraba satisfecho. Pero aun permanecían fuertes focos de resistencia económica. Sobre ellos se dirigió el ataque desde principios de 1932.

El día 27 de Enero de 1932 constituirá para siempre más, fecha inolvidable para la historia del Partido (N.S.D.A.P.) En ese día el Führer obtuvo la plena adhesión de los capitanes de industria para el frente alemán. En aquella noche del Club Industrial de Dusseldorf, Adolfo Hitler logró un éxito decisivo de proselitismo.

Aun hoy conservo la visión exacta de esa Asamblea de selectos. Procedíamos de Godesberg y entrábamos en el hall del Parkhotel en medio de los aullidos de los marxistas. La sala estaba repleta. Todas las sillas y sillones estaban ocupados por lo más selecto de la economía del oeste alemán. Caras conocidas y desconocidas. Los que operaban de manera ostensible a la luz pública, como aquellos, callados, pero con no menor potencia e influencia, que regían la suerte de la economía, invisiblemente, y sólo a través de la sordina silenciosa de sus despachos privados, de aquellos, de los que se ha dicho que, en lugar de corazón, encierran en sus pechos un Libro Mayor.

Expectación amistosa por los ya conquistados. Fría reserva en los aires reflexivos de una gran mayoría, la cual –lisonjeada quizás de que Hitler hubiese encontrado el camino de acercarse a ellos– no traían consigo más que curiosidad e interés. Porque querían oír a Hitler, se encontraban allí. En su pensamiento no había ni el más pequeño asomo de transacción, sino que lo mantenían en un estado de crítica, para confirmarse en la justeza de sus infalibles posiciones.

El Führer, saludado con una grande, fría y cortés reserva, habló desde una balaustrada poco elevada, las manos ligeramente apoyadas sobre la barandilla de hierro. Yo me hallaba sentado detrás suyo, mezclado con los oyentes, tomando notas y observando el efecto de su discurso de más de dos horas. El Führer, desarrolló ante el auditorio con lógica penetrante y situado ante una perspectiva de política mundial, las relaciones de la política con la economía, sus acciones recíprocas y sus efectos sobre Alemania. Qué es lo que nos sucedería y qué es lo que nos podía acaecer. El efecto sobre este círculo de uno de los auditorios más fríos, egoístas e impasibles, es sorprendente. Luego de una hora, se debilitaba la fría reserva y se aviva un interés apasionado. El Führer habla de la extraordinaria lucha heroica de sus soldados políticos perseguidos por la miseria y por el odio, pero todos, sin embargo, ofreciendo hasta la vida por su país. Pone de manifiesto y contrapone el generoso idealismo de la juventud alemana tal como está incorporada en el nacionalsocialismo y en la nueva nobleza de acción, de sus trabajadores, a la falta de comprensión, al materialismo y a la gran responsabilidad y culpa de la burguesía exclusivamente orientada en la economía. En una sola palabra, su propia conciencia social, sin herirles lo más mínimo.

Las cabezas empezaron a moverse y a calentarse, los ojos pendían todos de los labios del Führer y se sentía bullir los corazones. Le seguían y le aprobaban interiormente y estaban ya prendidos en lo más íntimo. Primero se movieron tímidamente las manos, luego explotaron en una salva de aplausos. Cuando Adolfo Hitler terminaba, había ya ganado una batalla...

Federico Thyssen, que desde hacia tiempo era ya nacionalsocialista de corazón, fue quien dio la nota más expansiva y pública ante este gremio, y la confesión del anonadamiento de

Brünning, al exponer que sólo el Movimiento nacionalsocialista y el espíritu de su Führer podía cambiar el destino de Alemania. Los periódicos judíos y marxistas, al día siguiente, lanzaban la insidia calumniosa de que Hitler se había disipado con champán y langosta con los industriales. En verdad, a los pocos minutos nos hallábamos de nuevo sobre la carretera, en viaje nocturno, prosiguiendo nuestra labor.

El efecto sobre los economistas, tal como a sí mismos se llaman, fue realmente profundo y ello se vio claro durante los siguientes meses de aun dura lucha.

Al día siguiente, Hitler habló con el mismo éxito ante los industriales sederos de Godesburgo; más tarde, ante el Club Nacional de Hamburgo. Por todas partes igual cuadro. Al influjo personal del Führer y a su minuciosa e infatigable labor se debió indudablemente el fructuoso contacto y plena adhesión de los elementos económicos. El plan había llegado a feliz término. Incluso los que permanecieron vacilantes, se desengañaron con motivo del siguiente discurso radiado de Brünning y se rindieron a la evidencia: el hielo estaba roto, la Idea nacionalsocialista había ya encontrado un campo abonado en muy importantes e influyentes círculos del sistema. Sobre Brünning se acumulaban nubes de tormenta.

ENTRE MUNICH Y BERLÍN

No hubo señor feudal alguno que recorriese tan a menudo todos los rincones del país por él conquistado, como Adolfo Hitler Alemania. Todas las carreteras le son familiares. Todas ellas, puede decirse, son arterias de su camino hacia el corazón del pueblo.

Cuántas horas amargas, cuántas noches en claro pasó Hitler caminando año tras año y de acá a acullá por Alemania. En medio de un trabajo agotador, sin preocuparse de sí mismo, hiciese calor sofocante o frío intenso, por polvaredas o gruesa nieve, sobre sendas buenas o malas.

¡Cuán incontables veces tuvo que emprender el Führer el viaje de Munich a Berlín y de Berlín a Munich! ¿Puede a nadie extrañar que esa vía, precisamente, le llegase a ser tan querida?

Quizás pueda hablarse, en esta era del motor, del fin de las "románticas carreteras" y compararlas con aquel tiempo, citando aún los postillones tocaban el cuerno a su pintoresca partida. Pero bajo el signo del nacionalsocialismo esa carretera alemana ha vuelto a conocer, una nueva forma de romanticismo aventurero...

La emoción nos embarga siempre cuando el Führer se pone a contar sus viajes de 1923. A toda costa, Adolfo Hitler debía ir de Munich a Berlín. Sin embargo, en medio del camino se hallaba la roja Sajonia en plena convulsión.

Se trataba de viajes audaces, arriesgados, en medio del territorio de los déspotas marxistas, que estaban al acecho de su odiado enemigo a muerte.

Pero, no obstante, Adolfo Hitler se infiltraba y los burlaba. La placa del número del coche, se hacía irreconocible untada de aceite y cubierta de polvo. Armados de pistolas y dispuestos a manejarlas en todo momento y con gran decisión, el Führer iba tranquilo, con sus acompañantes Graf y Weber, sobre las carreteras de la filial de los soviets.

Patrullas rojas en todos los cruces. A veces el coche era detenido. Descubrirnos significaba el fin. Pero no se reconocía a Hitler. Ahora en el momento de su mayor peligro, ponía especialmente de manifiesto su principio de impedir toda fotografía de su persona.

El caso pasó en Leipzig. En medio de la carretera, un grupo con fusiles preparados; intimidación a parar. ¿Qué hacer? Imposible darse presos. El conductor se metió por una callejuela. Luego, sonaron inmediatamente unos tiros. Despistando nos dirigimos hacia la ciudad vieja. Pronto nos salvamos. Pero sólo cuando se hallan fuera del límite de Sajonia, los pasajeros respiran tranquilos.

Poco a poco, al correr de los años, este viaje llegó a dividirse tradicionalmente. Hubo determinados lugares preferidos, paradas acostumbradas, incluso paradas de refrigerio en el monte donde el Führer repetía sus altos y solía descansar. Unas veces en el Jura franco o en los montes de Fichtel, otras en un bosque de pinos detrás de Plauen o en una tranquila hospedería lugareña ante Wittenberg.

La carretera entre Munich y Berlín, la conoce el Führer palmo a palmo; todas sus curvas y cualquiera de los árboles y casas del camino le son familiares.

Miles son los recuerdos que le despierta la vía. Pasando por Ingolstadt aparece pronto Nuremberg, donde le gustaba tanto quedarte. Luego sigue a través de la hermosísima Franconia. Cual pasajes de música exquisita, Adolfo Hitler se extasiaba ante los cambios, las modulaciones eternamente distintas de las suaves colinas y valles, con sus praderas y huertos, de la armonía entre el monte y los cultivos.

El País Franco cada vez le parecía nuevo al Führer, y sus paisajes, como los más germanos. No en vano escogió a Nuremberg, la antigua ciudad libre del Imperio, la de los Maestros Cantores y por largo tiempo el centro espiritual del primer Reich, cuya joya imperial guarda aún, para que fuera para siempre más la ciudad de nuestros Congresos y la de las grandes asambleas nacionales del Partido.

En Hillpoltstein, entre Nuremberg y Bayreuth, Adolfo Hitler solía detenerse casi siempre. A la izquierda del camino se halla una colina solitaria cubierta por completo de bloques rocosos gastados por la erosión, milenarios bloques erráticos, famoso Thingstätte o lugar de asambleas de la vieja época germánica. ¡Cuán a menudo el Führer, ligero, escalaba la colina! Desde su cumbre podía así gozar de una amplia vista sobre el viejo castillo y sobre todo el país franco.

Cuando el tiempo lo permitía, pasábamos la noche en un valle encantador, tapizado de praderas, por el que cruza rápido un riachuelo. La preciosa tranquilidad de ese bosque idílico, en el límite de los montes de abetos y la brisa suave de ese valle tranquilo, le permitían al Führer dormir tan bien y descansadamente como en parte alguna podía hacerlo.

Y el viaje seguía atravesando Hof y luego Plauen, la vieja fortaleza de Sajonia del N.S.D.A.P. Había allí cerca del camino un lugar apropiado para el picnic, que, como todas nuestras paradas manteníamos secreto a los curiosos y rara vez pasábamos por alto. Una vereda solitaria del bosque nos conducía a él, desde la carretera. Nadie podía ver el sitio por más cerca que estuviere de su camino.

Extendíamos un mantel sobre el césped. Nos sentábamos a la buena de Dios, bajo los árboles y sobre la hierba, para tomarnos el frugal almuerzo.

Una rebanadita de pan, un huevo y algo de fruta, era todo lo que tomaba el Führer. En tiempo lluvioso tomábamos ese tentempié dentro del mismo coche y al instante regresábamos hacia la carretera.

Atravesábamos Zwickau, ciudad de justo recuerdo para el nacionalsocialismo; en ella fue consagrada la primera bandera de la cruz gamada. Bien pronto llegábamos a Gössnitz, Altenburgo y finalmente a Leipzig.

En una de sus calles existe una sencilla casa del "Luisenbund", que pronto se señaló por su fidelidad al nacionalsocialismo. Varias veces, cuando no andábamos cortos de tiempo, hacíamos allí tina corta parada para tomar café.

Por las buenas carreteras de Sajonia y del Brademburgo cruzábamos siempre a gran velocidad. Llegábamos, casi sin darnos cuenta, a Postdam y poco después al fin de nuestro viaje, Berlín.

Los innumerables viajes entre esas dos ciudades, con las cuales está tan íntimamente unida la labor de Hitler, constituyen un símbolo feliz de superación de la principal arteria de siniestros recuerdos.

Si antes ya se decía que Berlín es la cabeza y Munich el corazón de Alemania, Hitler se ha ocupado en demostrar que la nueva Alemania tiene bien colocados la cabeza y el corazón.

LA HORA SOLEMNE DE ADOLFO HITLER

Se ha designado al Movimiento nacionalsocialista como la voluntad organizada de la nación y en fin de cuentas, como la propia encarnación de la voluntad. Nada más exacto. No hay duda que la Voluntad fue la ley, la norma, con la que apareció y con la cual y por medio de la cual, creció.

Nosotros, los nacionalsocialistas; sabemos con certeza que sin labor y perseverancia no puede lograrse éxito alguno real y efectivo en la vida. La voluntad, sin embargo, es el elemento primario, imprescindible, que promueve la lucha para la consecución de nuevas formas de vida, es el lucero ardiente que atrae primero y conduce luego todas las energías vitales.

La voluntad que, cual torrente de luz alumbra al movimiento nacionalsocialista, brota y tiene su raíz en la Personalidad. Del querer de uno solo, que dio contenido y expresión a los sentimientos y querer indefinidos de los muchachos que del frente regresaban a sus hogares, nació el Movimiento. Una voluntad, lo creó de la nada. La fuerza volutiva de uno solo consiguió despertar la misma potencia del querer en millones de corazones.

Lo que hizo Führer a nuestro Führer es su fuerza de voluntad. Una voluntad de hierro le dio la fuerza de perseverar y no desmayar en lugares y momentos perdidos. Esta voluntad indoblegable constituye la fuente inagotable de energía con la que el Movimiento, el Tercer Reich, luchó y fijó su destino. La fuerza, la potencia de la voluntad que, por decirlo así, se halla incorporada en Adolfo Hitler, formando como la fuerza centrífuga del Movimiento, es en resumidas cuentas el secreto del éxito del Partido (N.S.D.A.P.)

De todo lo que es capaz esa voluntad, que es la fuerza que todo lo mueve y alcanza, esto lo viví yo mismo, de manera sin igual, durante las doce luchas electorales de 1932, en las que, sin dejarle un solo día, estuve acompañando al Führer. Durante esas doce elecciones el Führer consiguió derrotar al sistema hasta en el más recóndito lugar, obteniendo cada vez más adhesiones y en las cuales puso al Movimiento frente a los contrarios sin dejarles alternativa y así, por medio de su voluntad dura como el acero, fue golpeándoles hasta tenerles maduros a la capitulación.

No fue ambición personal el móvil de la decisión de Adolfo Hitler de presentarse en ese estadio de la lucha, precisamente, como candidato a las elecciones Presidenciales. Sólo y exclusivamente contaron para él las consideraciones de oportunidad y conveniencia en atención a la situación estratégica y psicológica de conjunto, y a las necesidades objetivas, técnicas indispensables que frente al juego de Brüning, requerían imperiosamente como candidato frente al Mariscal General, la inserción del mejor hombre, del Jefe indiscutible del N.S.D.A.P. Adolfo Hitler lo hubiera evitado, declinando la lucha frente al Mariscal General. Hasta el último minuto rehusaba presentar su candidatura. Pero el movimiento de Brüning hacia el flanco izquierdo, no dejó posible ninguna otra solución.

El criterio de que Adolfo Hitler, al presentarse candidato a la primera elección Presidencial, se lo había jugado todo a una carta es injusto y proviene del desconocimiento de sus amplios planes. Ciertamente que el Führer, una vez en la arena frente a Hindenburg, quería el triunfo, pero, personalmente, no contaba con él. «¡Derrotad a Hitler!» era el grito de lucha, en la propaganda del partido socialdemócrata, para Hindenburg. Y el Führer, reconocía orgullosamente: «¡No deseo más que ser vencido con vosotros! Vosotros decid: ¡nos mantendremos a toda costa! Yo os digo: Os venceremos en cualquier posición». Estas eran sus palabras, cuando el 28 de Febrero, pronunciaba su señal de ataque en el Palacio de Deportes.

«Quien lucha valeroso y entero, quien está resuelto a lo máximo, éste no puede ser nunca batido. Así, pues, lo que para otros es derrota, en realidad es mil veces mejor que la exaltación sin lucha, por el destino». Con ello ponía de manifiesto Adolfo Hitler, aún antes de las elecciones, su propia posición que se mostraba en la confianza sin límites en su manera de pensar; y en la fuerza de su Movimiento, sin que esperara su triunfo a en la primera embestida. En esos momentos fue cuando en realidad ofrendó su persona a la obra.

Se había calificado a la primera elección presidencial, cual «derrota de Kunnersdorf del Movimiento nacionalsocialista» y esto, podemos añadir, con tanta más justificación cuanto

al igual que Federico el Grande, sólo y exclusivamente la posición personal del Führer, luego de esa batalla, que la masa tuvo por una derrota, fue elemento decisivo para la solución y futuro desarrollo del combate y con ello, para la victoria final del Movimiento. Nunca en la vida, Adolfo Hitler fue para mí más extraordinario que en aquella medianoche del 13 de Marzo en su gabinete de trabajo de la casa parda de Munich, cuando él mismo, ante la derrota y el abatimiento de muchos, se puso a dictar inmediatamente y con la mayor habilidad, severo y firme, la orden de lucha para la nueva acometida.

En cuanto aparecieron los primeros resultados electorales con los que se pudo presumir el desenlace, se apoderó una gran precipitación de desespero para aquellos que la habían llegado a desear con un convencimiento sugestionado en el fragor de la lucha, y con un fin excesivamente orientado en sus propios deseos. Pronto se dejaron sentir voces que calificaban de estéril la lucha por la elección presidencial del Imperio y susurraban que en lugar de "desangrarse" en una segunda lucha electoral, había que ahorrarse todas las fuerzas y concentrarlas para las próximas elecciones prusianas. El Führer, que no había perdido la serenidad ni un solo momento, se dio cuenta inmediata de la situación y con espíritu a la vez tranquilo y optimista comprobaba satisfecho el gran éxito que representaba el increíble crecimiento del número de votos favorables para el N.S.D.A.P. luchando solo contra los once partidos coaligados del frente contrario, pero al ponerlo de manifiesto, presentía también con su agudeza, el peligro que la simple observación de un triunfo definitivo no logrado, podía ocasionar en el estado de ánimo de sus propias filas, y hasta el peligro de que esa simplista reacción se agrandase y tomase caracteres de catástrofe si llegaba a influenciar las venideras luchas.

En esos momentos en los cuales el espíritu de adhesión, bajo la carga enorme de la lucha, amenazaba en debilitarse, en Adolfo Hitler se mostró el verdadero y supremo Führer y surgió patente su naturaleza de gran conductor, de Führer, con grandiosidad gigantesca. No se veía a sí mismo; su propia debilidad personal en esa lucha desigual; sólo veía el Movimiento y el porvenir de la nación y despreciando los propios movimientos interiores que le pudieran dominar, obró con energía, con rapidez y sin otra preocupación, como Führer.

No podía perderse un segundo. Era media noche. Al mismo tiempo que los resultados engañosos simplemente numéricos de la elección, la opinión pública, el Movimiento, debía conocer, debía saber que Adolfo Hitler no era vencido, sino que por el contrario seguía batiéndose en nuevas batallas, con redoblada, con férrea voluntad, contra sus enemigos.

El Führer, dictó con visión certera y rápida lo siguiente: «El ataque debe reemprenderse en la forma más aguda posible. El nacionalsocialista, que ha visto cuales eran sus enemigos, no desmaya lo más mínimo en su ataque, hasta lograr la completa victoria con su destrucción. ¡Os emplazo, en este mismo instante, a declarar la lucha abierta de lluevo para la segunda vuelta! Bien sé, que vosotros, camaradas del alma, habéis trabajado durante las últimas semanas como titanes. Pero nadie debe ya pensar en ello. La necesidad de la lucha, viene fortalecida precisamente por los sacrificios aportados.

El trabajo puede y debe intensificarse. Las organizaciones recibirán esta noche mismo, las disposiciones precisas para la prosecución y el fortalecimiento de la lucha. La primera elección ha terminado, pero la segunda empieza con el nuevo día. ¡Os conduciré yo mismo, personalmente!».

Quien convivió esa hora de media noche a su alrededor, bajo el signo de una voluntad imperiosa y volcánica y en medio de su acción e influjos arrolladores, se hace cargo inmediatamente que la causa y el efecto que los determinaba, residían exclusivamente en la potencia de la personalidad que imponía inexorablemente la ley de su querer al Movimiento, y esto, tan importante para el futuro desarrollo, era lo que garantizaba el éxito para la segunda elección presidencial.

Durante esa noche decisiva del 13 de Marzo, el Führer se superó a sí mismo. Al viviría, pude conocer y apreciar al mayor y más solemne momento de Adolfo Hitler.

CRUZANDO ALEMANIA EN AVIÓN

Nunca y en parte alguna del mundo ha existido, hasta el presente, un hombre como Adolfo Hitler, que haya estado en contacto personal y haya sido tan amado por un número tan incontable de paisanos. Ni uno solo de los hombres de la historia alemana puede vanagloriarse, ni tan solo aproximadamente, de haber estado en tan íntimo contacto, como él, con un número incontable de alemanes. En el siglo de los records mundiales, puede reclamar para sí ese mérito gigantesco y el ser consignado en el libro de la historia.

Millones y millones, durante los últimos años, conocieron al Führer con sus propios ojos y oyeron con sus mismos oídos la voz del Führer. Lo que ese hecho extraordinario significó para el triunfo del Movimiento sólo lo puede medir quizás, de una manera comprensiva, quien pudo reconocerlo de manera inmediata y explicárselo por el valor inconmensurable del influjo personal del Führer en sus efectos prácticos.

He presenciado a cientos de esos contactos de las masas con el Führer durante los últimos años y siempre me ha parecido novedad lo que he visto y sentido, lo grandioso y hondo del efecto de sus discursos maestros, cómo herían y atraían hasta a los corazones de los oyentes más empedernidos, como se les caían las vendas de los ojos y al fin, cómo aquellos corazones encontraban su sosiego y su camino.

Quien haya estado tan solo una vez en contacto con Hitler, como luchador, se ha transformado a su vez en otro luchador. Las luminosas ideas de la propaganda del N.S.D.A.P. se han orientado en gran parte teniendo por base esta sencilla verdad. Fue su norma no escrita; la que mediante el más posible contacto y multiplicación del Führer con las masas, aseguraba el éxito de la propaganda y de las elecciones.

Además, es evidente que colaboraba en ello la utilización de los más modernos medios de transporte y las últimas conquistas de la técnica, por el más excelso arte de la propaganda, conducido por el Dr. Goebbels.

Los nuevos métodos de propaganda que utilizó el Partido luego del 13 de Marzo, eran completamente desconocidos, hasta entonces, en la vida política. Adolfo Hitler estaba como siempre a la cabeza y tomó sobre sí el peso mayor de la lucha. Al utilizar los más

modernos aviones, el Führer descubrió el medio adecuado a la utilización de sus infatigables energías y le ofreció la oportunidad de utilizar ventajosamente el influjo de su Personalidad, para extenderla y lograr sus efectos de una forma hasta entonces insospechada. A ello se unió la ventaja de que el N.S.D.A.P. dispusiera de una organización peculiar en S.A (secciones de asalto) y en S.S (escuadras de protección, llamadas también guardia personal de Hitler) y del grupo nacionalsocialista motorizado (N.S.K.K.); organización que mantenía la tensión a través de todo el territorio alemán y que por sí sola podía garantizar el más perfecto funcionamiento de la técnica de los transportes, de aquellos fantásticos planes de asambleas, que tuvieron a toda Alemania pendiente de un hilo durante las siguientes semanas y meses.

El imperioso y continuo requerimiento de la persona del Führer a través de esas continuadas operaciones electorales, pudo efectuarse sin perjuicio alguno para la dirección del conjunto de la organización del Partido y fue sólo posible porque él encontró en Rodolfo Hess, uno de sus más fieles y viejos compañeros de lucha, a un segundo para la dirección del Partido, el más seguro y eminente colaborador. Rodolfo Hess fue durante esos años el polo silencioso del que surgían todas las actividades, el que desde Munich garantizaba y en el que se confiaba el Partido, y a quien el Führer sabía iba a encontrar dispuesto a conferenciar y a informarle de lo que fuese, desde cualquier parte donde se hallase. Su labor e influencia en esa lucha fue de inconmensurable valor.

Ya a partir del 19 de Marzo, con motivo de la Asamblea directora nacional en Munich, se dejaron los fuertes efectos psicológicos del verbo luchador, valiente y preciso del Führer. Ello le dio ocasión de inflamar al Movimiento de nueva voluntad de ataque y de nuevos entusiasmos para la lucha. Pero los contrarios, entre tanto, no habían permanecido ociosos. Brüning había ordenado una "tregua pascual" y limitado la segunda lucha electoral, a una simple semana. Severing amordazaba a la prensa nacionalsocialista con medidas draconianas que suponían una real anulación. El Führer paraba ese golpe, mediante la imposición de una extraordinaria tensión a su prensa: ordenó la multiplicación de su tirada hasta hacerla diez veces superior, durante los subsiguientes diez días. Las mejores plumas de la prensa nacionalsocialista se pusieron en movimiento con el fin de informar y exponer la grandiosa ofensiva de asambleas que jamás hombre alguno ha emprendido. Cuando el 3 de Abril, al terminar de sonar la última campanada de las doce, al finalizar la cual, empezó el primer día de los vuelos sobre Alemania toda, con cuatro enormes y sucesivas asambleas ante 250.000 hombres en Sajonia, Adolfo Hitler, a pesar y sobre toda marrullería y maniobras de sus contrarios, había conseguido ya el atraerse sobre sí las miradas y hacer que Alemania toda estuviera pendiente de él.

¡Hitler sobre Alemania! ¿A quién no le suena esta frase como cosa fantástica e insondable, de obra sobrehumana, en relación con los más modernos métodos de lucha?

¿Quién, en Alemania toda, hombre o mujer, niño o viejo, no la ha leído en el periódico, y ha seguido su curso con verdadera tensión?

Y los medios con los que se consiguió esa labor de propaganda eran por cierto bien escasos. La prensa nacionalsocialista, entonces relativamente débil aun, se hallaba sala en esa lucha. Soportando prohibiciones manifiestas y toda clase de dificultades, era como puramente vivía. Muchas publicaciones estaban en la ruina. Los presupuestos de redacción estaban exhaustos. No existía ninguna organización grande y ordenada de noticias, no se disponía de ninguna oficina de información. En pocos días se encontró sustitutivo creando

un sistema centralizado de noticias telefónicas de clave, se unificó la información, haciéndola atractiva, excitante, de potencial de lucha, mediante la oficina nacional de información de prensa, organizada por el Partido.

Al Führer le acompañaban informadores especiales. Escribían en el avión, ponían en limpio sus informaciones en el auto, las entregaban –ya fuese al descender, ya fuese en rápidas detenciones, ya fuese durante las asambleas– a las oficinas de prensa que se habían instalado en todos los lugares y distritos del Reich, para su transmisión telefónica inmediata. Las redacciones y las imprentas nacionalsocialistas se hallaban día y noche en estado de alarma. Las rotativas lanzaban los periódicos en ediciones de millones, mientras, ante sus puertas, se agolpaban verdaderos enjambres de propagandistas vendedores nacionalsocialistas, dispuestos a extenderlos por todo el país, en todas las casas. Nadie pudo sustraerse a esa ola de propaganda. Despertaba el interés deportivo y tenía también en cuenta las necesidades sensacionales de la masa, al mismo tiempo que la conmovía y excitaba políticamente. Durante más de una semana. Alemania toda estuvo pendiente de Hitler. Era propaganda política, y empleaba hasta los mismos métodos americanos que utilizan a las nubes como pantallas. El 10 de Abril se habían obtenido de nuevo 2.100.000 votos más, alcanzando su número total a 13.400.000.

En un total de cinco grandes vuelos sobre Alemania, Adolfo Hitler había conquistado ya el Reich en ese año decisivo. Fueron 50.000 kilómetros de vuelo y más de 25.000 kilómetros de auto. En cerca de 200 asambleas se alcanzó a electrizar a más de diez millones de alemanes. Si se tienen en cuenta, además, las numerosísimas pequeñas elecciones de los Países alemanes durante ese año, así como las demás asambleas y grandes reuniones del Partido, debieron ser más de quince millones de alemanes los que se pusieron en contacto personal con el Führer durante ese año decisivo. ¡Labor realmente heroica!

VIDA NUEVA Y NUEVO ESTILO

¿Quién duda, a la vista de tales acontecimientos, que en la nueva Alemania se desarrollaba un nuevo sentido un nuevo estilo de la vida?

Estilo de vida en el que inmediatamente se reconoce al fundador del Tercer Reich como tipo, perfectamente representativo, perfectamente definido.

A la transformación interna y fundamental que revolución nacionalsocialista ha impreso inexorablemente en todos los campos y maneras de vivir, seguirá lógicamente una renovación de las nuevas formas exteriores. El tipo alemán que ha impreso el nacionalsocialismo, se muestra patente a cualquiera en contraposición al viejo y se determina, porque va imprescindiblemente unido, de manera espontánea, axiomática, al apelativo de "tipo nacional", característico del Tercer Reich.

Adolfo Hitler, como precursor de una nueva era, es, al propio tiempo, ejemplo y modelo de este nuevo estilo, que ya nos mostró e hizo vivir prácticamente, y en su forma más eximia, con ocasión de aquel periodo de intensos y raudos vuelos por toda Alemania.

La forma de vivir de Adolfo Hitler corresponde todo un concepto, a toda una interpretación de la vida. Con sólo observar su obra, el Führer se nos presenta duro, despreocupado de sí mismo, subordinando todas sus necesidades personales, enteramente; su gran tarea.

La realización del programa diario nos obligaba a todos a un régimen de vida verdaderamente espartano. Nuestro trabajo, de estilo enteramente moderno, utilizando los medios técnicos auxiliares más nuevos, nos forzaba a sobrellevar esfuerzos físicos, morales y espirituales que, sin el enorme influjo y atracción de Hitler, nadie por sí solo hubiera sido capaz ni hubiera sabido imponerse. Este ritmo intensísimo de trabajo excluye de la colaboración con Adolfo Hitler a todos los que no tengan su misma juventud, perseverancia y resistencia.

El Führer rehuye al alcohol, al tabaco y a la carne, no precisamente por principios doctrinales, ajenos a la práctica de la vida, que a otros podrían obligar, sino, sencillamente, porque esa sobriedad favorece su bien dormir, la más beneficiosa recuperación de fuerzas.

La distribución diaria del Führer está determinada exclusivamente por su labor y por los deberes que él mismo se impone. Adolfo Hitler no conoce la regularidad de las horas de dormir. Casi siempre de pie a medía noche, a menudo, ya dispuesto y listo al rayar el alba, sólo contados minutos son los que el Führer puede disponer acá y acullá, en medio de sus viajes, para el descanso.

¿Qué hacemos durante el día? Cada uno tenía fijada su función. Schaub, desde que compartió con Hitler su prisión en Landsberg, ya no contó más consigo mismo y era el responsable de despertarlo a la hora precisa. Varias veces, para cumplir exactamente su cometido, hasta tuvo que emplear sus propios brazos. Cuando Hitler profundamente dormido no respondía a la primera llamada, los fuertes y repetidos golpes sobre la puerta, le hacían despertar de su amodorramiento.

El Führer es el primero, entre los transformistas. Al cuarto de hora aparece ya listo. Nosotros, sólo con gran esfuerzo podíamos alcanzarle en esos quehaceres de vestirse, afeitarse y arreglarse. Todo retraso nuestro era a costa del desayuno.

Lo primero del Führer era trazar su programa diario con su fiel ayudante en todas las situaciones, el Jefe de Grupo, Bruckner, junto a los mapas y planos de las ciudades. Bruckner, de antemano, había ya desarrollado una fructífera labor preparatoria. Los horarios de salida y de llegada en los diversos aeródromos, el principio de cada una de las asambleas, así como las necesarias medidas de seguridad y previsión, se confirmaban de nuevo telefónicamente con los órganos y personas responsables del Partido, en cada una de las poblaciones; sin cerciorarse de la exacta realización del programa, el Führer no empezaba nunca su diaria labor.

En el desayuno, el café estaba rigurosamente prohibido, a causa de su perturbadora acción en el aire. Habíamos llegado a ser voladores. Nuestros cuerpos eran lanzados varias veces al día a través de grandes distancias, de una ciudad a otra y, por lo tanto, nuestros organismos y nuestra alimentación debieron de adecuarse lógicamente a esa vida. Ni

incluso las más terribles tormentas trastornaron jamás al organismo del Führer, ni perturbaron sus sentidos y capacidades. Nosotros procurábamos en igualarle. La experiencia nos había escarmentado, así, que lo preferido por la mañana era sólo leche o sopa de avena con una rebanada de pan.

Lo maravilloso era el equipaje. Durante semanas y semanas, estuvimos literalmente pendientes de las maletas. Pero largas semanas anduvimos sólo con el uniforme y un simple maletín. Con rapidez vertiginosa, cada día debíamos hacer las maletas bajo la práctica dirección de Schaub. Del auto al aeródromo, del aeródromo al auto, del auto al hotel. Incluso en estos menesteres alcanzábamos una extraordinaria perfección técnica.

La caravana de autos pilotada por muy experimentados conductores se hallaba a las puertas del hotel. Otra caravana salía a esperarnos al descender, en otros aeródromos, que no pudieran alcanzarse ni en todo un día y noche de viaje en auto.

Viaje veloz a la estación aérea. Por todas las calles, en cada plaza, masas humanas llenas de entusiasmo. A nuestra llegada, los motores de los aviones están ya caldeados. Nos acomodamos en las carlingas. Partida. Vuelo. Aterrizaje. Partida en auto hacia la asamblea, a menudo a cientos de kilómetros. A través de un muro de brazos en alto, en medio de decenas de miles de hombres exaltados de entusiasmo, llegamos al local y a la tribuna de oradores.

El Führer habla. De nuevo, regreso por entre los muros compactos de hombres de las grandes salas, por un mar de manos saludando hacia el coche. Y otra vez al aeródromo, para un nuevo vuelo.

Lo repetimos cuatro, cinco veces, uno y otro día. No sabíamos qué era almorzar o comer con regularidad. Casi no andábamos por nosotros mismos; nos llevaban de un sitio a otro, galgo así como los bultos de mano en mano. Y, ¡ay del que tras de Hitler fuese absorbido por las olas de las masas humanas! ¡Quien se separaba de su lado estaba perdido! Constituía un verdadero alarde, a menudo no exento de peligros, el abrirse luego camino y deshacerse del atasco para volverse a reunir con el Jefe.

También es dura y de gran responsabilidad la labor de la prensa. El cierre de la redacción determina la labor. Es un trabajo a marcha infernalmente forzada, porque cualquier retraso de minutos, desvalora y hace superflua una información. Tarde ya, en cuando para los demás empieza por fin el descanso, es precisamente el momento en que recomienza el trabajo del Jefe de Prensa, con sus ayudantes Berchtold, Krause; Seehofer y sus camaradas. Luego, espera ya todo el mundo los periódicos matutinos.

Hanfstaengl, el representante de la prensa mundial, cuya privilegiada cabeza nos ha acompañado a menudo en el avión y en el coche, anda siempre con nosotros desvelándose en su tarea, de asamblea en asamblea.

Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, otea por doquier con su ayudante Kling, los mejores momentos fotográficos. Acecha el punto más apropiado para los motivos y situaciones de mayor efecto; con rapidez vertiginosa y desplegando su extraordinaria capacidad de movimientos, los sucesos todos son captados por sus placas.

Por fin, no podemos pasar por alto el detalle de organización que constituía el pequeño avión de escolta que al propio tiempo servía de heraldo, para el servicio de los preparativos de recibimiento, y que llegó a constituir una verdadera institución. Así como en la guerra los que preparan los acuartelamientos preceden la marcha de las formaciones, así irrumpían en los aeródromos, horas antes de nuestro aterrizaje, Dietrich, el enérgico y leal Jefe de grupo con sus Jefes de S.S. en su rápido avión heraldo, con el fin de realizar los preparativos de la llegada de nuestra escuadrilla, para tomar todas las medidas de seguridad, prevenirse de toda sorpresa imprevista de parte de las hordas comunistas y con el fin de garantizar la más perfecta organización y la ausencia de toda perturbación en la realización de nuestro programa diario.

UN AUDAZ VUELO TORMENTOSO

El 8 de Abril de 1932, se desencadenó sobre Alemania una tormenta que sobrepasó a todo lo concebible. El granizo caía crepitando a raudales, de negras nubes. Las trombas de agua asolaban campos y huertos. Un barro turbio y espumoso barría y destruía las carreteras y las vías, y el huracán arrancaba de cuajo los más viejos y corpulentos árboles.

Partimos en auto hacia el aeródromo de Manheim. Nadie debía de arrostrar el peligro, la peligrosa aventura, exponerse en avión a la furia de los elementos embravecidos. La misma Lufthansa alemana había suspendido todo servicio aéreo.

Bajo una lluvia torrencial, nos esperaban sin embargo un compacto grupo de los más incondicionales de nuestros partidarios. Querían permanecer allí, esperar y ver por sus propios ojos al Führer desafiando esa tormenta, cuando se marchase impertérrito en el avión.

El Führer, sin pensarlo siquiera un momento, ordenó la inmediata partida. Debíamos cumplir inexorablemente el programa del día puesto que en el oriente alemán nos esperaban cientos de miles de personas.

La máquina se sacó del hangar. Sólo los fuertes puños de los montadores y de los hombres de las S.A. pudieron ser capaces de sostener firmemente el aparato, mediante largas pértigas, sujetando las alas con el fin de que el vendaval no se lo llevara y lo zarandeara luego por el suelo.

El gran órgano de los motores se puso en marcha. El piloto estaba, como un invisible organista sobre los registros, al cuidado de los mandos, y producía los zumbidos de los motores, ora más fuertes, ora más suaves. Por fin se calentaron. El avión, semejante a aquel caballo alado con cabeza de ave de rapiña, cual moderno hipógrifo, aguantó con impaciencia difícilmente refrenada, hasta que todo estuvo listo y dispuesto para el vuelo. Un pequeño enarbolamiento y ya nuestro salvaje corcel corre por encima de la verde estepa. Un par de brincos audaces, un último roce seco de la tierra y ya estamos lanzados al aire en medio de la caldera hirviente, como embrujada, del espacio.

Aquello no era un vuelo, aquello era un torbellino. Aún hoy en día lo recordamos como un terrible sueño de pesadilla. Tan pronto salvamos, una racha de baches, como somos azotados y zarandeados por entre las nubes; tan pronto nos lanza en una sima una corriente invisible, como somos elevados, cual si fuésemos asidos y subidos rápidamente por una altísima y potente grúa.

Y, a pesar de todo, ¡qué soberana sensación de seguridad de no perecer en ese alboroto de los elementos! La completa tranquilidad del Führer nos cautiva a todos. Cada hora el peligro le enseñoreaba más y le daba mayor certeza de su fe tan firme como las rocas, en su misión histórica mundial, en la sensación de confianza imperturbable, de que la providencia le guardaba de todo mal para que pudiera cumplir su gran obra.

Incluso en esos momentos se mostraba el hombre superior que dominaba el peligro, el que frente a él, permanecía como si le tuviera lejos de él. En esta situación de despreocupación entre el hombre y la máquina, siguió el Führer con el máximo interés la lucha tenaz de nuestro magistral piloto, Bauer; cómo se pilotaba a través de la tormenta; cómo, con su rápida y certera, nos elevaba de repente por de una zona de descargas; cómo, en un momento sabía soslayar las verdaderas paredes de nubes mientras que con la radio de a bordo, celosamente, captaba los partes de los aeródromos.

Entre tanto, nuestra caravana de autos se abría camino, lentamente, allá abajo, en el suelo. Los árboles caídos por la tormenta barraban las carreteras. Verdaderos diques forzaban a largos rodeos con su obligada pérdida de tiempo. Pero ellos, camino de nuestra espera, desafiaban también todos los peligros.

Mientras tanto sobre las alas de nuestro, D-1720 crepitaba la nieve y el granizo, y sus granos como clavos se clavaban y sonaban sobre los cristales de la carlinga. Varias veces volamos tan bajo que el radiotelegrafista hasta tuvo que recoger, por precaución, la antena para que no se enredase con las copas de los árboles o con los hilos telefónicos al cruzar los aires tan junto a ellos.

Los motores rugían a pleno gas, mientras al Führer entre el mapa y el reloj, sólo le preocupaba una cosa, y era que no perdiéramos la ruta y que no nos retrasásemos a la asamblea.

Más de una vez, Hans Bauer, el piloto de Hitler, tuvo que volar a ciegas y pasar como una exhalación por entre las más negras nubes. Pero, con todo, aquellas bolsas de vitela que, con profusión, teníamos al alcance de cada asiento, quedaron todas sin tener que ser utilizadas.

Respiramos ya cuando sobre Frankfurt se rasgaron las nubes y pronto pudimos contemplar al Rhin, deslizándose por entre un suelo mojado por la lluvia pero brillante ya por los rayos del sol. Emerge Coblenza y luego Bonn y Colonia y pronto, allá, Dusseldorf, nuestro término ansiado.

Distinguimos el sobrio monumento levantado sobre el erial de Golzheim, sobre el mismo lugar donde Leo Schlageter fue asesinado por los verdugos extranjeros, y vemos luego también al velódromo de Dusseldorf donde, lleno a rebosar, se apretujaban ya los hombres en espera del Führer.

Aterrizamos en el aeródromo de Dusseldorf. El vuelo tormentoso ha terminado. Pero, camino de la asamblea, en las calles, descarga sobre nosotros el aullido de los comunistas.

EL PRIMER VUELO NOCTURNO

Los vuelos de Hitler son hoy ya incontables; desde aquel vuelo, primero entre todos, hacia Berlín y con ocasión del motín de Kapp, hasta los actuales vuelos semanales del canciller a Munich.

Entonces, cuando Adolfo Hitler necesitó por primera vez un aeroplano, vivía aún Dietrich Eckhart. En el volante del viejo cacharro se sentaba el luchador aéreo Ritter von Graim. No cabían más que dos personas. Pero no había más remedio que arreglarse para tres, puesto que el Führer quería volar acompañado de Dietrich Eckhart.

Este vuelo inolvidable constituía en verdad un riesgo loco. Nadie había pensado entonces en tal cosa. Aun no existía un tráfico aéreo regular y sólo había un número insuficiente de campos de aterrizaje. Pero Adolfo Hitler, y esto es significativo, se empeñó en la idea de fletar un avión, él, precisamente, que jamás había volado.

En el estrecho asiento abierto, apretujado entre algún bidón y latas de esencia y aceite y zarandeado continuamente, sólo le dominaba un pensamiento:

¿Llegaremos a punto a Berlín? ¿Le saldría bien lo que él suponía y preveía?

En Jüterbog, Graim tuvo entonces que aterrizar.

Todos los campos de aterrizaje estaban vigilados estrechamente por los marxistas a causa de los sucesos de Berlín. Ni uno solo de los aparatos que aterrizaba dejaba de ser rodeado por los rojos. ¿Qué debían hacer? ¿Disparar y en el mismo momento, validos del desconcierto, elevarse de nuevo?

Pero no había porqué llegar a eso. Dietrich Eckhart, con su ingenio marrullero, pronto consiguió que los comunistas les dejasen en paz. Y llegaron a Berlín, precisamente cuando terminaban los sucesos provocados por los aventureros políticos; en aquel momento Trebitsch Linkoln, el jefe de prensa de esa empresa, era el último que abandonaba el edificio del Gobierno.

Si alguien, alguna vez me pregunta cuál de los vuelos, a mi entender, fue el que más cautivó al Führer, no puedo más que recordar –al pasar por mi imaginación la larga lista de los vuelos de estos últimos años– nuestro primer vuelo nocturno, la noche del 19 de Agosto de 1932.

El viaje aéreo de Gorlitz a Breslau, en sí, no tenía la menor importancia, y duró sólo media hora. Sin embargo, en nuestros recuerdos conservará siempre el primer lugar y la más

inolvidable y clara de las visiones. Además y como consecuencia, desde aquel día data la gran predilección de Hitler por los vuelos nocturnos.

Llevábamos una de las más duras jornadas de lucha sobre nosotros. Cuatro horas y media de vuelo a través de las nubes y en medio de una gran humedad y frío atroz de Munich a Gleiwitz; asambleas en Beuthen, Gleiwitz y Górlitz ante más de 250.000 hombres.

Del recuerdo de los vuelos de ese día se destacan la vista de las chimeneas humeantes y de las chispas centelleantes de los Altos Hornos de la Alta Silesia, de aquéllos pocos que, a pesar de la crisis, quedaban aún en actividad y también la encantadora policromía de los cultivos sobre los frescos campos y huertos del fecundo Lausitz, panoramas que admiramos, desde la moviente atalaya de nuestro magnífico D-1720. Y por poco que extendiéramos nuestra vista, podríamos divisar a lo lejos extensas zonas de tierra alemana robada, cultivadas por la proverbial laboriosidad silesiana, por el mejor trabajo alemán.

Al Führer, por decirlo así, casi podían oírle los polacos. Y luego, en Górlitz, la primera asamblea en cual el número de los reunidos sobrepasaba cinco veces toda previsión. Por todas las carreteras y caminos, grandes masas de hombres a pie, en bicicleta, en camiones; todos hacia el mismo lugar. Al anochecer, aterrizamos en Górlitz.

Hitler, habló mientras las estrellas empezaban a lucir en el cielo, y al mismo tiempo, empezaron a encenderse las hachas. El ancho campo quedó iluminado como el día. Y cuando aún no se han apagado los clamores de la multitud entusiasmada, ya el Führer vuelve veloz al campo de aterrizaje, que yace oscuro del lugar del gran comicio.

Nuestro gran aparato debe de salir con sólo cinco hombres, con el fin de que, en la oscuridad, pueda despegar con la necesaria seguridad, teniendo cuenta su peso y lo reducido del campo. El Führer nos echa una rápida mirada escrutadora como diciendo: ¿quién debe acompañarme y quiénes deberán correr tras de nosotros, por carretera, hacia Breslau? Inmediatamente se determina a los cinco pasajeros. Estoy entre ellos. ¡Es que la prensa debe siempre acompañarle!

El banderín de salida se inclina rápidamente, los motores rugen y pronto nos elevamos del suelo hacia la noche. Nuestro piloto hace un viraje hacia el stadium y se desliza sobre el bosque ardiente de hachas encendidas, sobre la misma masa que pocos momentos antes escuchaba aún la palabra de Adolfo Hitler.

Y ese fue el momento que se presentó a nuestros ojos un cuadro de emoción inolvidable. El Führer hizo encender las luces de la cabina. En este mismo instante la muchedumbre se dio cuenta de la nave iluminada en el espacio, que conducía al Führer hacia la nueva asamblea, al mismo que pocos segundos antes se hallaba entre ellos. Un grito de júbilo fue la gran exclamación que brotó espontánea y estruendosa, al mismo tiempo, de cientos de miles de gargantas; tanto, que hasta apagó al mismo zumbido de nuestros motores; y al propio tiempo, los hombres movía; hachas encendidas, formando elipses en señal de supremo y gozoso saludo.

Nunca más olvidaré la impresión que produjo al Führer ese espectáculo hasta entonces desconocido. Silenciosamente, quedamente, como sobrecogidos, disfrutamos del raro encantamiento de esa visión. Nos encontrábamos, luego de las fatigas de esa larga jornada, en una situación en la cual el cuerpo sólo obedece automáticamente a la voluntad. Nos

sobrecogió como un despertar y despabilamiento increíble, alimentado por la fantasía y ésta hacía que el cuadro se nos presentase ante nuestros ojos, al mismo tiempo, como visión de encantamiento.

Mientras andábamos con el Führer suspendidos entre el cielo y la tierra, en aquellas horas de la noche y corríamos por el espacio sobre la tierra alemana, vimos cómo el mar de hachas iluminadas de Górlitz ensanchaba sus orillas del stadium y desbordándole se extendía hasta los límites todos del Reich; vimos que todos los alemanes se habían convertido en portadores de hachas y con ellas todos manifestaban su conversión y adhesión a la gran idea de Adolfo Hitler. El cuadro se nos representaba como un inmenso fuego glorioso que indicaba el triunfo de nuestro objetivo, ante nuestros ojos, como una gran profecía.

La luz de la cabina permaneció apagada por largo rato. La luna subía al firmamento. Su luz mortecina sombreaba espectralmente los bosques y campos, pueblos y ciudades, de ese laborioso país. Y ya, pronto alcanzamos a divisar los haces de luz proyectados por los focos del aeródromo de Breslau.

LA GRAN REVELACIÓN DE LA MANSURIA

Habíamos hecho una experiencia: en los lugares de Alemania donde mayor era la ruina económica y moral, donde más insoportable se hacía, allí era donde la confianza en el Führer era más fuerte, allí, donde el pueblo todo, estaba con él.

En aquella Prusia Oriental, desgarrada de la madre patria por una criminal separación de fronteras, cruelmente mutilada, que sentía diariamente el encrispamiento amenazador de los puños cerrados de los polacos, allí donde el recuerdo de las devastaciones de la invasión rusa es aún vivísimo, fue donde mostró más concienzudamente por vez primera más firme confianza en Adolfo Hitler.

El 19 de Abril de 1932, durante el segundo crucero aéreo sobre Alemania, volamos sobre el Corredor, viniendo de Silesia por encima de aquel lugar proscrito de Bütow. A la izquierda se levantaba la iglesia de Santa María de Danzig, la estrella de oriente de la alemanidad indestructible de esta vieja ciudad Hanseática, surgiendo por entre las nubes; a la derecha se alza el fuerte de Marienburg sobre el río Nogat, proclamando en tierra robada la más elocuente muda acusación; allí podía contemplarse, en la orilla, al castillo orgulloso de la Orden de caballeros teutones, recordando así, que ya 600 años atrás, la tierra oriental había sido roturada por germanos y colonizada por labradores alemanes.

Volamos sobre la bahía y sobre el mar del este, hacia Königsberg. De allí, en un pequeño vehículo, marchamos, a Allenstein. Nuestros buenos coches, los veloces, se habían quedado allá, al otro lado del corredor.

El Führer empezó, pues, su viaje triunfal a través de las tierras mansurianas en malos autos y sobre peores carreteras. Mucho habíamos vivido en aplausos y aclamaciones. Pero allí nos encontramos con algo, aún desacostumbrado hasta entonces.

En nuestros viajes a través del Reich, podíamos apercibir aún, a pesar de toda la simpatía y adhesión, alguna interior resistencia de los compatriotas despechados o remolosos, veíamos en algunos saludos de brazo en alto a puños cerrados y caras descompuestas. Aquí, en cambio, en las regiones mansurianas, Adolfo Hitler había obtenido ya en la primera elección presidencial la mayoría absoluta. Pero en ocasión de ese viaje se nos mostró de qué gran manera toda la Mansuria permanecía fiel a la cruz gamada.

Nos hallábamos ante el hijo más pobre del pueblo, pero también el más fiel. Cruces gamadas por todos los árboles de la carretera, retratos de Hitler en todas las casas, y guirnaldas y arcos de triunfo en todas las entradas de los pueblos; esperanza y dación por doquier.

Por donde fuera que se acercase el Führer, el último de los hombres, la más sencilla de las mujeres se había puesto en movimiento. Muros de hombres por toda la carretera. Ancianas viejecitas en cuyas faces hambrientas estaba escrita la más grande pobreza, nos levantaban los brazos. Donde parábamos, las madres nos acercaban y nos tendían a los niños. Lágrimas de felicidad y de emoción.

Este viaje inolvidable a través de la Mansuria en una época en la que el Movimiento se hallaba aún en medio de las luchas más duras para hacerlo triunfar, constituyó, al mismo tiempo, un fortalecimiento insospechado de la fuerza espiritual y del espíritu de resistencia de esa población fronteriza. Aquí, en ese país empobrecido, que nunca había visto al Führer, la idea nacionalsocialista había echado las más profundas raíces.

Recordamos esos días con la más grande alegría. El anonadamiento, lleno de confianza y sin límites del pueblo nos conmovió a todos. Nos aguijoneó, nos espoleó a marchar a visitar incluso los lugares más apartados. Pero el día era corto y las carreteras largas. En carrera salvaje recorrimos kilómetros y kilómetros. El polvo casi nos asfixiaba.

Tierra santificada, empapada de sangre de nuestros caídos. Restos de trincheras y de cementerios guerreros aparecen por doquier al lado de las carreteras y despiertan el recuerdo del Agosto de 1914 en que el país devastado fue libertado de enemigos.

Ante el monumento de Tannenberg y el cementerio de héroes de Waplitz en el que todo un regimiento se sacrificó para el logro del gran copo estratégico y allí tiene su postrer descanso, el Führer para unos momentos. Tuvo un recuerdo de gratitud a los muertos que habían ofrecido su vida para la grandeza de Alemania con la fe segura en su resurgimiento. Procurar que su muerte no fuese en vano, esto era lo que constituía el fin último de su lucha.

En Neidenburgo, destruido y ahora ya de nuevo reconstruido, donde las masas humanas rompieron el cerco, el Führer habló de pie sobre el auto y en medio de la plaza del mercado.

Nuestra velocidad iba creciendo cada vez más, las carreteras, a cada momento, las cruzábamos más velozmente. En el fondo se trataba para nosotros, que sentíamos

vivamente los momentos, de una carrera de vida y muerte. Alcanzábamos a Willenberg, luego Ortelsburgo, Johannesburgo y finalmente Lick. Eran las once de la noche cuando entramos en esa población campesina, donde se habían reunido cinco veces más hombres que habitantes tenía.

No todos los coches de nuestra caravana pudieron sostener esa carrera salvaje; uno tras otro perdieron nuestro contacto. Sólo nosotros pisábamos los talones al coche del Führer.

Poco antes de Lick, el coche del Führer dio el alto. Nosotros le seguíamos. Salté y oí decir al Führer: «¿Dónde está la Prensa?»

Conocía su importancia y sabía que no sólo nos interesaban los 60.000 de esa gran asamblea, sino que también los millones del Reich que debían revivir ese comicio, al día, siguiente los periódicos. Los poderosos del sistema negro-rojo se habían ya reservado para ellos la radio. Contento, pude contestarle: «¿La Prensa? ¡Presente!»

Y seguimos hacia Lick a la asamblea nocturna.

Mansuria, Prusia oriental, no ha confiado en balde en Adolfo Hitler. Hoy, a los pocos meses de haber alcanzado el Führer la Cancillería del Imperio, la Prusia oriental es el primer territorio alemán libre del paro obrero.

Pero a nosotros ya se nos puso de manifiesto en Mansuria la situación sin ejemplo de esa población limítrofe como gozosa seguridad del próximo triunfo.

CÓMO CONQUISTAMOS A MECKLENBURGO

El breve y rítmico zumbido de los potentes cilindros del Mercedes; faros deslumbrantes sobre la nocturna carretera; peligrosas idas y venidas por entre nieblas y, en medio de todo, las preciosas horas del descanso "en el gran cuartel general" en el centro de una finca aislada, son los principales recuerdos que nos quedan de esa formidable lucha electoral de Mecklenburgo. En Oldenburgo habíamos alcanzado mayoría absoluta. El 5 de Junio queríamos obtener el mismo resultado en Mecklenburgo.

Sobre esa lucha electoral se tejía el velo más misterioso. Día tras día se podía ver a nuestro negro armatoste correr por las carreteras, de una a otra parte; hacia el mar o hacia el interior, de un cabo a otro del país. Todas las tardes, en cuanto se hacía noche, salíamos de nuestro castillo feudal, cual modernos caballeros aventureros, a conquistar el país. Sin embargo, no despertábamos el más mínimo sobresalto. Por donde fuera que apareciésemos siempre nos recibía la gente con las mayores muestras de alegría y esperanza; por doquier éramos agasajados.

El labrador en el campo deja por un momento su arado, los mozos y mozas abandonan guadañas y rastrillos, el albañil deja su paleta en la obra y todos corren hacia el borde de la carretera en cuanto se dan cuenta que por allí pasa nuestra veloz caravana.

Y cada vez, poco antes del amanecer, regresábamos por el país aun durmiente, hacia nuestro campamento. Desde la vieja ciudad hanseática de Wismar, desde Schwerin la capital, con su castillo acuático, desde Gustrow o desde cualquier otra población mecklenburguesa, donde el Führer había hablado.

La hacienda de Severin, en cuyas torres flameaban banderas con la cruz gamada, era en verdad un cuartel general muy especial. Durante el día no se nos veía por el país. El Führer encontró allí, en la mansión de nuestro Granzow y de su atenta esposa, grande hospitalidad y solaz descanso de sus trabajos. Solía gustar en comer al aire libre sus sencillos ágapes e irse de paseo por el viejo parque para meditar y conversar sobre sus planes.

Allí en medio de un bosquecillo de hayas, reposan los restos del postrero de los Quintzow, último rebelde contra los margraves, condes de la marca de Branderburgo. ¡De qué manera tan distinta entendíamos la conquista del país! No inspirábamos aquel temor, sino que el pueblo, donde quiera que fuésemos, nos acogía con amor. Y es que veía en Adolfo Hitler, no al subyugador, sino al libertador que le hacía salir de su estado de miseria y desesperación.

Pero no era sólo esa lucha electoral en el país lo que preocupaba al Führer.

Durante nuestra estancia en Mecklenburgo en esa tranquilidad aparentemente veraniega en la propiedad de Severing, se desarrollaron sucesos decisivos en la alta política.

Recién llegados, al primer día, el Führer fue llamado a Berlín por el Presidente del Reich. Brüning cayó, von Papen había subido y Schleicher, sobre quien empezaron a volverse hipnóticamente los ojos de los demás políticos del mundo, buscó al Movimiento con su Führer. Y se encontraron en una propiedad cercana.

Schleicher soñaba en compromisos y acuerdos firmados. Hitler no es amigo de componendas. Acostumbra a enjuiciar según los hechos, no sobre palabras. Hitler, por lo tanto, no podía aceptar el caso de que un secretario llegase con motocicleta y su cartera al lugar de la conferencia precisamente cuando los señores se habían ya marchado.

Se había acordado la disolución del Reichstag. Desde la misma propiedad de Severing el Führer pudo aún redactar sus disposiciones para los preparativos de la propaganda de esa gran lucha electoral. El 5 de Junio se conquistó Mecklenburgo. Granzow fue el presidente del Consejo.

De la misma manera que Adolfo Hitler amaba la alta montaña, así también amaba al mar con su grandiosidad infinita. Constituía siempre para el Führer un placer cuando, con ocasión de asambleas, se le presentaba ocasión de realizar una corta excursión a las orillas del mar. Las horas nocturnas en las playas del mar del Este, durante esa lucha electoral de Mecklenburgo son, para el Führer y para nosotros, verdaderamente inolvidables.

En las lagunas del mar del norte, existe un solitario pueblecito de pescadores en el que solía retirarse el Führer algunas veces. Frente a la misma playa hay una pequeña casona de

pescadores que le servía de retiro. En esa adusta costa, entre esos hombres sencillos, que luchan continuamente con el mar, el Führer se encontraba a placer, reponía sus fuerzas y tomaba de su contacto los mejores alientos para su gran obra.

LA CAÍDA DE BRÜNNING

La caída de Brüning el 30 de Mayo, sorprendió a muchos. Sorprendióles porque Brüning –obrando, digamos, hasta con cierto virtuosismo– había logrado entorpecer por tanto tiempo las leyes más elementales del lógico proceso político, hasta el punto de haber conseguido que los burgueses, desprovistos de la más elemental intuición, llegasen a creer seriamente que esas leyes, esos procesos de evolución, ya no podían existir, aunque desapareciera también el famoso artículo 48 de la Constitución alemana, que con las facultades de excepción y de plenos poderes, las había mantenido en suspenso, imposibilitando que se diesen las condiciones de la natural evolución fuertemente, dibujada en la política alemana.

El 30 de Mayo fue el despertar de un letargo. En ese día las fuerzas dinámicas del país, las que obraban en el Movimiento nacionalsocialista, encontraron por primera vez una posición decisiva para su avance hacia la misma estructura de la Alemania oficial.

Brüning no cayó por habilidades, no fue batido por intrigas, aunque éstas, claro está, no faltaron en esa tormenta de fuerzas políticas conglomeradas que descargó sobre sus mismas espaldas. Brüning, que hubiera tenido que ceder ante la presión del Movimiento popular nacionalsocialista, fue arrollado sencillamente por esa ola que ya no podía ser contenida por más largo tiempo.

La medida estaba hasta el borde. El 13 de Abril, su ministro Groener –entregado voluntariamente a la voluntad de los poderosos rojo-prusianos– habla disuelto las S.A, las S.S y a la Juventud Hitleriana con el aplauso del Centro y del Partido Popular bávaro. «El frente exterior se ha roto, la unidad interior nadie nos la podrá tomar», decía a los cuatro vientos el Jefe del Gabinete, pero con el convencimiento pleno de la próxima liquidación de sus camaradas. La respuesta del Führer a esta nueva muestra de intento desesperado del sistema no fue, por cierto, una parada más, sino un obrar. A los tres días, empezó el segundo crucero aéreo por Alemania.

El 24 de Abril Brüning recibió el finiquito en Prusia, Baviera, Wurtemberg, Hamburgo y Anhalt. Tanto el Centro como la socialdemocracia fueron batidos fuertemente por todas partes. En Prusia el N.S.D.A.P. sobrepasó con creces en la elección al Centro y a los socialdemócratas unidos; los partidos de tres de los ministros del Gabinete Brüning no pudieron obtener ni un solo sitio en el Parlamento prusiano. En la "negra Baviera" se alcanzó la misma fuerza que el Partido Popular bávaro y con ello quedó vencida su hegemonía numérica.

Brünning ni en esta ocasión hizo lo que desde hacía tiempo debió hacer. Por el contrario: mediante sus maniobras taimadas, aprovechándose de manejar las órdenes del día, su partido engañó en Prusia al pueblo, separándole de su derecho a un gobierno nacionalsocialista. Lo mismo pasó en Baviera y en todas partes. Con razón el ministro Frick calificó de criminal el hecho de que Alemania, por su causa, no pudiese beneficiarse aun del Partido Alemán nacionalsocialista obrero, manteniéndole alejado del Poder.

El Führer sin pérdida de tiempo, llamó de nuevo a combate para la nueva lucha para el aniquilamiento de sus contrarios. «Reclamamos para nosotros solos la decisión y el derecho a juzgar nuestra capacidad de gobernar»; estas fueron las palabras de su declaración al presentarse por primera vez al frente de su minoría en el Parlamento prusiano poco antes de lanzarse a la lucha electoral de Oldenburgo.

El 9 de Mayo se presentó Brünning al Parlamento; mientras tanto, y mediante cambalaches por los pasillos, se había asegurado una mayoría, inestable, en el Reichstag. Al discurso de Goering sobre la prohibición de las S.A le siguió la defensa de Groener que, por cierto, más bien constituyó una confesión de parte. «Nunca se oyeron tamañas contradicciones» además, la refriega que se armó con vergas de caucho, dirigida por el judío vicepresidente de la policía de Berlín en persona, situado precisamente detrás del sitio del Canciller, contra el N.S.D.A.P. tuvo efectos enteramente contrarios; y, con ese suceso, quedó confirmada la suerte de Groener. Se había abierto la primera brecha en el Gabinete de Brünning. Y era él mismo quien decía que se hallaba «¡a cien metros de la meta!».

Los acontecimientos, nuestros hechos de armas se precipitaron. El 23 de Mayo en el País de Anhalt se eligió en Alemania por primera vez Presidente de un Consejo de Ministros nacionalsocialista, al correligionario Freyberg. Dos días más tarde ascendía al sillón Presidencial del Parlamento prusiano, del cual fueron expulsados el mismo día los provocadores comunistas, otro correligionario, Kerrl. El 29 de Mayo el nacionalsocialismo conquistó la mayoría absoluta en el País de Oldenburgo y fue la causa de la pérdida de un diez por ciento de votos, al partido del Centro, considerado inatacable. Y el mismo día se supo que el Tribunal del Reich había considerado infundada la sospecha contra el N.S.D.A.P. que motivó la prohibición de las S.A, aduciendo un acto de alta traición en contra del Gobierno del Reich.

Esto constituyó, por fin, el golpe de gracia. Los hechos ponían en evidencia la engañosa Constitución representada por Brünning. El convoy del Centro se había ya atacado. Brünning, que durante años había procurado tener de una manera permanente la posición clave de su partido, a costa de la nación, se veía precisado a sincerarse, al día siguiente, ante el propio Presidente del Reich. «¿Qué es lo que piensan informar el Dr. Brünning y su Gabinete al Sr. Presidente del Reich, mañana a las doce de la mañana?» Esto era lo que preguntaba la oficina de Prensa del Reich del N.S.D.A.P., la noche del 29 de Mayo. La respuesta era evidente. La "Leyenda de Brünning" se había desvanecido.

El proceso del Canciller del Centro, había terminado...

NOCHE INOLVIDABLE

Hay una noche que destaca entre todas de entre la larga y tupida cadena de los grandes acontecimientos del tercer crucero aéreo por Alemania. Viaje nocturno en avión, en el cual se nos acumularon inesperadamente todos los obstáculos imaginables, viaje que si bien empezó en Kottbus y tenía que terminar en Warnemünde, fuimos por fin a parar, allá por Mecklenburgo, en aterrizaje forzoso.

No es sólo el proceso de la aventura de esa noche del 19 al 20 de Julio lo que nos liga tan vivamente a su recuerdo, sino que lo que más nos cautiva es la grandiosidad interior de que el Führer dio pruebas, precisamente en esas circunstancias de gran peligro; grandiosidad de serenidad y aplomo, con la cual venció todas las contrariedades.

Era ya bien entrada la tarde cuando, algo retrasados, llegábamos a la Asamblea de Kottbus, luego de un vuelo lleno de baches, desde Prusia oriental volando por encima del Corredor polaco y luchando denodadamente contra un fuerte viento de proa. Mientras tanto Goebbels y Goering llegaron de Berlín, también en avión, con el fin de informar al Führer sobre el desarrollo de los acontecimientos en la capital del Reich. Me acuerdo, como si fuese ahora mismo, de la conversación que el Führer sostuvo en el campo de aterrizaje asomado fuera del aparato. Los sucesos del día siguiente habían ya proyectado sus primeros chispazos.

Salimos retrasados, cuando era ya bien atardecido. Aviones de las escuadrillas nacionalsocialistas nos dieron escolta durante un rato. Bajo nosotros, penumbra, lucen tranquilas las aguas del Spree medio de sus bosques.

En aquellos momentos había ya decenas de miles de hombres reunidos en Stralsund bajo el techo del cielo. Antes de anochecer queríamos aterrizar en Warnemünde. De allí, teníamos que alcanzar por carretera la asamblea de Stralsund convocada para las ocho.

La máquina buscó su camino por el mar entre nieblas y espesas nubes. Un fuertísimo viento del no te retardaba nuestro vuelo y la noche nos sorprendió antes de lo previsto. En ese mismo momento el mecánico de a bordo entra en la cabina y nos comunica que Bauer ya, no podrá aterrizar en Warnemünde por no estar preparado el campo para un aterrizaje nocturno. Asustado, dirige su mirada al Führer con mudez elocuente. Éste, pide el mapa a su ayudante sobre el cual, de la forma acostumbrada con ambas manos en el aire con un movimiento de escuadra, traza un ángulo recto.

El Führer sabe que a bordo no hay esencia más que para pocas horas. Cualquiera se hubiera preocupado inmediatamente, ante el problema de hacer descender el aparato, procurando la máxima seguridad, en medio de aquella noche oscura y tormentosa. Pero por la mente de Adolfo Hitler, no apareció esa preocupación vulgar. Los pensamientos estaban ya en sus fieles de Stralsund, a quienes no quería hacer esperar en vano. Así es que se limitó a preguntar: ¿Y ahora, de qué manera podremos llegar a la asamblea de Stralsund?

Y entre el cielo y la tierra, en medio de la noche y a la altura de 2.000 metros el Führer, frente al mapa, celebró consejo de guerra. Fijó un lugar de aterrizaje forzoso y lo hizo anunciar por radio. Al mismo tiempo se envió un radiograma al centro más próximo del partido, ordenando a nuestros autos, que debían hallarse camino del aeródromo de Warnemünde, que parasen y se dirigiesen al lugar del aterrizaje forzoso.

Cuando estaba ya todo dispuesto para esa nueva ruta aérea, nos radian de nuevo para comunicarnos que en aquel lugar tampoco es posible un aterrizaje nocturno.

¿Qué hacer? Estamos volando a la velocidad de 200 kilómetros sin objetivo alguno en medio de la noche más oscura que imaginarse pueda. Nadie pudo prever en ese momento el final de la aventura aérea

El Führer toma una rápida decisión y ordena al momento: «¡Hacia Berlín! En el aeródromo de Tempelhof ya veremos».

El viento nos empuja ahora. Pronto nos muestran el camino, las luces de Königsberg. A las 9,30 de la noche estamos ya encima del campo de cemento. A los pocos minutos salvamos este nuevo obstáculo mediante unas llamadas telefónicas. ¡Ya hay posibilidad de aterrizaje forzoso! Se podrá disponer el aterrizaje aunque sea con medios primitivos.

Son ya más de las diez de la noche cuando partimos elevándonos sobre el mar de luces de Berlín. Pero la lluvia y la tormenta nos impiden ver luz alguna que nos oriente en nuestro camino; tampoco vemos ni una sola estrella que nos pudiera orientar. El Führer escudriña continuamente en medio de la noche. Todos hacemos por otear: El piloto enciende las luces de señales bajo las alas, para hacerse así visible. Como un fantasma volamos en medio de una noche más oscura que la boca de un lobo. Al fin, por fin, descubrimos ya la tenue iluminación del lugar de aterrizaje forzoso.

Nuestro piloto hace descender cuidadosamente el aparato. Va como en acecho de la tierra. Las hachas de magnesio instaladas en los extremos de las alas de nuestro avión la iluminan. Y nuestro aparato se posa entre dos líneas de simples linternas que delimitan nuestro episódico campo de aterrizaje.

Todo nos había salido a pedir de boca. Pero, pronto aparece un tropiezo. Nuestros coches no llegaron aun. Nos hicimos rápidamente con los primeros que encontramos y reemprendimos nuestra marcha. Pero ¡qué alegría cuando al cuarto de hora los encontramos ya, cegados nuestros ojos con los potentes focos de nuestros propios autos! Nuestra orden desde los aires les había cogido entre Stettin y Warnemünde. Descendimos rápidos en medio de la oscura carretera y desde allí proseguimos velozmente nuestro camino.

Ya todo nos parecía fácil. Aunque avanzábamos rápidamente se nos hizo tarde. Pero, poco antes de Stralsund, un nuevo retraso. Nos pararon en un pueblecito y nos previnieron de no continuar. Un bosque próximo, por el que debíamos cruzar, estaba ocupado por comunistas armados que nos acechaban emboscados. Esto nos advirtieron unos fieles amigos.

El Führer tampoco preguntó nada sobre ese peligro. Sin más, dispuso la continuación del viaje. Cuando llegamos al bosque vimos cruzarlo ya por los guardabosques con las carabinas en guardia. Acababan de lanzar de allí a los comunistas.

Luego de dos horas y media de viaje en auto llegamos por fin, a las dos y media de la noche, a Stralsund. Ya habíamos perdido toda esperanza de que los hombres nos esperasen en medio de aquella humedad y frío. Pero no, la tenaz paciencia del Führer fue compensada largamente.

Ante nosotros se nos presentó un cuadro de la más emocionante de las visiones. Cuando el alba empezaba a romper nos hallábamos en medio de una grandísima asamblea. Húmedos hasta los huesos, cargados de sueño y de hambre, nos encontramos a la multitud aguantando impasible la lluvia y la tormenta al aire libre, aguardando al Führer, reunidos allí desde la tarde.

Larga fue la noche y pesada la marcha hasta llegar a Stralsund. Pero las dificultades todas se habían salvado. Habló el Führer y los corazones se caldearon. Y mientras hablaba, durante su oración, el día fue viniendo lentamente.

¿Puede haber alguien que haya concebido jamás teatralidad semejante? ¡Un comicio de 40.000 hombres a las cuatro de la madrugada! ¿Puede darse muestra más bella de adhesión, de amor y de confianza sin límites? Así, de esa forma, el día vino a nosotros luego de la horrible, la oscura noche de la espera y... de la esperanza. Y de 40.000 muchachos brotaron potentes y gozosas, en aquella madrugada, las solemnes notas del himno alemán.

TÁCTICA DE TIRA Y AFLOJA

La capacidad de los hombres de Estado se ha demostrado siempre como signos distintivos en la firmeza de sus convicciones y en su movilidad política. El secreto del éxito está en la forma como un político sepa conjugar ambas cualidades de manera que no se excluyan sino que ambas se completen.

En Adolfo Hitler estas dos cualidades –ambas en grado sumo– están unidas felizmente. Junto a su intransigencia en lo fundamental y el enorme poderío de su voluntad, posee la cualidad de una reflexión que sopesa fríamente sus actos, la inteligencia de hombre de Estado y la elasticidad política, constituyendo uno de los más destacados atractivos de su personalidad. A pesar de su naturaleza de hombre férreo, Adolfo Hitler, una vez que tiene la certeza de quedar inmune y firme el objetivo fundamental, escoge siempre el camino de menor resistencia.

Luego de las caídas de Groener y de Brüning, la subida de Papen-Schleicher, se presentó con nuevas características; para la lucha, había que adoptarse una verdadera política de tira y afloja.

Nos viene ahora al pensamiento la táctica del cuartel general durante la guerra, el cual entre los años 1917 y 1918, en lugar de la lucha de trincheras, ineficaz y costosa en vidas, que tantos sacrificios inútiles había producido en cada trinchera, en cada pequeño pero mortal ataque, optó por los velos protectores y los contraataques. La posición del Führer en aquel entonces hay que examinarla y valorarla desde un punto de vista similar, en lo que se refiere a su actuación durante las semanas y meses que se sucedieron.

El objetivo de su lucha –obtener la dirección política para el N.S.D.A.P.– quedaba invariable. Sin embargo, mientras no pudieran divisarse posibilidades de nuevas elecciones en el Reich que hiciesen posible, incluso constitucionalmente, la adhesión popular para el N.S.D.A.P. y mientras se mantuviera la prohibición sobre las S.A, no había otro camino a seguir. Lo que importaba era todo objetivo inmediato. Al caer Brüning fue cuando se dio esta ocasión.

Brüning no pudo conseguir "encuadrar al N.S.D.A.P dentro del Estado". El Presidente del Reich eligió a von Papen para lograr este resultado, que aparecía como imperiosamente necesario.

El Führer, que ya el 29 de Mayo se había consagrado, inmediatamente luego de Oldenburgo, a la lucha electoral de Mecklenburgo, en cuanto se nombró a Papen fue rogado por Schleicher que sostenía contacto con el Presidente del Consejo, de trasladarse a Berlín para conferenciar con el Presidente del Reich.

Adolfo Hitler estaba dispuesto a tolerar ese Gabinete, pero esto sólo en tanto en cuanto sus hechos permitieran reconocerle a su vez tolerante con el N.S.D.A.P. La labor de ese Gabinete "de la confianza especial" se dirigió, en primer lugar, hacia la más rápida convocatoria de nuevas elecciones al Parlamento del Reich, la plena libertad de organización y propaganda para los nacionalsocialistas y el levantamiento de la prohibición de las S.A Muchos de nosotros no comprendimos entonces al Führer quien, sin embargo, obró con certera visión y de amplio alcance. Fue más tarde cuando comprendimos el porqué era requisito indispensable de fuerza política la nueva organización y reconstrucción de las S.A y de las S.S.

Al disolver el Reichstag el 4 de Junio, con el fundamento, por lo demás lógico, de que ya no representaba la voluntad popular, al N.S.D.A.P. le asistía toda la razón para esperar que se escogiera el más corto plazo para las elecciones, fijándose para el 3 de Julio o para una fecha posterior, pero lo más próxima a dicho día. El consciente aplazamiento hasta el 31 de Julio, dio a los marxistas ocasión propicia para propagar contra nosotros a los cuatro vientos el tópico falaz e insidioso de "NaziBarones", lo cual nos significó, teniendo en cuenta la situación de las cosas, una pérdida por lo menos de un millón de votos.

Con semejantes intenciones y resultados, fue como anduvo obrando el Ministro de la Gobernación von Gayl, en lo que respecta al levantamiento de la prohibición de las S.A, aguardando a realizarlo hasta el 15 de Junio; aparte de que además fueron saboteadas en Prusia, Baden y Baviera. El Partido (N.S.D.A.P.) no podía pasar por esta primera disposición del Gabinete de von Papen que, sobre constituir una nueva ofensa para el pueblo alemán, como primera medida práctica de los actos de gobierno no ofrecía ni el más mínimo atisbo de cambio fundamental de la política seguida hasta el presente.

Aunque la lucha electoral se dirigiera exclusivamente contra las izquierdas y el centro, el N.S.D.A.P. se vio obligado a ponerse en frente de esa tendencia del Gabinete, a quien el Partido, tal como lo había anunciado, sólo juzgaba por los hechos. Igual obró por el contrario, al rendir tributo al acto de von Papen destituyendo a los Ministros marxistas de Prusia el 19 de Julio.

El 31 de Julio dio al N.S.D.A.P. 13.800.000 votos y con ellos 230 diputados. Exito enorme en verdad, pero aun no decisivo. Este hecho, por la ventaja conseguida, dio de nuevo al

Führer la posibilidad de dar un paso más hacia su gran objetivo. Sin descanso y sosiego, la misma noche del 31 de Julio llamó una vez más a proseguir la lucha.

EL 13 DE AGOSTO

Bien pocas son las fechas, en la gloriosa historia del N.S.D.A.P, que hayan sido de una importancia tan trascendental para la misma Alemania como la del 13 de Agosto de 1932. En esa jornada el Führer salvó al Movimiento por su gran firmeza y carácter, y le dio, al propio tiempo, por su brillante ejemplo de fe en el pueblo, la fuerza interior para poder sobrellevar los fuertes vendavales de los próximos meses, hasta conseguir que por fin el hado del destino le fuese propicio, para obtener el éxito.

Inmediatamente después del gran triunfo del 31 de Julio, que mostró de manera tan ostensible e inequívoca la situación preponderante del N.S.D.A.P, exigió ya de una forma terminante su derecho a la dirección del Estado. En ningún país parlamentario del mundo se le hubiera negado este derecho. Pero desconociendo una vez más la realidad, la burguesía no fue capaz tampoco de comprender y de obrar.

El Gobierno cuya misión específica es dar solución y fijar constitucionalmente la voluntad popular, por de pronto, quedó en silencio.

El Führer se había retirado a los montes bávaros mientras se decidían los acontecimientos. Los dirigentes responsables del Partido se reunieron también allí con él.

El 11 de Agosto le llegó al Führer una llamada telefónica desde Berlín rogándole estuviere el 12 de Agosto en la capital del Imperio para conferenciar y decidir sobre la formación del nuevo Gobierno. Tanto nosotros, como casi toda la opinión pública, que no comprendíamos aún la situación, supusimos que ya no había duda de que la hora de Hitler había sonado. El Führer hizo contestar que no estaría en Berlín hasta el 13 de Agosto por la mañana. De antemano sospechaba ya que sin él nada podría hacerse.

Antes de su partida –al detenerse brevemente en el Chiemsee– nos comunicó en la intimidad, en una conferencia de jefes, su criterio conocido ya por nosotros, de que él para tomar la responsabilidad total de gobernar no se ablandaría lo más mínimo y que rehusaría toda clase de compromisos y medias tintas.

Y. mientras tanto, ¿qué pasó en Berlín? Luego de largas conferencias y de idas y venidas se había llegado al acuerdo de ofrecer a Adolfo Hitler la Vicepresidencia del Gabinete von Papen y así mostrar al pueblo que se hacía caso de su voluntad. Se llamó a Hitler a Berlín para obligarle a que la libertad de movimientos nacionalsocialista quedase sujeta en provecho y ruina, a la suerte de un gobierno cuya dirección y última instancia no quedaban en sus manos. En caso de negativa se movilizaría al pueblo en unas elecciones y con ello contaban que las masas, impacientadas ya y su moral deshecha por tantas y tantas luchas electorales, se pronunciaran contra el N.S.D.A.P.

El 13 de Agosto a las ocho de la mañana el Führer, procedente en auto de Munich, se entrevistó en un suburbio de Postdam con el Jefe del Gabinete, cuyo cuartel general en Berlín era el Savoy Hotel. A las diez se dieron cita en el Ministerio de la Guerra para, en unión con Schleicher, marchar a conferenciar junto con von Papen en la Cancillería del Reich.

Allí fue donde se le mostraron los planes del Gobierno. Adolfo Hitler rechazó inmediatamente las proposiciones. Desechó, al mismo tiempo, como cosa inútil, el trasladarse a ver al Presidente del Reich mientras no se hubiese llegado a un acuerdo. Sólo se decidió a realizar esta visita hasta que el Dr. Frick recibió a medio día de parte del Secretario de Estado de la Cancillería del Reich una notificación telefónica por la que se le manifestaba que el Presidente del Reich no había tomado decisión alguna. No bien regresó el Führer al domicilio del Dr. Goebbels en la Reichskanzlerplatz inmediatamente después de esa visita al Presidente del Reich, en la que mantuvo su exigencia de obtener la dirección de los negocios públicos, cuando ya toda la organización informadora de la Oficina de Prensa del Reich empezó a moverse, puesto que estaba de antemano preparada "confidencialmente" para obrar en consecuencia, según el resultado de las negociaciones. «¡Hitler exige todo el Poder!» «Pretensión inaudita» «¡Reprendido por el Presidente del Reich!» Estos eran los tonos que se lanzaban a los cuatro vientos.

Y la gente lo creyó. E hizo vano todo nuestro esfuerzo de mantenernos firmes en nuestra posición. No intentamos ni tan solo defendernos con nuestra prensa; no hay duda que hubieran sido acalladas nuestras voces. Así, pues, la maniobra triunfó.

Claro está, que sólo por unos momentos. La verdad había encontrado otro abogado mejor: ¡el Pueblo!

Y el Führer, ante la voluntad del pueblo había, rehusado una oferta que a los ojos de la mentalidad burguesa y marxista era seductora, y no se había vendido a ellos ni a su sistema por un par de poltronas ministeriales. Ellos discurrían así: Con sólo una palabra, que haga acabar los interminables trabajos y sinsabores, el Partido se salva de la pesadilla de las luchas agotadoras de todos los nervios. Las S.A libres del mortífero y sanguinario temor de los marxistas. Todo el mundo intentó influenciarle. Y al Führer no le pasó ni un momento por la imaginación el ceder. Permaneció fiel al Movimiento y al Pueblo, viniere lo que viniese.

Su negativa, su ¡No! fue un hecho que debía traer sus frutos. El pueblo, más tarde, le recompensó ampliamente.

El 13 de Agosto, que el pueblo tuvo por un día de luto para el N.S.D.A.P., resultó ser no sólo una manifestación de triunfo del carácter y de la personalidad de Adolfo Hitler, sino que él le sintió instintivamente e inmediatamente como uno de los días más felices del Movimiento. Los que en aquellas horas de la tarde del 13 de Agosto se encontraban a su lado en casa del Dr. Goebbels conocen perfectamente la forma tan clara con que se manifestó esa confianza mientras por el país, los pusilánimes, lo daban todo por perdido.

En aquellos momentos no se sintió precisamente vencido, como todo el mundo creía, sino que por el contrario poseía la alegría de un hombre que se encuentra liberado felizmente de un gran peligro. Tenía plena conciencia de que había hecho fracasar fríamente un intento peligroso de poner fuera de juego por siempre más al N.S.D.A.P. «antes que pudiese

empezar su misión». «Tan solo nosotros podemos llevar a cabo lo que nosotros mismos hemos empezado». Y convencía con fuertes argumentos a quienes se mostraban cansados e impotentes ante elección tras elección, y que hubieran abandonado, hasta con gusto, la necesidad de nuevas campañas legales. «¡Prefiero antes cercar una fortaleza que ser su prisionero!» El que la burguesía no reconociera la posición de pedir todo el poder, para el N.S.D.A.P. no iba en contra de él, sino que constituía la propia perdición de la burguesía. «Algún día diremos que esto debía suceder así».

El Führer, a pesar de todos los derrotistas ante las luchas electorales y a pesar de los argumentos de los que se sentían patriotas "razonables" permaneció en su convicción de que el momento para el N.S.D.A.P. no estaba aún maduro y que su hora no había llegado aún. El Movimiento se había engrandecido por la lucha y sólo luchando podría llegar a conseguir el triunfo sobre sus enemigos deshechos. He aquí lo que era y siguió siendo la solución del Führer. Brotaba de la lógica clara, convincente y contundente de su pensamiento, que siempre me ha parecido ser junto a su grandiosidad característica y el fuego de su voluntad, la más fuerte atracción de Adolfo Hitler.

Cuando subimos al coche en aquella tarde caldeada del 13 de Agosto en la Plaza de la Cancillería del Reich en Berlín y regresábamos hacia el sur, en aquel momento, el pueblo se agolpó alrededor del Führer en medio de la calle, gritando: «¡Así se hace; no hay que doblegarse; hay que permanecer firmes, sin ceder!»

¡La voz del pueblo coincidía con la decisión del Führer!

LA CASA EN EL MONTE

Los montes del Alto Palatinado hace ya tiempo que ocupan un lugar destacado en la historia del nacionalsocialismo. Esos montes están pletóricos de recuerdos para la historia del Movimiento, de los tiempos de sus peores persecuciones, de sus luchas, de sus triunfos. Innumerables son ya los que, llenos de veneración, han ascendido por los empinados caminos de Bertchtesgaden al Alto Palatinado. Cada vez más aumenta la corriente de visitantes desde que saben que el Führer, ya Canciller, ha permanecido fiel al monte.

Adolfo Hitler, Dietrich Eckhart, Hermann Esser y Christian Weber, necesitaban un lugar retirado para sus planes y le hallaron en 1923 en el Alto Palatinado. Era la época de la ley de defensa de la República. Más de un nacionalsocialista buscó y halló con amistad sincera en la soledad del Alto Palatinado, el mejor refugio contra sus perseguidores.

Se le halló sobre Platterhof. Allí fue donde Dietrich Eckhart, propagador y poeta del tercer Reich, reparó sus escritos de la lucha; desde allí, con nombre supuesto, bajaba a los valles para sacar de su modorra, de su ceguera, a los labradores.

Puesto en guardia por Adolfo Hitler, se mantuvo escondido de la policía, en uno de esos refugios de verano que utilizan los pastores en los más altos y apartados parajes.

A menudo, Adolfo Hitler marchaba al Platterhof, en medio de la oscuridad y de las nieblas, para tratar con sus amigos. Con todo, Dietrich Eckhart fue cogido y aprisionado. Enfermo de muerte, corporalmente desecho por las persecuciones y la prisión, espiritualmente abatido por la traición del 9 de Noviembre; así fue como regresó hacia Berchtesgaden. El segundo día de Navidad de 1923, estando presos en la cárcel de Landsberg el Führer y todos sus amigos, Dietrich Eckhart murió allí, solitario. Allí fue donde halló su postrer descanso.

La sencillez del país de Berchtesgaden ha cautivado desde entonces a Adolfo Hitler, el cual, como siempre ha sucedido para hombres de su acusada personalidad y voluntad propia, ha encontrado siempre allí en aquella solitud sosiego y estímulo de su no vivir, de su trabajo agotador. Allí cerca, a sus espaldas, se hallaba la prisión de Landsberg y durante aquella primera época su Partido estaba batido y la prohibición de actos públicos hacía imposible toda propagación pública de su Idea.

Un día, el Führer pudo volver a los montes bávaros. Mientras preparaba la nueva fundación del Partido, escribió, en una pequeña hospedería de Berchtesgaden, en la segunda parte de su libro "Mein Kampf" dedicado a Dietrich Eckhart lo siguiente: «Al que mejor supo dedicar su vida al resurgimiento de nuestro pueblo, con su poesía, sus ideas y por fin con los hechos».

En lo más hondo del Platterhof, junto al monte cubierto por un bosque de corpulentos árboles, se halla la "Haus Wachenfeld" (casa de Wachenfeld), casita montaraz, simpática y sencilla, al estilo de los montes bávaros con una galería de madera a su alrededor bajo el alero de sus tejados. Unas piedras para sostener y proteger el tejado para que la tormenta o la nieve no se lleve a las tejecitas planas de madera. La arista de su agudo tejado lleva a caballo un delicado torreón con su campana. Un comerciante de las cercanías de Hamburgo fue quien hizo construir la casa poco tiempo antes de la guerra.

Una feliz casualidad hizo que "Haus Wachenfeld" estuviera por alquilar, precisamente, cuando Adolfo Hitler regresaba a los montes de la Alta Baviera luego de su encarcelamiento. Adolfo Hitler no dejó escapar la ocasión y a los cuidados de su hermana, la señora de Raubal, se debe que, desde entonces, "Haus Wachenfeld" y la Alta Baviera hayan constituido para él un todo, inseparablemente unidos, de hogar y patria.

¡Cuán a menudo el Führer, incluso durante el año 1932, el de las luchas más empeñadas para la conquista del poder, se ha dirigido desde cualquier parte para encontrarse allí, en su propio hogar, en medio de los montes, aunque sólo fuere por pocas horas! La carretera de Munich al Chiemsee, cruza Bad Aibling y Rosenheim. Los caminantes conocen muy bien la hospedería, admirablemente situada a las orillas del lago Chiem. Allí se tomaba un corto descanso. Desde allí se tiene una vista espléndida y se puede admirar al amplio lago a través de viejos árboles.

Bien cerca ascienden ya las montañas. Por Traunstein y Reichenhall, a través del desfiladero de Hallturm, antes fortificado, la carretera nos conduce a la parte más preciosa de los Alpes alemanes, en el rincón más apartado del sudoeste de Alemania, donde se juntan los montes bávaros con los Alpes de Salzburgo y la frontera discurre marcada por las aristas y picachos de la serranía.

Luego de tres o cuatro horas de camino, nos espera allí en lo alto y en "Haus Wachenfeld", la casita del Führer, el más familiar bienestar gracias a la hospitalidad de la hermana del Führer. ¡Qué bien se está en la gran sala del rincón con sus policromados muebles de estilo aldeano! Por el suelo están tendidas alegres alfombras, que forman un conjunto agradable en el silencio montañoso. Unos pajarillos cantan alegres en sus jaulas, los preferidos de la señora de la casa, y en un rincón tintinea cadenciosamente un antiguo reloj de pie.

La cocina es sencillamente agradable y saludable. La fresca leche, el pan negro de aldeano y los dulces de cocina casera, que el ama de la casa sabe preparar tan deliciosamente, son las comidas que más le encantan al Führer. Luego de las comidas nos retiramos alrededor de la mesa redonda o bien en aquel banco clásico alrededor de la gran estufa de mayólica en un lado de la habitación. Allí, en aquel estado de ánimo tranquilo y propicio a la confidencia, el hilo de la conversación no se pierde ni un segundo hasta bien entrada la noche, y en aquel círculo reducido es donde mejor se piensa, se cavila, junto a fieles amigos, sobre los temas tan queridos del resurgimiento alemán.

En aquella tranquilidad de los montes de la Alta Baviera el Führer muchas veces ha tomado las más importantes resoluciones, ha hallado las mayores decisiones y ha preparado las asambleas de mayor trascendencia.

En sus paseos solitarios el Führer se repone de su abrumador trabajo. El trayecto preferido del Führer va, a través del bosque y de las praderas, hacia Hochlenzer. Scharitzkehl y Vorderbrand. A la orilla del camino y en la ladera del monte sobre Platterhof se encuentra un pequeño monumento con inscripciones de Peter Rosegger y Ricardo Boss; está dedicado al recuerdo de Judit Platter, la señora del Platterhof, heroína de la famosa novela de Ricardo

Boss "Dos almas". Por iniciativa del Führer, se levantará dentro de poco y en la cercana colina entre "Haus Wachenfeld" y Platterhof, un monumento dedicado a Dietrich Eckhart, cuyo proyecto encargó el Führer a un escultor del país.

¡Qué amplio panorama se divisa desde esas alturas! De belleza incomparable es aquel verde oasis formado por la hondonada del valle Berchtesgaden. Le circundan los grandiosos picachos del País que se elevan imponentes y agudos formando la serranía de ingentes rocas espadadas, que tanto quiere el Führer. Luce allí el ventisquero de brillo azulado de Hochkalter; la majestuosa mole de König-Watzmann, que con sus picachos hijuelos eleva su dorso dentado hacia el cielo; aquel monte alrededor del cual tantas leyendas se han tejido, soporta sobre sus cumbres y a pesar suyo la frontera con Austria dividiendo a los dos pueblos de la misma sangre e idioma; y por fin se distingue también la cima de los Reiteralpe, que se yergue detrás del lago Hintersee sobre la Ramsau. Hacia el sur de ese estupendo panorama el camino, por entre las terrazas de praderas y las montañas empinadas cubiertas de bosques de los montes del Alto Palatinado, se dirige hacia las abruptas paredes del Alto Göll. Por detrás de la idílica hospedería de Hochlenzer, brilla a lo lejos la maravilla del lago de König, con sus verdes márgenes serpenteadas entre las estribaciones de los montes agudamente y hendidas por las aguas como los fiordos de los países nórdicos. Más abajo, luego de varias horas de camino, el Führer aparece a menudo inesperadamente, con sus amigos, en la gran sala-restaurante de la casa del maestro marino, entre paisanos y forasteros, con el fin de reponerse un poco para el regreso.

Cuando el Führer llegó a ser Canciller del Imperio, "Haus Wachenfeld" necesitó de algunos cambios por propia voluntad de Adolfo Hitler. Se construyó una entrada para los autos, la terraza se amplió y se edificaron un garaje, una pequeña hospedería, así como un pequeño edificio para la guardia. Estas ampliaciones eran precisas a causa de las innumerables visitas oficiales que el Canciller debía recibir allí, incluso durante sus vacaciones, para celebrar conversaciones de importancia. Pero el espíritu de la casa ha quedado el mismo y en la apariencia exterior, a pesar de los cambios, "Haus Wachenfeld", hasta encaja más, si cabe, con el paisaje que la circunda.

Frente a la casa, ahora como antes, se oyen los murmullos de la vieja fuente que baja de los prados empinados del monte y los tres mastines, Muck, Wolf y Blonda, como buenos amigos del Führer, le dan guardia segura.

LA PRUEBA DE FUEGO DEL MOVIMIENTO

A partir del 13 de Agosto, hasta el gran público llegó a tener la evidencia de la imposibilidad de todo acuerdo del N.S.D.A.P. con el Gabinete de von Papen, cuyo espíritu maligno en realidad era Schleicher.

La terrible sentencia de Beuthen, el 22 de Agosto, por la cual, a causa de un accidente con polacos, se entregaron a la muerte a cinco S.A (policías del Partido), contribuyó, por sí algo faltaba, a esclarecer completamente la situación. En cuanto el Gobierno, hasta entonces aparentemente inocuo, integrado por una coalición de uniones simplemente personales, con el ministro del Interior de Prusia Bracht y junto también con la Stahlhelm y el Partido alemán nacional popular, transformándose en algo oligárquico se preparó a su vez a luchar contra "el enemigo aislado".

Y empezó el período de una táctica de desmoranamiento contra nuestro Partido y al mismo tiempo de atracción interesada hacia las facciones que suponían podían separarnos; algo así, como la política de los parientes hacia el rico que creen va pronto a morir, para captar su herencia. Con ello se presentó, por lo tanto, una de las más terribles pruebas del Movimiento.

Se amenazaba continuamente con la disolución del Parlamento. Aquellos que tenían antes la "idea conservadora del Estado" empezaron a usurpar y apropiarse el acerbo ideológico de nuestro Partido.

Las vetustas momias políticas del pasado, resucitaron y reclamaban para sí sin pudor alguno, los éxitos logrados por nuestras luchas.

Se había arrastrado al Führer hasta frente a un tribunal y allí hacerle jurar la constitución. Y cuando se había de suponer que se cumpliría por todos lo que a él se le obligó a jurar, se presentaron nuevos proyectos de Constitución contra "el Parlamentarismo trasnochado"...

El Führer, empero, no se dejó turbar por nada. Mientras se intrigaba en Berlín, él, lejos de allí, acumulaba nuevas fuerzas en el Movimiento y ante la tumba de sus héroes. Lejos de allí, por todo el país, fue donde halló aquella honda comunión espiritual del Movimiento con el pueblo, que siempre había sido la base de toda su acción constructora.

«¿ Disolución? ¡No nos importa, antes bien, cien veces encantados! Triunfaremos. No pierdo la serenidad. Mi voluntad es incommovible y mis ánimos y aliento, resisten más que los de mis contrarios. Día llegará, en el que no sólo el Parlamento alemán, sino que toda Alemania lucirá el color pardo de nuestras camisas. ¡Si no lo queréis creer, lo vais a soportar!» Así reaccionaba entonces el Führer.

Mientras tanto la fuerte minoría parlamentaria de 230 diputados emprendió a su vez la ofensiva. El 30 de Agosto, Löbe, el emboscado de la guerra tuvo que ceder su sitio a Hermann Goering, soldado del frente. Goering tuvo así, con la nueva presidencia del Reichstag, ocasión de manifestarse y de presentar "posibilidades de labor práctica" para oponerse a una prematura anulación del Reichstag.

Por medio de una estratagema maestra, como si hubiera sido jugada sobre un tablero de ajedrez, dirigida por el Führer con rapidez y sorpresa máximas desde el Palacio del Presidente del Reichstag, contiguo al Parlamento, en aquella su sesión memorable que sólo duró veinte minutos, del 12 de Septiembre, Goering consiguió parar certeramente un golpe de sorpresa del Canciller. Y saliéndole el tiro por la culata, el Gobierno fue abatido con una votación de censura por 512 votos, contra sólo 42 a su favor, sin que ni tan siquiera tuviera tiempo, no de impedirlo, sino de darse cuenta de ello. Voto de censura cuyas consecuencias formales, aunque no podían preverse, puso plenamente de manifiesto ante el mundo entero que ese Gabinete era un gobierno sin pueblo, sin masa alguna.

Papen, sin embargo, no dimitió. El Presidente del Reich disolvió al Reichstag. El 17 de Septiembre el Gabinete acordó fijar la fecha del 6 de Noviembre para las nuevas elecciones.

Cuando nosotros, el 11 de Octubre empezamos nuestro cuarto crucero aéreo a través de Alemania, el Führer estaba convencido que se hallaba metido en la más difícil de las luchas electorales que jamás había soportado el Partido alemán nacionalsocialista de obreros. La lucha del año 1932 había llegado a su más decisiva fase estratégica.

El 31 de Julio el N.S.D.A.P. estuvo en el cenit de su crecimiento. Desde entonces, desde hacía dos meses y medio, la lucha oscilaba, sin que se llegase a fase alguna decisiva, y sin que ni tan solo pudiera preverse. La masa de los electores no podía hacerse cargo de la verdadera situación. Todo el mundo nos era contrario. La avenida no podía contenerse. Había que recelarse y estar prevenidos contra la descomposición espiritual y física de los elementos poco firmes. Las pérdidas en número no tenían que preocuparnos. Sin embargo, si la falta de valor se extendía podría desembocar en una catástrofe.

Hitler vio con meridiana clarividencia que, en esa fase de la lucha, caracterizada por el desasosiego y hasta el abandono del espíritu combativo, lo que había de garantizar el feliz desenlace era, ni más ni menos, como siempre, una gran perseverancia y el más potente poder de decisión. Contaba con ello de antemano. Puesto que poseía ese poder de firme decisión previó el resultado final con seguridad matemática, mientras... el Movimiento aguantase firmemente.

La fidelidad que el Movimiento conservó hacia su Führer en esos meses sobrepasa todo querer. Entonces fue cuando el Führer cosechó la recompensa

del 13 de Agosto. ¡Nobleza obliga! En todas las 50 grandes asambleas y manifestaciones de esa lucha electoral, vimos esa fidelidad reflejada en las fanáticas aclamaciones de las masas y en los ojos todos llenos de pasión y entusiasmo. ¡No cabía duda alguna de que el pueblo permanecía fiel a Adolfo Hitler! Con certeza y convicción íntima pude yo mismo, cuatro días antes del 6 de Noviembre, anunciar públicamente esta realidad.

El 6 de Noviembre esta fidelidad de nibelungos desmoronó por completo todas las esperanzas electorales de nuestros contrarios. Y lo que entonces pareció a muchos una derrota, en realidad constituyó un clamoroso éxito. Bajo las circunstancias más difíciles que concebir se puedan, bajo una presión que organización política del mundo hubiera podido soportar, el Movimiento se mantuvo en pie, permaneció incommovible. De las críticas horas de su lucha salió más que nunca fortificado interiormente, con sus 196 mandatos.

El N.S.D.A.P., el Partido alemán nacionalsocialista de obreros había pasado ya por su prueba de fuego. Para el Führer este hecho constituyó la prueba más inequívoca de que podía contar con él para todo, sucediera lo que sucediese.

Lo que siguió fue ya consecuencia obligada y quedó asegurado bajo la mano maestra, política y táctica de Adolfo Hitler.

LA JUVENTUD BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ GAMADA

Juventud y nacionalsocialismo están unidos entre sí por esencia y, en fin de cuentas, no son más que dos expresiones de un mismo concepto. La juventud es lucha hacia un nuevo y progresivo modo de ser. Nacionalsocialismo es la voluntad organizada de la juventud. La juventud alemana y el Movimiento nacionalsocialista son una sola cosa, en lo interior, como la primavera y la naturaleza surgiendo a nueva vida.

Sobre la juventud alemana de la postguerra se cernía como la mayor de las cargas la presión espiritual y moral del Estado abúlico novembrino y la pérdida de todo sentido de esperanza nacional. Así pues, con el nacionalsocialismo esa juventud alemana, cuya cuna había sido mecida entre el estruendo de la guerra y a cuyo oscuro porvenir no alumbraba ningún rayo de luz, experimentó la nueva forma de contenido vital, racial, en la cual se abocó y le proporcionó las fuerzas que le permitieran su irrupción y expansión hacia nuevos horizontes y perspectivas. No es de extrañar, por lo tanto, que el grito de diana lanzado por Adolfo Hitler prendiera en los corazones de la juventud alemana, como en el campo más abonado, más fructífero, ni tampoco es de extrañar que la juventud alemana – antes de que la burguesía amodorrada pudiera comprender de lo que se trataba– se fuera en masas compactas al Frente pardo, para ser los paladines del honor alemán y de su resurgimiento.

"Quien tiene a la juventud, posee el futuro" dice acertadamente un refrán político. Y la gente se pregunta, porqué nuestros enemigos liberal-demomaxistas que tenían continuamente esta sentencia a flor de labio, no pudieron conquistar ni a la juventud, ni al futuro. La razón es obvia. Y ello es porque esos eternos retrógrados con la observación superficial de las cosas no estaban en situación para poder comprender el íntimo concepto de esa frase. Quien tiene a la juventud posee el futuro. ¡ Cierto! Pero no es menos cierto que sólo quien posee el futuro puede también tener a la juventud. El futuro del país está encerrado en la idea nacionalsocialista, en el joven Movimiento del nacionalsocialismo surgido espontáneamente del pueblo y destructor de todas las formas caducas de los partidos. Nuestra juventud, con su anhelo hacía lo nuevo y su sentido instintivo, comprendió rápidamente la importancia decisiva de nuestro Movimiento para el futuro, y la grandiosidad del principio de caudillaje que en sí encierra.

La juventud se fue con Hitler, porque sabía que ella, y con ella nuestro pueblo, se veían representados, corporizados, en él. Así es que no es de extrañar, que ostente con tanto orgullo su titulo de "Hitler Jugend", Juventud hitleriana.

El propio Führer ya desde un principio consideró a la extraordinaria importancia de la Juventud como el valor más grande para el Movimiento. Las viejas generaciones habían caducado, sólo una generación joven, no corrompida por el ponzoñoso veneno de la ideología y manera de ser de aquellas capas llamadas superiores era lo que podría cargarse a Alemania sobre sus espaldas y conducirla hacia un nuevo objetivo. El idealismo, libre de toda ajena presión y sin deformación alguna, de la juventud alemana, constituyó la corriente de la fuerza vital que pudo levantar a toda la nación de su letargo y producirle el resurgimiento general.

La fogosa juventud era el elemento aglutinante en la Idea nacionalsocialista, mediante la cual era ya posible la nueva existencia, el nuevo ser, de la nueva y joven Alemania.

El Führer dedicó en todo momento una atención especialísima a la atracción organizada y a la compenetración de la juventud. Así, pues, para la formación de la Comunidad del pueblo alemán, que empieza en la niñez y acaba en la senectud, se atrajo a la Juventud desde ya sus más tiernos años. El Congreso de la Juventud del Reich, celebrado el 2 de Octubre de 1932 en Postdam, al que acudieron más de 70.000 muchachos y muchachas hitlerianas, será para siempre uno de los recuerdos que con mayor orgullo puede conservar la Juventud nacionalsocialista de la época de las grandes luchas. La jornada triunfal de la Juventud alemana tuvo lugar en el Estadio de Nuremberg el 2 de Septiembre de 1933 y constituyó la coronación del trabajo incansable de la luchadora juventud, la cual, en el porvenir, con la ayuda del Estado, del Estado que es el de la propia juventud alemana, encontrará su continuidad. La juventud organizada en "Pueblo juvenil", "Juventud hitleriana", "Unión de muchachos alemanes", "Unión escolar" y "Unión de estudiantes" hoy en día reunidos en una "Jefatura de la Juventud del Reich" bajo la autoridad del benemérito organizador de la juventud Baldur von Schirach, constituyen las células para la instrucción y la educación política de la juventud alemana en el ideario y en el espíritu del nacionalsocialismo.

«La juventud debe ser conducida por la juventud misma». Esta es la sabia sentencia que Adolfo Hitler ha visto con justa perspicacia psicológica, por cuyo desconocimiento nuestra burguesía, con su "instrucción de la juventud" ha sufrido duramente y justamente las consecuencias.

¿ A qué conducen ahora los gemidos y lamentaciones sobre la "politización de la juventud" cuando bien sabido es, que su descuido fue una de las razones principales de la sorda caída, sin pena ni gloria, del Estado pasado? Lo mejor es educar a la juventud con la nueva ideología del Estado, para la nación, desde su más tierna infancia, que dejarla abandonada y desvalida, sin apoyo alguno ideológico y político a influencias y seducciones ajenas al sentido patriótico. El nacionalsocialismo ve en la educación ideológica y política de la nueva concepción de las cosas, una necesidad vital para el pueblo alemán, que el Führer jamás se dejará arrebatar.

Sin embargo, no hay en ello sólo un lógico interés político del Estado, sino que quizás obra con mayor fuerza aún una inclinación del Führer, de raíz popular humana, que le lleva a valorar y a querer en muy alto grado a la juventud alemana. La juventud alemana, y esto puedo deducirlo por mi propia experiencia, constituye el rayo de luz que anima continuamente la ardua y rica labor de Adolfo Hitler. Miles y miles de veces he podido observar el goce puro y la felicidad que experimenta el Führer al presenciar los niños alemanes. Cuando en las asambleas le dedican sus saludos y le ofrecen flores, cuando irrumpen sobre nuestro coche con gritos de alegría, en nuestros viajes. «¡Cuánto me gustan esos niños radiantes y esas rubias niñas!», nos dice a menudo el Führer cuando nos hallamos en medio de esos, como enjambres, de cabecitas infantiles.

Si se encuentra por las carreteras a un grupo de jóvenes o de muchachas hitlerianas, rarísima es la vez que no se detiene para obsequiarlos en algo que aumente sus provisiones de excursión. Ante la juventud reacciona siempre gozosamente. Cuando alcanza a los cuadros de la juventud hitleriana que marchan en formación o cuando nos salen al paso, camino de una manifestación, la faz del Führer se ilumina y entonces es cuando sus ojos claros y azules muestran un goce especial. El espíritu de adhesión de la juventud al Führer es recíproca. Adolfo Hitler quiere a la juventud alemana tanto como la juventud le venera a él.

El caudillo de nuestro pueblo encuentra en la juventud alemana toda la esperanza y confianza y en ella ve la continuidad de la vida y la garantía vital de nuestro futuro y de nuestro pueblo. Y por ello es lógico que la juzgue también bajo el punto de vista de realidad popular y racial. Hace poco observaba lo siguiente: «No viera el futuro de Alemania tan firme y seguro, si no tuviéramos una raza que nos da niños tan hermosos». El Führer tiene la convicción por sus propias observaciones de que racialmente el pueblo alemán se mejora cada día más.

El nacionalsocialismo se basa en la convicción de que sólo la juventud es la que lleva consigo el futuro, como expresión clara de la impetuosa voluntad revolucionaria del Movimiento. Y por esta razón la eterna corriente de juventud que nuestro Movimiento ha atraído y que de continuo alienta y renueva con su querer, no debe de pararse nunca. Así es que, si se diera el raro caso de que algún jefe desmayara en sus energías, otros jóvenes saldrían a la brecha para sustituirle y empuñar de nuevo la bandera. Pero, tengamos bien en cuenta lo siguiente: Aunque alguien fuera acreedor de servicios imperecederos para el Movimiento por su comportamiento o su labor de vanguardista en una de sus épocas decisivas, no por ello tiene derecho a reclamar un premio tal para sí, que pudiera entorpecer, ni rozar lo más mínimo, la impetuosa marcha hacia adelante, hacia el gigantesco objetivo nacional del Movimiento. Nunca se ha dado tal caso en la práctica pero, por principio, este hecho no debe, ni tan solo una vez, discutirse siquiera.

Las fuerzas jóvenes, de potente fuerza de voluntad, que empujan desde abajo, que encierran valores, capacidades en ciernes, deben de encontrar siempre y en todo momento abierta la puerta en cuyo dintel se lea la leyenda: Eficiencia. Mientras para los demás la inacción no es más que sentido retrógrado, sensibilidad y muerte, el nacionalsocialismo proclama en cambio, gozoso, a todos los vientos y en todo momento, los derechos de la Juventud.

Pero, la mujer alemana cuya misión específica está al lado de la juventud alemana, en el Nuevo Estado tiene que desempeñar una labor especialísima. Las mujeres alemanas han comprendido perfectamente su nueva misión de la cual han dado ya muestras inequívocas durante las actuales luchas, con su fidelidad incommovible, su abnegación sin límites y su adhesión incomparable para con el Movimiento libertador de Alemania.

Las mujeres son las mejores propagandistas del Movimiento nacionalsocialista, especialmente allí donde reside su campo de acción más apropiado y el de mayor trascendencia e importancia para el Movimiento: en la Juventud y en la Familia. Hay que repetirlo una vez más. El Führer ha expresado muy a menudo y con meridiana claridad el especialísimo alto concepto que tiene de las mujeres. Sabe perfectamente lo que debe el Movimiento, precisamente a las mujeres, por constituir el elemento contrario, más firme que una roca, no contagiado lo más mínimo por clase alguna, de aquel intelectualismo movedizo e insustancial.

«Las mujeres han sido las que muy a menudo han sido precisamente las salvadoras del Movimiento», nos dijo el Führer una vez, cuando, movido su interior por tanta adhesión y fidelidad como recibía de las mujeres, me habló de ellas. Y hasta añadió:

«Sin la ayuda de las mujeres, en 1924, luego de mi encarcelamiento, no me hubiera sido posible, en absoluto, organizar de nuevo al Partido». En aquellos tiempos en los cuales tanto abundaban las defecciones políticas y personales y en las que el intelecto de los hombres se tambaleaba en crisis de desorientación, las mujeres, con sus firmes creencias y su perspicacia innata, dieron al Führer pruebas inolvidables de su fidelidad a la idea del nacionalsocialismo.

Y cuando ahora, precisamente, en los momentos en que son las mujeres alemanas en las que mayor aplauso se encuentra para Adolfo Hitler y para el Movimiento nacionalsocialista a pesar de que, muy injustamente, se les achaque falta de dirección política, se pone precisamente de manifiesto que las mujeres alemanas, de acuerdo con su interior manera de ser, no desean en absoluto tomar parte activa en la política y además, que ellas nunca se han hallado a gusto en esas actividades políticas. Tanto Adolfo Hitler como el Movimiento han conquistado el corazón de las mujeres alemanas porque el nacionalsocialismo ha impuesto de nuevo el heroísmo y la disciplina al pueblo alemán, porque ha instituido de nuevo el derecho a la vida de la juventud alemana, la libertad y la dignidad de la Nación. Y así llegamos a la conclusión de que, en realidad, el porvenir de Alemania está en las manos de la mujer alemana, pues ella es la que debe cuidar de la educación de sus hijos.

Así, pues, hemos de edificar todos en nuestro interior un monumento a la mujer alemana desconocida que cree en Hitler y que tan valientemente labora y vela por su alta misión alemana.

INTERMEZZO

Las consecuencias públicas del 6 de Noviembre no se dejaron esperar. A consecuencia de la situación cada vez más insostenible política y económicamente el clamor público hacia Hitler fue cada día más y más potente. El Gobierno también le llamaba; pero a su manera. Los deseos de negociación que el Gobierno se apresuró a publicar, dirigidos «a todos aquellos que estuvieran dispuestos a trabajar con él» fue algo así como si unos mensajeros con bandera blanca, al ir a parlamentar, se les ocurriese invitar a los enemigos triunfantes a ponerse bajo la jefatura o el caudillaje de su general vencido.

El 13 de Noviembre Papen solicitó de nuevo negociaciones habladas con el Führer. Adolfo Hitler contestó rehusando. Lo que le importaba era salvar a Alemania, no al Gobierno. ¡ Lo del 13 de Agosto no debía repetirse!

Incluso la retirada de Papen el 17 de Noviembre con lo cual la decisión política pasaba precisamente sólo a las manos del Presidente del Reich, no engañó lo más mínimo al Führer sobre la situación real. Cuando el mismo día fue invitado telegráficamente por el secretario de Estado Meissner a visitar al Presidente del Reich el 19 de Noviembre, Adolfo Hitler ya estaba pertrechado con la experiencia de los últimos meses. Ordenó, por lo tanto, que todas las negociaciones se llevasen por escrito.

Los hechos que se sucedieron del 19 al 23 de Noviembre los conoce ya el público en gran parte por el éxito de la tan oportuna publicación de los documentos originales. El 19 de Noviembre a las 11,30 de la mañana el Führer se hallaba con el Presidente del Reich. Cuando, en medio de las aclamaciones de las masas, abandonaba la vieja cancillería del Imperio, todo el mundo esperaba un Gobierno Hitler.

El Führer sabía que las cosas debían tomar otro giro. En nuestro cuartel general del Hotel Kaiserhof nadie dudaba. Y el Dr. Schacht, Presidente de la Reichsbank, escribía entonces: «Si Hitler no es ahora Canciller, lo será dentro de cuatro meses».

El lunes 21 de Noviembre a las 10,30 de la mañana tuvo lugar la segunda conferencia con el Presidente del Reich. Goering, Presidente del Reichstag, regresado apresuradamente en vuelo record de Roma, aprovechó mientras tanto aquel domingo para tener un esclarecimiento informativo de la situación con los partidos.

El cambio de cartas que siguió a esas conversaciones entre el Führer y la Secretaría del Reich, puso de manifiesto la evidente superioridad de Adolfo Hitler frente al Gobierno. Este cambio de cartas constituye una documentación histórica.

Puesto que las negociaciones amenazaban degenerar en disquisiciones de los contrarios llevadas al campo de la juridicidad constitucional, Adolfo Hitler el 23 de Noviembre se decidió a cortar el nudo gordiano por medio de un Memorial al Presidente del Reich, en el

cual le ofrecía con claridad meridiana y con proposiciones bien delimitadas la formación de un gobierno bajo la responsabilidad de su Jefatura.

Eran exactamente las mismas razones y fundamentos político-sociales y los mismos principios jurídico-estatales, con los cuales el Führer formó dos meses más tarde el gobierno del resurgimiento nacional. Entonces el Presidente del Reich creyó que debía rehusar aún esas proposiciones.

Esta vez, sin embargo, el juego de la táctica de sus contrarios, cuyo máximo exponente manifestaba ser cada vez más el general von Schleicher laborando en la oscuridad, se encontró barrido su paso ante la opinión pública. Ciertamente que la oficina de prensa del Gobierno del Reich, intentó hasta los últimos momentos evitar la publicación del cambio de cartas con taimadas advertencias en el Hotel Kaiserhof invitando a aplazarlas hasta que la prensa estuviese convenientemente "informada". Pero todo en vano. Entonces, mediante una convocatoria rapidísima de la prensa, pudimos poner al Gobierno verdaderamente en el más terrible aprieto.

Los documentos originales los entregamos a la prensa en el mismo momento en el que se mandaba la última de las tan concluyentes cartas de Hitler al piso de Wilhelmstrasse. El mundo pudo sacar por sí mismo las conclusiones. ¡Adolfo Hitler quedaba justificado ante todo el País!

Y el Führer, con una visión verdaderamente profética, el 26 de Noviembre, al regresar de Berlín a Munich, predijo lo siguiente:

«Se formará un nuevo gobierno muy parecido al anterior, con sólo modificaciones de su estructura exterior, pero con el mismo espíritu. Y dentro de pocos meses el desenlace será peor que su mismo principio. Entonces será venido el momento en el que seremos llamados por tercera vez».

EN EL HOTEL KAISERHOF

El nombre de este hotel de la Wilhelmsplatz de Berlín está ligado indestructiblemente, tanto a la historia del Partido alemán nacionalsocialista de obreros (N.S.D.A.P.) como a la lucha decisiva por el poder. Hasta los niños lo sabían: Aquí fue donde el Führer levantó su "cuartel general", tantas fueron las veces durante los últimos años en que fue requerido a trasladarse a la capital del Reich para conferenciar con los altos departamentos del Reich.

«¡Adolfo Hitler en el Hotel Kaiserhof!» Cuando los periódicos aparecían con estos grandes titulares, toda la opinión pública, todo el mundo sostenía su aliento y no había un momento de tranquilidad a ambos lados de la Wilhelmstrasse. Y cada vez se reemprendían las duras luchas del Führer con sus enemigos.

¡Cuánto se ha escrito ya sobre el Hotel Kaiserhof! ¡Y cuántas conclusiones de la mayor trascendencia se tomaron allí, cuántas no fueron las importantísimas decisiones que entre sus muros se produjeron!

La prensa nacionalsocialista seguía el desarrollo de los acontecimientos con la necesaria reserva y con la mayor disciplina, mientras tanto que esos no hubiesen madurado y entrado a la categoría de publicables.

Pero, para la prensa contraria esta «Mansión de primera categoría» –puesto que el Führer nunca hizo caso de lo que dijera la prensa del sistema– le dio materia abundante para sus campañas de escándalo. No bien había llegado el Führer al Hotel Kaiserhof, cuando ya se ponían en juego intrigas, fantasías y combinaciones; cuando se inventaban las más burdas mentiras, lanzándolas a la gran publicidad, con lo cual se esperaba que se podía modificar en contra nuestra el curso de los acontecimientos.

Los periódicos de aquellos partidos cuyos petulantes poncios pueblan ahora los más lujosos hoteles internacionales de Suiza y de la costa francesa del mediterráneo, no se cansaban de repetir como un estribillo: «El caudillo de los trabajadores en el Hotel de lujo».

¿Cuál fue la razón porque el Führer escogió este Hotel para su lugar de trabajo y de cuyo confort y comodidades modernas, tan poco uso podíamos darnos el gusto de disfrutar? No es precisamente la atmósfera de un sitio tal la que, ni a nosotros ni para el mismo Führer era razón. No fueron más que razones de un orden puramente práctico las que nos movieron a elegir ese cuartel general.

En primer lugar, el Führer, en ese momento de la lucha se debía a su Movimiento, y por lo tanto tenía que tener en cuenta la mentalidad de las personas con las cuales tenía que tratar y acomodarse a su constitución psicológica. El Hotel Kaiserhof, en este sentido, era "representativo".

Pero además, y esto era una razón muy importante, la situación del Hotel Kaiserhof, simbolizaba claramente la lucha ideológica de ambas antípodas, la lucha final de la nueva Alemania contra el sistema decrepito. Desde su habitación de trabajo, Adolfo Hitler veía, enfrente, al otro lado de la plaza, de la Wilhelmsplatz, la vieja Cancillería del Reich, en la que se construían las minas opuestas; en la que, con astucia y perfidia, no se pensaba en otra cosa que hallar la forma de ver cómo se podían mantener cerradas las puertas del Poder al impetuoso Movimiento.

Con el mismo clamor con que Roma gritaba, llena de terror y de miedo: «Annibal ante portas», de semejante manera se recibía la noticia de que Hitler había traspuesto la puerta del Hotel Kaiserhof y se hallaba allí, de nuevo frente a ellos. El cuadro externo en el que se desarrollaban las negociaciones, muestra un paralelo extraordinario. Adolfo Hitler estaba ante las puertas –no de Berlín, al que tiempo hacía que había conquistado interiormente– sino que ponía cerco a la puerta de la casa, desde la cual Bismarck había regido al Reich alemán, para tomar posesión de ella.

Para la completa tranquilidad de la policía y de todos los elementos del poder de aquel Estado, existía aún una última razón en favor del Hotel Kaiserhof. Este estaba situado dentro del casco de la población. El Führer que, dentro de su Hotel, trabajaba día y noche y

que se hallaba batallando frente a las más abrumadoras y decisivas resoluciones que debían prepararse por medio de muy importantes conversaciones, no podía ni quería provocar ninguna clase de demostraciones. Tenía la obligación de procurar no ser perturbado en sus trabajos, ni por motivos marxistas, ni por los aullidos de cualquiera de las hordas comunistas.

Ahora podemos ya preguntarnos: ¿Cómo era ese "Cuartel general", cómo se desarrollaba ahí nuestra vida, por ejemplo, en una de esas grandes jornadas de lucha? La podemos comparar a un verdadero campo de combate. Todo llevaba un sello de provisionalidad. Tal era la sorpresa con que aparecíamos como la rapidez con que nos marchábamos. Varias veces sólo tomábamos habitación y parábamos allí sólo unas horas. Muchas veces hubo que hacer las maletas en contadísimos minutos.

Aún hoy recuerdo perfectamente aquel día en el que, diez minutos antes de la partida del expreso de Munich, abandonábamos con una prisa enorme el hall del Hotel y subíamos apresurados a los coches para llegar a coger el tren ya en marcha.

Durante las estancias en esa casa, el Führer rara vez descendía de sus habitaciones de trabajo, a la mesa redonda colocada al final del amplio corredor de la planta en aquel rincón del lado derecho reservado para su acompañamiento y visitas. Normalmente tenía sus habitaciones en el piso primero, donde generalmente también comía.

En la habitación de recibo del Führer se sucedían las conferencias sin interrupción hasta bien entrada la noche. El teléfono, en la habitación contigua, no paraba un segundo. Sin descanso se llamaba y se recibían llamadas de los más apartados rincones. La centralilla del Hotel, no conoció nunca actividad mayor. Su personal rendía una labor extraordinaria y se tomaba el trabajo con tal interés que rara vez teníamos que esperarnos en balde.

El hall del Hotel, mientras tanto, rebosaba vitalidad. Era un ir y venir continuo. Las gruesas alfombras amortiguaban los pasos. La gran puerta giratoria rodaba sin descanso. Los jefes del Movimiento entraban y salían, mientras los enlaces del gobierno, las visitas de la diplomacia y de la economía se hacían anunciar. En su habitación, en la planta, el ayudante del Führer, su jefe de prensa y otros miembros de su secretaría arreglaban las visitas. Se había preparado una oficina primitiva, con máquinas de viaje y sus teclados sonaban sin interrupción.

Los representantes de la prensa extranjera visitaban el Hotel en gran número. La prensa del sistema había movilizado sus más listos reporteros. En ocasión de las fases más decisivas de la lucha se convocaban en el Kaiserhof reuniones de prensa que eran concurridísimas.

A causa de esa labor a alta tensión a menudo se nos pasaban por alto las comidas y permanecíamos todo un día en ayunas. Estábamos en Berlín y no veíamos nada de la ciudad. Podía suceder hasta que permaneciéramos una semana entera sin salir de las entrañas de esa mole de piedra Sólo luego de media noche y avanzada la madrugada nos podíamos retirar a descansar.

Con superioridad y seguridad de sí mismo, el Führer dominaba con fría tranquilidad cada hora, teniendo en sus manos todos los hilos. Mientras la prensa del sistema andaba fantaseando en los momentos críticos sobre supuestos "graves conflictos", "escenas turbulentas" y "nerviosismo" en el Kaiserhof pretendiendo hacer ver que Hitler se rompía

inútilmente la cabeza, él, permanecía impasible en su habitación. Permanecía inmutable al servicio y para el bien del Pueblo y era el único que podía conocer la verdadera situación, el único que reconocía inmediatamente sus verdaderos y falsos amigos y que se daba cuenta inmediata, para tomar sus decisiones, de lo que mejor convenía en interés del pueblo.

Y después de todo, después de tantas estancias, de tantas negociaciones, no se llega nunca a una plena decisión, hasta que por fin el 30 de Enero de 1933 el Führer, desde allí, atravesando el corto camino que lo separaba, atravesó la Wilhelmsplatz hacia la Cancillería del Imperio entre las estruendosas aclamaciones de la multitud. Se había roto el cerco y rendido la fortaleza. Las puertas estaban abiertas ya, de par en par.

CÓMO DICTA EL FÜHRER

He convivido con Adolfo Hitler como luchador, como estadista y como hombre y sin embargo nunca he visto la potencia de su personalidad en su más clara y característica expresión como en las horas en las cuales concibe y redacta sus grandiosas y decisivas manifestaciones político-estatales.

Las exposiciones de gobierno y otros manifiestos similares político-estatales de los predecesores en las funciones de Canciller, desde el Estado novembrino, llevaban siempre el sello más o menos claro de todo trabajo confeccionado por varios departamentos, en los cuales se trasluce la mano de numerosos colaboradores.

Hoy en día, sin embargo, existen aun muchos alemanes que creen a pie juntillas que el contenido y la forma de las exposiciones de factura tan real mente maestra, tanto las programáticas de gobierno como otras importantes, no son exclusivamente el producto de su propio intelecto, sino que al propio tiempo contienen también aportaciones de colaboradores oficiales y no oficiales.

Al salir al paso y oponerme a ese erróneo criterio, basándome en mi personalísimo conocimiento y experiencia sobre la manera de trabajar del Führer, espero poder aportar una contribución inédita para completar la exposición de los trazos de la personalidad de Adolfo Hitler, a cuya labor, por lo demás, están destinadas estas páginas.

Puedo afirmar rotundamente que los manifiestos y las proclamas de Adolfo Hitler, tanto como Führer como Canciller, son producto y son obra personalísima suya ¡desde la primera a la última línea!

Adolfo Hitler posee una manera del todo especial, personal, característica de escribir y de dictar. Corresponde plenamente a la naturaleza creadora de su ser y queda con impresión imperdurable a todos quienes tienen la suerte de acompañarle y hallarse junto a él en el círculo reducido con ocasión de la concepción, del desarrollo y de la formulación de sus conclusiones políticas.

La audacia de la idea y la fuerza penetrante de sus pensamientos, con lo cual el Führer domina y abarca los más arduos problemas cuya resolución depende de su responsabilidad, causa siempre admiración renovada. A menudo las ideas le vienen de pronto, impulsivamente, en el transcurso de cualquier conversación. Otras veces, lucha alrededor de los problemas, los ataca largamente en su más hondo, pero siempre sintiéndose seguro y triunfador de sí mismo, con la seguridad moral que posee sobre la solución, que halla irremisiblemente en cosa de un momento.

Una vez poseída la solución en principio y bien concluida la faceta operativa táctica, entonces es cuando el Führer se pone a dictar su trabajo a máquina y a exponerlo y desarrollarlo de un tirón.

Sólo es posible esto, evidentemente, mediante la inconcebible capacidad de concentración psíquica que posee y que se requiere además para realizar un tal dictado que, abarcando y teniendo en cuenta todos los factores políticos, tenga por materia la tan delicada de una sintética declaración de problemas de gobierno.

En aquellas horas durante las cuales el Führer dicta sin ser molestado en sus habitaciones privadas, es cuando se muestra de manera más patente la fuerza creadora de su personalidad.

Es entonces cuando surge ante nosotros la expresión de la potencia espiritual de concentración y de presencia ante lo total. Brotándole y empapado de sus ideas, asidas todas en su interior, el Führer, mientras dicta, suele cruzar su habitación, y de esta manera fluyéndole las ideas las convierte, como jugando, en palabras y frases y las construye en períodos de manera maravillosa, sin herir lo más mínimo y en un perfecto estilo. Y tal como los dicta, con sólo una corta revisión, los trabajos del Führer pasan a la publicidad.

Esta pequeña muestra del laboratorio espiritual del Führer es plenamente característica, típica de la personalidad y de la clase y manera de su trabajo.

Si todo el pueblo alemán, e incluso el mundo entero, admira hoy en día la manifestación de la obra maestra de Adolfo Hitler como estadista, bien se nos puede permitir señalar modestamente, que el Führer no empezó a desarrollar sus facultades y su rendimiento, precisamente, desde que alcanzó la Cancillería del Imperio, sino que las poseía con anterioridad.

Hoy sigue siendo lo que en todo momento fue durante los años de lucha, como Führer del N.S.D.A.P.

Los manifiestos y proclamas llevan todos el mismo espíritu desde hace catorce años y contenían entonces la misma fuerza psicológica de convicción que hoy en día.

El hecho de que no alcanzaran a ser escuchados durante largo tiempo por los oídos del pueblo alemán y del mundo entero, no estriba en el cambio operado en la persona de su creador, sino en la inferioridad de aquellos, que, poseyendo el poder, impedían que llegasen al pueblo alemán esas manifestaciones de la voluntad de un político genial y son los que hoy admiran lo que ayer menospreciaban.

Lo que hoy en día a nosotros, nacionalsocialistas, nos llena de orgullo y satisfacción constituye para los demás una lección para el futuro.

¿DÓNDE ESTÁ HITLER?

En la historia del parlamentarismo podemos observar en seguida que la mentira política ha desempeñado siempre, en todas las épocas, un papel muy importante. Sin embargo, hasta el presente nunca se había vivido un período como el transcurrido durante los trece años de lucha, durante el cual la acumulación de mentiras y calumnias de nuestros enemigos contra el despertar de la nueva Alemania fue tan grande como jamás se había conocido.

Y, ¿i es que puede existir ni uno solo de nuestros camaradas nacionalsocialistas a quien aun hoy en día no le hierva la sangre de coraje, al recordar aquel torrente de mentiras en las informaciones de la prensa, aquel verdadero rugir de odios que, día tras día se lanzaba como en tormenta de piedra y granizo sobre el Movimiento nacionalsocialista y sus jefes!?

No ha habido prensa, en el mundo entero, que haya alcanzado lo que llegó a ser la prensa marxista con su falta absoluta de vergüenza, sus mentiras llenas de cinismo y bajeza, para azuzar al público en contra del nacionalsocialismo con ese arte demagógico.

Claro está, que esas campañas sistemáticas de insidias y calumnias de nuestros enemigos fueron, desde un principio, la mejor prueba de la falta completa de toda fuerza interior de su posición. Cuanto más desesperada era su situación, con tanto menos escrúpulos emprendían sus difamaciones. Y, claro está, lo que para nosotros deseaban con odio ciego, recayó pronto sobre ellos mismos.

La difamación de la prensa judaico-marxista contra el N.S.D.A.P. constituyó en todo tiempo una parte integrante de la lucha de nuestros enemigos, tan característica, que caería verdaderamente en responsabilidad como falseador de los hechos históricos, quien, al describir los acontecimientos, no concediera el lugar y la extensión que se merece a este fenómeno de difamación y de odiosas calumnias.

El tono y la forma con los cuales la prensa judaico-marxista acompañó aquel viaje memorable del Führer de Munich a Weimar del 29 al 30 de Noviembre, representa quizás el ejemplo más característico de ese fenómeno.

¿ Qué pasó? Pues bien, el caso era que el Gabinete von Papen se hallaba en sus últimos momentos. Von Schleicher, tendía sus redes. Con suaves silbidos de sirena, intentó atraerse al Führer a Berlín, para jugarse con él la carta del Partido nacionalsocialista y para arrebatárle el juego.

Sabíamos que a Schleicher le acariciaba la esperanza de llegar a obtener lo que no pudo alcanzar von Papen: Hacer que el N.S.D.A.P. se enganchara a su carro. Con el fin de cogerle entre las redes, el Führer debía marchar a Berlín.

Adolfo Hitler no vio motivo para ello y ante las sugerencias dejó la cuestión en el aire. Sin embargo Schleicher estaba convencido de que el Führer llegaría a entrevistarse con él. Y la prensa contraria lo lanzó a los cuatro vientos y en todos los tonos. Hizo ver al público como si no existiera duda alguna de su disposición a entrevistarse con Schleicher. Con pérfida alegría anunciaba que Hitler se sometía a Schleicher.

Se ventaba y se difundía la insidia y se especulaba sobre una posible escisión del Partido, para lo cual Schleicher no descansaba un momento. La prensa de Schleicher nos seguía hasta nuestros mismos tacones. La noche del 29 de Noviembre los andenes de la estación de Munich estaban llenos de observadores al acecho de telegrafiar la salida y el tren que Adolfo Hitler tomaba para Berlín.

Sin embargo, por la tarde del 29 de Noviembre el Führer no sólo había tomado la firme resolución de no marchar a Berlín, sino que también la de propinar a Schleicher el más terrible de los chascos, volviéndole la cara y dirigiéndose, sin más, a la lucha electoral de Turingia. Se convocó a los jefes más importantes del Movimiento para una conferencia de jefes que tenía que tener lugar al día siguiente en Weimar.

Todo el programa se desarrolló según el plan previsto. Dos son los trenes de noche que salen, casi a la misma hora, de Munich para Berlín. Pero sólo uno de ellos para en Jena. Descuidadamente el Führer se metió primero en el tren equivocado que sale a las 9,15 y que no toca en Jena. Nosotros no subimos hasta el último momento en el otro tren. Schaub, que se cuidó de nuestro nocturno descanso, no pudo encontrar camas suficientes en este segundo tren de las 9,20, así es que algunas personas de la comitiva tuvieron que pasar la noche en los departamentos corrientes.

Así es que, mientras el telégrafo anunciaba por todo el mundo la partida del Führer con el expreso de Berlín, nosotros descansábamos para descender luego a las 5,20 de la madrugada en Jena, en aquellas horas en las que todo el mundo dormía, para proseguir de allí a Weimar. En la estación de Jena, siguiendo instrucciones, nos esperaba el directivo nacionalsocialista de la policía de Weimar, para recogernos en su propio coche.

Los periódicos matutinos anunciaron con grandes titulares la llegada de Hitler a la capital. La gente quedó convencida. Su inminente caída constituiría la sensación del día...

Sin embargo, a las ocho de la mañana, los reporteros gráficos y los representantes de la "prensa mundial" de las calles de Jerusalén y de Koch, que habían acudido a la estación de Anhalt, esperaban en vano. Sus caras denunciaban su perplejidad. Hitler no había llegado. En las redacciones cundió la desorientación. ¿Qué hacer? Pues, sencillamente, no hubo más remedio que tratar de sacar partido del suceso, fuese como fuese. Y así, con grandes titulares, abarcando cuatro columnas, los periódicos de mediodía aparecieron preguntando al público:

"¿Dónde está Hitler?" Berlín andaba, como vulgarmente se dice, de cabeza. ¿Dónde está Hitler?

Mientras tanto, llegaron noticias de Weimar. Ya no pudo ocultarse por más tiempo que Hitler no estaba en Berlín sino en Weimar. Y ante un tan evidente chasco, los apóstoles de la difamación con rabia impotente se lanzaron aún a inventar las más grotescas mentiras.

Con una frescura sin límites, las hojas marxistas y las gacetas judías, afirmaban a sus lectores que Goering marchó hacia Jena, despistando a Frick yendo de noche al encuentro del Führer cuando éste se hallaba camino de Berlín; que con ademán imperativo había subido al coche de Hitler. Con su puño había golpeado fuertemente la puerta del departamento. Y que luego, asustando al Führer, aún amodorrado, lo hizo levantar de su litera y después de unas rápidas explicaciones, vestido someramente, lo había literalmente sacado del tren para impedirle su viaje a Berlín.

En realidad, Goering y Frick, tal como unos días antes se había convenido por el Führer, salieron de Berlín para tener la conferencia de jefes en Weimar, donde ya se hallaba presente el Dr. Goebbels. El ministro del Gabinete no se hallaba en absoluto entre la comitiva del Führer y Goering no había salido de Berlín en dirección a Weimar hasta las 8,50 de la mañana del 30 de Noviembre.

Así es como se mentía, con falta absoluta de vergüenza. Tanto en prosa como en verso. Y no sólo una vez, sino día tras día. Y esas hojas no podían ni tan solo existir sin su mentira diaria sobre Hitler. Sabían que su hora tocaría a su fin, inmediatamente que tomáramos el poder.

Así eran aquellos "gacetilleros" cuya sola existencia será imposible en la nueva Alemania y por todo su futuro. La interna labor renovadora del periodismo alemán, para la cual trabajamos, ha suprimido por completo esa mácula del pasado y hará que la prensa alemana, regida por unos profesionales llenos de responsabilidad y de competencia, constituya el arma más noble y eficaz para la política, para la Nación y para la cultura alemana.

EL ÚLTIMO "PERSONAJE"

Quince días duró la crisis del Gabinete Papen-Schleicher. Papen o Schleicher, Schleicher o Papen, así transcurrieron dos semanas de loca inutilidad. La fría presencia de ánimo de Adolfo Hitler contribuía a aumentar aún más, hasta lo inconcebible, la desorientación de nuestros contrarios.

En vano Schleicher telefoneaba a Weimar, imploraba a Goering y enviaba al Führer emisarios con plenos poderes como el oficial de su Gabinete, el capitán Otte. Por fin llegó a rogarle acudiera a visitar al Presidente del Reich a las 11,30 del de Diciembre. Adolfo Hitler hizo preguntar por medio de Meissner si la conversación tendría por objeto su oferta de solución de la crisis del Gobierno. Al comunicarle que no, el Führer declinó cortésmente por escrito. Su posición era ya clara: O el Poder o la lucha.

Del jugueteo de los pasillos para la formación del nuevo Gabinete Schleicher aparentó salir triunfador. Se le consultó el 2 de Diciembre y el 3 era ya Gobierno. "El hombre sin nervios", "el hombre con máscara de acero", salió de la penumbra y apareció en pleno escenario ante las candilejas.

La cosa marchaba bien. Había llegado por fin el momento de poder batirle en campo abierto. El último hombre del sistema estaba ya maduro para su caída. Los pasos de sus triunfadores se oían ya en el dintel de su propia puerta. La sombra de Hitler se proyectaba ya sobre el propio Schleicher.

Hacía tiempo que Schleicher se había mostrado al Führer como hombre vacilante incapaz de una decisión. Bastó sólo la primera semana de su actividad de gobernante para que todo el mundo se convenciera de lo mismo.

Schleicher tentó de nuevo su suerte. En contra de las órdenes severísimas del propio Führer, Strasser había entrado en negociaciones con el Gobierno; mantenidas en pleno secreto y a espaldas del Führer. Pero, hasta este último intento de Schleicher para escindir al Partido, fracasó. La fidelidad del Movimiento era incommovible. No valían ya las intrigas. Así, pues, Schleicher no tenía más remedio ¡que intentar gobernar!

La declaración gubernamental de Schleicher radiada el 15 de Diciembre, constituyó la primera desilusión para la gente. ¿Esto es todo?, se preguntaba la gente extrañada. Su programa contra el paro obrero, ausente de toda idea, produjo ya hondas disensiones en el seno de su propio Gabinete.

Y el Canciller de la "dirección autoritaria del Estado", desesperado, fue en busca de la ayuda de los partidos, hasta los marxistas y los sindicatos. Nada obtuvo. Y el pueblo se mostraba cada día preso de mayor amargura e indignación.

Con todo esto, el Gobierno de Schleicher degeneró en el gabinete del completo desconcierto. La falta de decisión de Schleicher fue ya un axioma. «¡No es un dictador sino, al contrario, la personificación de la indecisión!» Y, queriendo intentar lo de Brüning, declaró una "tregua política".

El Führer supo sacar partido de esa tregua político-parlamentaria. Celebró en pleno campo un recuento e inspección general de su Partido, con el fin de fortificar y poner en pie de guerra, moral y materialmente, al N.S.D.A.P., preparado para el último momento decisivo. «¡El triunfo pertenece a aquel que mantenga la última leva y el último batallón en el teatro de operaciones!».

La forma tan extraordinaria e inconcebiblemente impresionante con que se desarrolló esta llamada general de la totalidad de los jefes del Movimiento, grandes y pequeños fortaleció al Führer en su certeza de que tenía ante él a una tropa tan aguerrida, con la cual el triunfo era seguro.

Lo que yo vi en ese itinerario por todas las regiones del Reich, fue una Falange de hombres aguerridos y dispuestos enteramente a vencer, tan íntimamente poseídos del Movimiento nacionalsocialista que nadie ni nada en el mundo era capaz de apartarlos de la misión que, libremente, se habían impuesto.

Se presentaba ante nosotros una nueva generación alemana crecida en medio de la mayor decisión y potencia de obrar; en ella, la ideología heroica de los alemanes se mostraba de nuevo en todo su esplendor y conciencia patriótica.

El nuevo año nos iba a encontrar bien preparados.

PROLEGÓMENOS EN COLONIA

La cautela es un don que todo político debe poseer. El Führer la posee, en un grado tan extraordinariamente poco común, como gran auxiliar para la cuidadosa y secreta preparación de sus actos políticos, que es impenetrable enteramente hasta para las personas con las que tiene plena confianza.

Nunca se me mostró tan claramente este hecho como en el caso sucedido con motivo de aquel viaje hacia Colonia que luego resultó tan famoso, del 4 de Enero de 1933.

El 2 de Enero terminó la tregua política de Schleicher. La orden del 3 de Enero, imponía la partida hacia la lucha electoral de Lippe. El 4 de Enero se nos comunicó que el Führer quería inaugurar la campaña en Detmold. Sin embargo, en lugar de tomar el tren hacia Hannover, tomamos el tren del Rhin. Nadie conocíamos el porqué de ese cambio. El Führer no dio explicación alguna.

Muy de mañana nos apeamos todos en Bonn. En la estación se encontraba Schreck con el coche del Führer, para conducirnos al rayar el alba hacia Godesberg. Nos paramos un instante para desayunar. Ante nosotros marchaba un auto cerrado. El Führer subió en él. Con él desapareció. Nadie supo su dirección.

Pero antes, el Führer nos había indicado no seguir viaje a Colonia en su auto, sin él. Debíamos pararnos y esperarle, a tres kilómetros de Colonia, en la carretera de Düsseldorf.

Llegamos al lugar convenido cerca de mediodía. El tiempo era frío y nubloso. Esperamos. Paseamos arriba y abajo sobre la húmeda carretera. Nos pasó el tiempo entre conversaciones y suposiciones de todas clases sobre dónde estaba o podía estar el Führer. Nadie tenía referencia alguna; nadie tenía ni la más remota idea de la importancia de esa espera.

A las dos horas, el auto cerrado nos salió al encuentro desde Bonn. Paró. El Führer descendió de él y se subió con nosotros en su coche. El auto cerrado viró y desapareció en dirección a Colonia.

Al proseguir hacia Düsseldorf, el Führer nos dio algo a entender que había tenido una conversación con una personalidad política. Llegué incluso a observar que estaba muy satisfecho de su secreta escapatoria.

En el coche sospechamos todos que marchábamos hacia una grande y decisiva solución. Desde luego estábamos convencidos que de una u otra forma el Año nuevo nos debía traer la gran sorpresa.

Íbamos retrasados. Atravesamos a toda velocidad la región industrial. Muy pronto se hizo de noche en ese nubloso día de invierno. La lluvia sonaba sobre la capota. Nuestros faros

lanzaban sus rayos espectrales sobre el húmedo asfalto. Tiritábamos en nuestros asientos. Nadie osaba preguntar nada. El Führer callaba, cautelosamente, de nuevo. Nada pudimos saber ni con quién había estado.

A la caída de la tarde pasábamos por Essen. Conduje el coche por el camino más corto por entre las calles y callejuelas de mi ciudad natal. El cielo era sanguinolento detrás de Segeroth y sobre las minas y las fundiciones de Krupp. ¡Cuán a menudo había atravesado mi ciudad natal con mi Führer! A miles eran los recuerdos que cada vez se despertaban en mí al pasar en auto. Allí estaba mi antigua escuela. En esta casa vive un pariente, en aquella un buen amigo. Distingo a conocidos sobre la acera. Van deprisa. Un compañero de estudios me reconoce e intenta llamarme. Pero ya hemos pasado. No podemos detenernos. Medimos los segundos y hoy llevamos tanto retraso porque el Führer tuvo que detenerse por algo muy especial. Y en esa noche el Führer inaugurará aún la nueva campaña electoral.

Bochum, Dortmund, Unna, Soest. Los Altos Hornos proyectan sus rojas bocanadas hacia el cielo. El Führer mira el reloj. La Asamblea de Detmold nos espera. Aparece ya Paderborn y al poco, después de un bien largo viaje, tocamos felizmente a su fin.

Los participantes en esa Asamblea tampoco tenían como nosotros, ni la más remota idea de que el Führer hubiese acelerado en Colonia el curso de los acontecimientos y de que hubiese precipitado tanto el esperado desenlace. Y quedamos tanto más sorprendidos, cuanto que ya los últimos periódicos de la noche anunciaban a grandes titulares y con toda clase de detalles, en forma sensacional, el hecho de la conferencia de Adolfo Hitler con von Papen, en casa del banquero Schroeder en Colonia. El servicio de información de Schleicher y sus corre-ve-y-dile, que nos habían perseguido por todas partes, había cumplido una buena labor. Sin embargo, no consiguieron poder evitar, ni perturbar, la acción mediadora de Papen.

INTERMEDIO EN LIPPE

La memorable elección de Lippe el 14 de Enero de 1933 estaba destinada a constituir el impulso para acontecimientos políticos que habían de tener unas consecuencias de una trascendencia enormemente y diametralmente superior a lo pequeño de ese hermoso país. El Führer previó la importancia precisamente de ese destacado triunfo electoral, antes de poderse conocer que el desenlace de esta elección debía de servir para el definitivo derrumbamiento del sistema insostenible y de que esa elección, hablando en términos deportivos, significaba desde un principio el último "sprint" para hacerse con el poder.

Las estúpidas apostillas y las cínicas advertencias con las que la prensa marxista acompañó a nuestros extraordinarios esfuerzos en Lippe, no consiguieron más que todo lo contrario de lo que se proponían con el menosprecio de la importancia de esa campaña. Con todo, la opinión pública entera siguió, desde un principio, con una grande emoción esa campaña electoral "sin importancia".

Este era, precisamente, nuestro deseo. Queríamos refutar rotundamente con ese pequeño ejemplo, puesto que entonces no disponíamos de mejor ocasión, la teoría propalada desde el 6 de Noviembre "del descenso de la ola nacionalsocialista". La prensa judía hablaba de la paloma que lanzó Noé, para saber si la marca subía aún. En este caso se tenía que demostrar plenamente que la paloma no podía encontrar tierra alguna y que la marea volvía a subir con incremento arrollador, insostenible, abatiendo cuantas presas artificiales encontrara a su paso. Seguirían luego Braunschweig y otros Países.

El nuevo y formidable plan de ataque, cuyas primeras notas sonaron en Lippe, para las elecciones generales al Parlamento del Reich que se esperaban para Marzo, quedaba ya listo.

Con plena conciencia de su responsabilidad, el Führer puso públicamente su persona en el primer plano de la línea de combate e hizo concentrar y emplearse a fondo las primeras figuras oratorias del Movimiento. Con ello manejó una táctica enteramente nueva. Marchó "hacia los pueblos", montó sus grandes tiendas de campaña en pleno campo en los territorios de población densa y exclusivamente agraria. Y hacia allí, confluía todo el País.

El Führer, siguiendo esta táctica, consiguió que cada una de las 18 grandes asambleas de Hermannsland constituyera un verdadero grandioso acontecimiento local. En las grandes ciudades concurrían a las asambleas sólo los adheridos y los "interesados" de todas clases. Allí, por el contrario, concurrían todos sin excepción, sin distinción de partidos. Nadie había visto aún al Führer con sus propios ojos. Tenían que aprovecharse de esa rara oportunidad, difícil de volverse a presentar. La población aldeana se consideraba honrada de que el Führer del Movimiento libertador de Alemania quisiera molestarse de ir hacia ellos, personalmente, a su pueblo, en medio de su sencillez. ¡Y eran todos, absolutamente todos, los que iban! Esto era lo que, precisamente, quería el Führer.

Los efectos fueron insospechados. Adolfo Hitler se dio cuenta inmediatamente del enorme éxito, vio cómo los más empedernidos contrarios se convertían en los más entusiastas adheridos, cómo las masas engañadas volvían gozosas sus corazones hacia nosotros. En esas jornadas de Enero, reinaba primero en las asambleas la mayor de las frialdades. Nadie, sin embargo, dejaba de asistir y el ambiente de las asambleas se transformaba inmediatamente desde su fría reserva a la más incondicional de las adhesiones, creciendo el entusiasmo cuanto más hablaba el Führer. Él mismo se mostraba altamente contento de un éxito tan patente y de tan grandiosos efectos. Ya desde que tuvieron lugar las primeras asambleas nos predijo el éxito con certeza absoluta.

Nuestras tiendas de reunión, donde celebrábamos las asambleas, se hallaban en Schwalenberg, al pie de las rocas, sobre las que se yergue el castillo, en Boesingfeld, en Horn, en Orlingshausen, en pueblos cuyos nombres hasta entonces ni tan siquiera habíamos oído nombrar. Sin embargo, nuestro cuartel general lo teníamos, durante esa campaña electoral, en uno de los castillos, casi rodeados por las aguas, de entre los más antiguos y hermosos del país. Cada tarde, hacia las seis, salíamos del castillo para adentrarnos por el país, cruzándolo para asistir a dos o tres asambleas. Hasta hacia media noche y hasta aún más tarde, no regresábamos a nuestro idilio castellano.

Por cierto que conseguimos mantener enteramente el secreto del lugar de nuestro fantástico y hermoso cuartel. No hubo averiguación periodística alguna que pudiera llegar a

descubrirnos, ni "reporter" alguno que lograra hallar nuestro rastro. Salíamos y desaparecíamos; hombre alguno supo de dónde, ni hacia dónde.

Cuando ya nuestros coches se habían introducido por entre la estrecha entrada en el romántico patio del castillo, con sus paredes cubiertas profusamente de hiedra, era cuando podíamos estar ya tranquilos de poder gozar de una quietud y tranquilidad que se nos hacía por demás agradable con la señorial prestancia del castellano y de su acogedora esposa, pasando el tiempo en medio de aquel delicioso ambiente caldeado por las llamas flameantes de la soberbia chimenea. Esas horas, así transcurridas, en medio de una conversación de placidez y distracción, constituían una rara suerte en medio de nuestra desasosegada existencia. Así es que, por estas razones, las apreciábamos grandemente. Era ya tarde cuando nos separábamos. Con Brückner me subía luego, por la escalera de caracol, hacia nuestra habitación de una de las torres.

Este castillo en el cual el Führer por vez primera en medio de sus luchas, había realmente hallado una tranquilidad, tenía una gran tradición. Las figuras de los cuadros de familia que pendían de las paredes, mostraban la historia de esa antiquísima familia, cuyo castillo solariego, ya derrumbado, yacía en lo alto del bosque. Una antigua daga pendía sobre la chimenea. Todo él estaba arreglado con la más severa sencillez. Siempre lo recordamos con gusto, y hoy mismo volveríamos con placer.

«El Poder en Alemania va sólo hacia aquellos que hayan logrado imprimir con los caracteres más indelebles ese mismo Poder en el pueblo». Adolfo Hitler pronunció esta frase en Schwalenberg el 8 de Enero. A los pocos días el 47,8 por ciento de los votos se pronunciaron por su bandera. El Movimiento se mostraba –ante la estupefacción de los enemigos– con un desarrollo de impulso nuevo y creciente. No bien empezaba el nuevo año que nuestro ataque tomaba ya enormes proporciones. El mundo estaba estupefacto. Sin embargo, nadie preveía aún que sólo eran quince días los que nos distanciaban del glorioso 30 de Enero.

LA CONQUISTA DEL ESTADO

La última noche, precisamente, de la campaña electoral, inmediatamente después de la gran concentración de Bad Salzufflen, nos marchamos en auto, en medio de un frío atroz que entumecía los huesos, hacia Weimar, pasando por Cassel. El Führer se hallaba satisfecho de la labor realizada y seguro del triunfo del día siguiente. En esa jornada del 15 de Enero, pudo ya vérselo de nuevo al frente de 10.000 hombres de las S.A (Secciones de Asalto) de Turingia, que se habían congregado en manifestación en la plaza del Mercado de Weimar. Desde su mismo coche, frente a nuestro Hotel Elefant, anonadado ya ante el triunfo seguro en el Hermannsland, renovó su divisa de la lucha para conquistar al Reich, diciendo: «El Partido permanece firme en su espíritu de lucha desafiando toda contingencia. Debemos aprender de la historia que nuestra suerte no vuelva a repetirse luego de la batalla de Hermannsland. En el corazón de Alemania prometemos hoy

solemnemente, mantenernos impertérritos en la lucha hasta conseguir plenamente nuestro fin».

En el congreso privado territorial del Partido, en Weimar el Führer afirmó también rotundamente que, a pesar del triunfo, no dejarían al enemigo un solo segundo de sosiego, sino que persistirían tenazmente en el ataque. Así, pues, primero Braunschweig y luego Hassen, habían de constituir los nuevos jalones de la ofensiva del Partido ante las próximas campañas electorales.

Las consecuencias del triunfo electoral de Lippe se hicieron pronto ostensibles para los contrarios. Toda la agricultura alemana declaró la guerra a muerte al gobierno. Todas las noticias que nos llegaban de Berlín nos afirmaban que Schleicher se hallaba aislado y sin esperanza alguna. Todas sus negociaciones con los partidos para la formación de un gobierno fracasaban: hasta los nacional-alemanes pasaron a la oposición. En lugar de negociar, el Führer organizó una gran manifestación de sus S.A de Berlín, el 21 de Enero en la Bülowplatz frente a la casa de Karl Liebknecht con ocasión de celebrarse el aniversario de Horst Wessel. Aquello constituyó una valerosa y brillante manifestación de potencia que dejó estupefactos a los comunistas, sacándolos de quicio.

Entre tanto, tanto Goering, el plenipotenciario político del Führer, como von Papen, no permanecían inactivos. La atmósfera política cerca del Palacio Presidencial se esclarecía por momentos. Las últimas maniobras marrulleras de la prensa para evitar nuestro triunfo en la dirección del Estado, no hicieron más que afirmar al Führer en sus decisiones y no fueron para nosotros más que el termómetro que indicaba el rápido debilitamiento del Gabinete.

De todas formas tenían un fondo político. Como última y desesperada salida de su atolladero se había ofrecido al Führer, como situación intermedia y expectante hacia la Cancillería, una especie de cargo de "Tribuno del Pueblo" que se vestiría con el nombre de "Presidente del Consejo del Reich". Claro está que el Führer lo rechazó fríamente. Quería ser Canciller, ni más ni menos.

Su mirada la orientaba hacia una próxima elección general para el Parlamento del Reich definitivamente decisiva, que la esperaba para Marzo. Sin embargo, el Gabinete Schleicher daba ya sus últimos suspiros. Los acontecimientos le precipitaban la muerte. Sin Hitler, la situación era insostenible. Por fin se llamó al Führer, como la última esperanza para salvar la nación. Von Papen dio pruebas de ser el más noble mediador. El 27 de Febrero el Führer y Goering trataron, sin resultado alguno, con Hugenberg en el Palacio de la Presidencia del Reich y esto porque los nacional-alemanes –por desconocimiento evidente de la situación– requerían mayor participación en el Gobierno que la que hasta se les llegaba a poder ofrecer. Luego de la caída definitiva de Schleicher a 28 de Enero, von Papen emprendió la tarea de formación de un nuevo Gobierno por encargo de Hindenburg y el mismo día de iniciada llegó con Hitler a un pleno acuerdo. El domingo 29 de Enero el Führer confeccionaba en el Kaiserhof la constitución de su Gabinete. Por la mañana del 30 de Enero y entre las grandiosas ovaciones de las masas, atravesaba la Wilhelmsplatz y se dirigía a visitar al Presidente del Reich en la vieja Cancillería del Imperio, de la cual regresaba, al poco rato, ya como Canciller.

En aquel momento cambiaba radicalmente el destino de Alemania. El Führer, el Conductor, el Caudillo del Movimiento nacionalsocialista, llamado por la confianza del

Presidente del Reich, había cogido el timón del Imperio. Por medio de ese hecho histórico la gloria del General Mariscal de nuestros Ejércitos durante la Guerra Mundial, quedaba indeleblemente ligada con el nombre de la joven Alemania y con ello, el anciano Presidente del Imperio, había colmado plenamente la voluntad y los anhelos de los millones de almas que constituyen el pueblo alemán.

Lo que acaeció durante aquella noche del 30 de Enero, tanto en Berlín como por toda Alemania y por donde quiera que sonara la lengua alemana, no puede ser descrito con palabras. Aquellos momentos quedarán para siempre indeleblemente grabados en los corazones de todos aquellos que pudieron vivir aquella gloriosa solución y ver realizado ya lo que tan tenazmente propugnaron durante aquellos catorce años en medio de una verdadera opresión de su espíritu. La fe de Hitler había transportado los montes. Desde la misma Cancillería del Reich veíamos a nuestros pies ese mar de luces y quedábamos maravillados de esa indescriptible sinfonía de júbilo. Allí estaban, con la más íntima e indestructible emoción, Hindenburg y Hitler, unidos para siempre más. Ya nadie ni nada les separará. Y el 21 de Marzo en la Iglesia castrense de Potsdam se selló solemnemente esta unión.

Luego de trece años de luchas el Movimiento nacionalsocialista había logrado la conquista del Estado. Entonces empezó la campaña del Gobierno de Hitler para la conquista de todo el pueblo alemán.

La proclama de 1º de Febrero al Pueblo alemán impregnada del espíritu del Movimiento nacionalsocialista, fue la primera manifestación del Gobierno del resurgimiento nacional. La inmediata subsiguiente disolución del Reichstag y la rápida convocatoria a nuevas elecciones generales, en plazo perentorio, fueron la respuesta de Hitler al primer intento de sabotaje parlamentario y de trabajos de zapa de los partidos políticos. El 15 de Febrero empezó ya en Stuttgart el nuevo crucero aéreo por Alemania que finalizó el 4 de Marzo en Koenigsberg con la jornada de la "Nación renaciente". Entonces el partido (N.S.D.A.P.) por primera vez, pudo tener plena libertad de movimiento y de acción para desarrollar su arte de propaganda bajo la magistral dirección de nuestro Dr. Goebbels. Esa verdadera oleada de propaganda, no dejó de abarcar ni a una casa, ni a un caserío, ni dejó de tocar a uno solo de los corazones alemanes. Como un grandioso repique de campanas, anunciador de la nueva época, se extendió por todos los ámbitos de la tierra alemana.

El grandioso y sin par triunfo del 5 de Marzo, creó el fundamento constitucional para la Revolución nacional. Y el 27 de Febrero, el fuego del Reichstag en llamas, fue como el faro piloto que mostró el camino a seguir contra los criminales marxistas.

El 8 de Marzo, se izaba sobre la casa de Karl Liebknecht la bandera de la cruz gamada. El Reich tomó el pleno poder sobre los países. El 9 de Marzo se destituyó al Gobierno bávaro. El general Epp, entró por segunda vez en Munich como Comisario del Reich. El 12 Marzo, en Prusia, se conquistaron los Ayuntamientos marxistas como resultado de las elecciones municipales. El mismo día, al celebrarse la jornada de duelo, el Canciller del Imperio, Adolfo Hitler, en la Feldherrnhalle de Munich, en el lugar mismo donde el de Noviembre de 1923 las balas de la reacción ocasionaron los primeros sacrificios del Movimiento, depositaba una corona en cuyos lazos se leía la siguiente leyenda: "¡El triunfo es vuestro!" La misma jornada deparó al Führer ocasión de proclamar por orden del Presidente del Reich, que la Bandera de la Cruz gamada, la Bandera del Movimiento nacionalsocialista, era la bandera oficial del Reich alemán junto con la negro-blanco-roja; el documento tiene

estampadas las firmas del Mariscal General von Hindenburg, la del antiguo cabo Adolfo Hitler y la del oficial del frente von Pappen. ¡Qué símbolo más hermoso del triunfo de la revolución nacionalsocialista!

El 21 de Marzo en la jornada de Potsdam y ante la tumba del gran Rey de Prusia, la unidad alemana quedó también proclamada pública y solemnemente en un acto lleno de unción. El 23 de Marzo el Reichstag otorgó a Hitler, incluso constitucionalmente, el pleno Poder. La genial liquidación de las cuentas pendientes con los socialistas, el Partido social-demócrata de Alemania (S.P.D.), desde la tribuna del Reichstag, constituyó la más honda condenación del marxismo. La ley de plenos poderes votada con una mayoría abrumadora fue la coronación de la obra de Hitler. Con ello, quedaba libre el camino hacia la total conquista del Estado.

Durante los cortos meses de sus funciones de Canciller, Adolfo Hitler dio pruebas sorprendentes de las superiores aptitudes de hombre de Estado que poseía. La verdadera preeminencia de su personalidad se impuso desde el primer día en su Gabinete y todo el mundo lo reconoció así. Para muchos, que no le conocían, constituyó una sorpresa. Para los que con él lucharon, el hecho no era más que una confirmación. Adolfo Hitler volvió a dar nuevo contenido y brillo al cargo y a la función del Canciller del Reich alemán y al pueblo nueva fe en su Personalidad. Sin embargo, no puede admirarse a Adolfo Hitler ni como luchador y hombre de Estado sin que se conceda el lugar de honor a su grandeza interior, que es lo que le define y honra como hombre y lo que califica todo el cuadro de su Personalidad. La sencillez y modestia de su ser, que es la dádiva que pone realmente de manifiesto el característico valor de toda gran Personalidad, es lo que ha mantenido a Adolfo Hitler también como Canciller. Adolfo Hitler siguió siendo lo que siempre fue. Y quizás es esta profunda grandiosidad humana interior lo que más le hace ser querido del pueblo, que no el Poder que hoy ha reunido en su mano para el bienestar de la Nación y para la fama y gloria de que es acreedor como salvador de la Nación.

ESTADO Y PARTIDO

El Partido nacionalsocialista ha conquistado al Estado de dentro a fuera. El hecho de que también represente estatalmente a la nueva Alemania y el que la idea del Estado del Partido nacionalsocialista (N.S.D.A.P.) no deba ser sólo el contenido ideológico sino que también deba constituir la forma organizada del nuevo Estado, es sólo una consecuencia lógica.

El Partido nacionalsocialista ha reunido de nuevo, en un todo, a Pueblo y Estado; ha aportado de nuevo al Pueblo en el Estado y al Estado, al Pueblo. Él es el que constituye el eslabón, el nervio vivo que abarca en sí a Estado y Pueblo y con ello garantiza su unidad. El N.S.D.A.P. no es que viva junto al pueblo, sino que nació creció de su mismo seno y consecuentemente, ha llegado a ser su natural representante; así es que el N.S.D.A.P. tampoco puede vivir junto o al lado del Estado, si este Estado debe ser duradero, permanente, y debe de tener propia existencia.

Para poder comprender certeramente el problema de Partido y Estado, que es problema tanto político como sociológico, es preciso conocer la formación del Partido nacionalsocialista, su estructura interna y la ley de su desarrollo.

El Partido nacionalsocialista –y lo que sigue es lo que le distingue fundamentalmente de todos los partidos, bien muertos y extirpados hasta en sus raíces más hondas, del Estado liberal-marxista– es el producto de una creación orgánica, un verdadero cuerpo orgánico. Es un organismo independiente, perfecto en sí, delimitado, y nacido de una célula, y desde su mismo fundamento es de donde y desde un principio se desarrollaron las funciones todas de la vida del Estado.

Así como la Idea del nacionalsocialismo es perfecta y encierra una concepción totalitaria (Weltanschauung) que no es otra que el pensamiento alemán, representando su más pura y noble expresión, así también el N.S.D.A.P. como organización de quienes poseen y llevan la voluntad de esa Idea, es una unidad política cuya estructura total no puede estar en otra alguna relación con el Estado que la de la identidad.

El nacimiento y el porvenir del N.S.D.A.P. están dominados desde el primer día hasta hoy mismo por este requisito natural. Como célula, sanísima y libre de toda suerte de gérmenes venenosos de descomposición del pueblo, fue sembrada por el mismo creador y Führer del Movimiento en la vida política degenerada del pueblo alemán. Y fue sembrada conscientemente como una comunidad homogénea de lucha contra el espíritu del sistema novembrino, no por pequeña, incompleta o falta de totalidad.

La semilla fructificó. Y por la ley natural de que lo sano triunfa sobre lo podrido y enfermizo, esta construcción política creció y con un proceso de selección natural asimiló y se atrajo a todas aquellas fuerzas que estaban preparadas y dispuestas a luchar y a convivir desde un principio uniendo su destino y su suerte a ese Movimiento del pueblo alemán que poseía todos los elementos de la sociedad, de la comunidad social.

Y ese arbolito se fue convirtiendo en árbol acogiendo a su alrededor a todo alemán, como luchador, uniéndole a su suerte y crecimiento junto a los demás y formando con esas levas voluntarias, como los árboles, anillo sobre anillo, señalando las etapas, los años, de su crecimiento. Pero los cuerpos extraños, aquellos que no se sometían incondicionalmente a las leyes de su crecimiento, los rechazaba categóricamente, los expulsaba. Con ello consiguió su potente fuerza interior no sólo inatacable sino que se fortalecía de día en día más. Así, pues, era un organismo, completo, nacido del propio pueblo y abarcando todas las funciones de la vida social en medio de aquella masa degenerada y de un Estado podrido. Sólo así, el N.S.D.A.P. consiguió llegar a ser lo que hoy es: la nueva fuente de energía de la nación, de la sola de donde únicamente lograremos con éxito conseguir la regeneración y la educación del nuevo sentido de la nación. La base criteriológica sobre la que descansa el N.S.D.A.P. es a la vez evidente, inatacable en su esencia e inmovible. Quien descansa en ella y quien haya ya adquirido la ideología, el criterio nacionalsocialista, puede tener la plena seguridad de encontrar siempre la justa solución y de obrar en todo momento para bien de nuestro pueblo. El Führer puso ya bien de manifiesto el 2 de Septiembre de 1933 en Nuremberg que «todo lo creado, sólo puede conservarse por la misma fuerza que lo creó».

En esta propia ley sustantiva y exclusiva del N.S.D.A.P. es donde se halla el secreto de su fuerza. ¡De esa fuerza que tan beneficiosa ha sido para el pueblo alemán!

Hoy en día, nadie puede ya dudar que todo lo que hasta el presente se ha conseguido para bien del pueblo alemán no tiene otro origen que el de esa fuerza que ha crecido de una sola y misma raíz. El Führer, con clara perspicacia y conocimiento de ese desarrollo político perfeccionándose por esa ley natural, ha formado, basado en esos cimientos, la estructura de su Movimiento. Si hubiera hecho caso de las sugerencias de los contrarios y de los consejos de muchos "amigos", hoy en día no sólo no estaría derrotado el marxismo, sino que la nueva Alemania no existiría.

Es preciso tener muy en cuenta estas internas relaciones causales para poder comprender los problemas actuales y futuros de la constitución de nuestro Estado alemán, y para hacerse cargo plenamente de sus imprescindibles y especiales necesidades. Si en la actualidad aparece patente y necesaria la obra hasta ahora realizada por el N.S.D.A.P. y la verdad de sus principios, el futuro no dejará desmentir, antes al contrario afirmará aun más, que sólo y únicamente la realización y prosecución lógica y consecuente de estos principios podrá llevar a cabo la terminación, la complementación de esta gran Obra.

Así, pues, queda bien clara una cosa y, por cierto, muy decisiva: quien quizás creyera que se podría prescindir para la justa constitución y formación del nuevo Estado alemán del organismo vital y de la estructura desarrollada orgánicamente por el N.S.D.A.P., como único elemento determinante, debería renunciar también a la fuerza de este Movimiento. Y esto porque sin la preponderancia decisiva del Partido nacionalsocialista y de las fuerzas desarrolladas en él y por él y en consecuencia fuerzas propulsoras y progresivas, el nuevo Reich se desplomaría como un castillo de naipes y en poco tiempo quedaría destruido todo lo creado hasta el presente.

Donde la suerte del Estado queda tan estrechamente ligada a un Partido como en este caso, donde coinciden los intereses del Estado con los del Partido, este y aquel no pueden desligarse en absoluto. Por ello el velar para que esto no pueda nunca suceder y para que no suceda, no es intolerancia o deseo de dominio de un Partido, sino el verdadero sentido de la responsabilidad y santo deber frente a la Nación. «Los únicos pilares del Reich actual son el pueblo alemán y el Movimiento nacionalsocialista».

El Congreso nacional del Partido en 1933, en Nuremberg, al desarrollarse de aquella manera insuperable tan llena de firme convicción, hizo surgir este sentido y este convencimiento en todas las capas del pueblo alemán. En Nuremberg, el Partido representó ante el mundo entero al Pueblo y al Estado alemanes, de una forma tal, de manera tan unificada e identificada, como jamás se había manifestado la representación de Estado y Pueblo en sus elementos espirituales e ideológicos. La jornada de Nuremberg la experimentó y la vivió íntimamente el pueblo alemán como la llamada general política de la Nación. En 1933 en Nuremberg, el Partido hizo patente y aportó la prueba más clara de no sólo ser el Estado, sino también de poseer el derecho y tener el deber de ser en el futuro el Estado mismo.

ADOLFO HITLER, ARTISTA

Adolfo Hitler posee en lo más, recóndito de su ser una naturaleza y temperamento verdaderamente de artista. No hay duda alguna que se hubiera impuesto como tal si no hubiera sido llamado a la dirección política de la Nación alemana. Quizás sea este elemento artístico el que encierre precisamente la más clara explicación de su genialidad política. Y esto porque esa secreta capacidad de sentir lo artístico en las fuerzas naturales del pueblo sea lo que menos posean los que así mismos se llaman estadistas, sin serlo. En cambio, para los políticos verdaderos esto constituye la característica más decisiva y feliz de su arte de gobernar.

Habría que ser, de antemano, un verdadero artista para poder escribir sobre las relaciones de Adolfo Hitler con el arte. Sin embargo, lo artístico aparece con tanta espontaneidad en todas las manifestaciones vitales de Adolfo Hitler que es esencial en cualquiera de sus actos. Debo limitarme aquí a trazar sólo algunos bocetos dentro de la perspectiva de lo político y constreñirme a lo que sea adecuado al tenor de estas páginas.

Si cada época tiene el arte y los artistas que merece, no puede, pues, extrañarnos que la época en la que hemos vivido, felizmente ya acabada, haya sido una época de baja cultural y de decadencia artística en todos los terrenos. Nadie se ha dado tan perfecta cuenta de ello como Adolfo Hitler. Su gran lucha política constituyó al propio tiempo una campaña contra el espíritu extranjerizado, ausente de todo sentido artístico y anti-alemán en la vida cultural de la Nación.

De todos es conocida la grande pasión que atrajo a Adolfo Hitler ya desde su más tierna infancia hacia la pintura y la arquitectura. Con vibrantes palabras describe él mismo en los primeros capítulos de su libro "Mi Lucha", cómo luchó con su padre –que deseaba verle hecho un funcionario– para poder llegar a ser artista. «Quise ser pintor», así se expresa, y añade que «no fue pues de extrañar que a medida que pasaban los años creciera en mí el interés por la arquitectura». En todas las fases de su desarrollo, desde la más tierna infancia, aparece la predisposición artística del Führer.

El hombre que cuando muchacho, en ocasión de su primera visita a Viena, se entusiasma ante las grandes construcciones, el que en los Museos de pintura casi admiraba más sus edificios que los cuadros, y que luego cuando joven ya, marchó a Munich, la ciudad de Ricardo Wagner, construida para el placer artístico real, no es de extrañar que al poseer el Poder piense en grandiosas masas y que su pensamiento abarque grandes períodos y épocas de tiempo. La potencia de la voluntad política, para Adolfo Hitler en último término no es más que la expresión artística de grandiosos monumentos. ¡Cuán a menudo el Führer expresa este pensamiento y lo comprueba con la historia de la civilización de los pueblos! El arte alemán celebrará su renacimiento a la par que el Tercer Reich. De esta revolución de lo espiritual surgirán también las fuerzas que aseguren la grandiosa obra alemana de la liberación de sus monumentos artísticos. Esta es la convicción de Adolfo Hitler.

Adolfo Hitler hará lo indecible para que la nueva Alemania se manifieste también en las obras de sus artistas que deberán de fijar un sello indeleble para la obra y la actuación de la Idea nacionalsocialista. «Queremos darnos pruebas documentales de piedra y de hierro de nuestro concepto de la vida y del poderío de nuestra voluntad política, con el fin de que arraigue de nuevo en todo cerebro germano el orgullo de ser alemán», así se expresaba ya Adolfo Hitler el 4 de Abril de 1929 en la sala de fiestas de la cervecería "Hofbräuhaus" de Munich cuando Max Reinhardt-Goldmann ponía de manifiesto la plena decadencia del arte durante la república de Weimar.

El Führer no ha dejado escapar ocasión en sus luchas políticas para batallar en contra de la explotación artística extranjerizable y judía de Alemania que del arte no hace más que un negocio. Lo cierto es que nunca se ha creado una gran obra artística por espíritu de lucro. Los verdaderos artistas más bien se han empobrecido mientras hacían sus obras. Una época, tan miserable y ausente de caracteres, en la cual rige el poder del dinero, ya no puede decirse que tenga un arte, sino sólo una improvisación y chabacanería. Con ello se podrán quizás realizar negocios pasajeros pero no quedará de su especial actividad nada de perdurable. No es el oro, sino que son la raza y el sentido popular las mejores fuerzas que pueden dar y realizar un verdadero arte.

Creo que Adolfo Hitler está convencido de que nos hallamos ya en el umbral de una época caracterizada por lo arquitectónico, que correspondiendo con la renovación política, vendrá a traernos un verdadero cambio, una transformación de los pintorescos impresionistas de un individualismo desenfadado, una época heroica, monumental-arquitectónica. Tal como siempre ha sucedido en la historia mundial, los tiempos de la exaltación de los sentimientos de comunidad, de compenetración de un pueblo y del lógico orgullo de los países, así como se caracterizaron por magníficas construcciones monumentales, así también el Tercer Reich deberá aportar y aportará sus peculiares construcciones arquitectónicas.

Como es sabido, en los problemas de la arquitectura el hombre de confianza del Canciller fue el Profesor Troost de Munich. Una de las primeras visitas que el Führer hizo en cuanto por primera vez llegó a Munich fue precisamente a su estudio. Con él conferenciaba sobre los proyectos y problemas de construcciones, trataba y discutía con él de sus planes, y a él se le deben las formidables construcciones de los edificios que habían luego de construirse en Munich: "El palacio del Arte alemán", los dos grandes cuerpos de edificaciones monumentales en la calle de Arcis para el Gobierno del Reich y la alta dirección administrativa del N.S.D.A.P.; el edificio para el Comisario del Reich en Baviera, así como otras construcciones que se levantaron sin parar. Y cómo también por otras partes, Adolfo Hitler mira al futuro con su grandioso programa de edificaciones para Munich, prosiguiendo conscientemente la gran tradición arquitectónica de esta ciudad.

El mismo ímpetu colosal aparece en el gran programa de carreteras emprendido por Adolfo Hitler. Pero no se trata precisamente de las carreteras que se construían estos últimos años, que no duraban más que poco tiempo, sino de trabajos verdaderamente arquitectónicos que deben de permanecer en pie durante siglos. Al igual que las grandes vías de los romanos o de Napoleón, que siguen siendo aun hoy en día conceptos imperecederos para nosotros como símbolos de unas Épocas, así también las grandes obras de construcción de carreteras del Tercer Reich, que ya han empezado a realizarse, quedarán firmes y permanentes ante los ojos de las más lejanas generaciones, como expresión de nuestro tiempo.

Una de las más fuertes manifestaciones de su naturaleza artística es su grande pasión por la música y ante todo por las obras de Wagner. Cuando era un muchacho de doce años, Adolfo Hitler vio por vez primera en Linz "Lohengrin" y el entusiasmo juvenil por el maestro de Bayreuth no tuvo límites «Mi atracción hacia sus obras era cada vez mayor» así escribía, y añadía luego: «y hoy experimento un placer especial al haber tenido ocasión de vivir constatar su progresivo encumbramiento desde la modestia de aquella representación provinciana». Cuando ya era un joven político Adolfo Hitler ingresó en el Circulo Cultural de Bayreuth y desde entonces no ha dejado escapar ocasión de regresar a Bayreuth. Con

Houston Stewart Chamberlain, el yerno de Wagner, le une estrecha amistad. Chamberlain descubrió muy pronto su genio y depositó en él toda su esperanza política.

Son cientos las veces que Adolfo Hitler ha oído su opera favorita "Los maestros cantores". Y recordamos muchos casos en los que el Führer iba a la ópera en medio de sus campañas políticas e incluso en las vísperas de grandes decisiones. Y esto no es de extrañar, porque en la música encuentra a la vez distracción y reparación de sus fuerzas. Luego de conquistar el Poder, Adolfo Hitler ha querido que las representaciones de Bayreuth volvieran a tener su alta y noble importancia al concederles la dignidad y la solemnidad de representaciones alemanas nacionales.

Cuando el Führer con toda unción y con ocasión de las representaciones de verano de este año, el 30 de Julio rendía homenaje al genio, en Casa Wahnfried, ante la tumba de Ricardo Wagner, nos vino al recuerdo el mismo día del año 1932, la víspera de la gran elección de Julio, cuando nos hallábamos luchando políticamente en Bayreuth. En aquella ocasión Adolfo Hitler fue a Bayreuth como luchador político. Hoy, en posesión del Poder ¡para rendir tributo al arte alemán! El cruzamiento de ambos caminos simboliza la tan feliz concordancia de que, en Adolfo Hitler, la Política y el Arte viven al unísono.

PUEBLO Y NACIÓN, NUEVA SÍNTESIS

La relación del nacionalsocialismo con la constitución política del resto del mundo, la posición que ha de tomar Alemania nacionalsocialista en la comunidad de los pueblos, roza uno de los problemas internacionales de mayor trascendencia, que habrán de constituir materia principal de la política mundial en el próximo futuro.

Tanto el pueblo alemán, como sus dirigentes, han reconocido la enorme magnitud e importancia de este problema y le han dedicado la máxima atención. El hecho de que existan aún hoy en día dirigentes de otros países que "ven un peligro en el hecho de que el Movimiento nacionalsocialista defienda unos principios que no sólo no admiten sino que llegan a rechazar otros países", no excluye en modo alguno el que pueda llegar el día en el cual ese "peligro" resulte ser para el bien de esos mismos países, cuando surja un cambio fundamental de posición mental que haga que las razones y fundamentos cuya aceptación parece hoy imposible, se muestren y aparezcan aceptables y verdaderas.

Porque ¿dónde está escrito que el desarrollo político mundial deba de apreciarse desde un punto de vista exclusivamente liberal y que únicamente pueda contenerse en los principios liberales del último siglo? ¿No es sólo la vida de los pueblos la que está sujeta a las leyes de la evolución, sino que lo está también el poder de comprensión de los hombres! Hay que tener en cuenta que el liberalismo es precisamente el que debiera rechazar los pensamientos fijos, dogmáticos y que de acuerdo con sus propios principios debería por lo menos dejar el campo libre donde empiece a florecer una nueva vida que ya no puede medirse con viejos patrones sino solamente se puede llegar a concebir mediante un verdadero y nuevo sentido de simpatía y de comprensión.

Claro está que nadie pretende que el mundo mire a Alemania con ojos nacionalsocialistas. Sin embargo los grandes problemas del futuro, que requieren la convivencia y el orden internacional, obligan a los pueblos a considerar sin prevención, precisamente, a aquellos otros que han experimentado un completo cambio de estructura en su peculiar organización nacional. Así es que sólo mediante esa perspectiva desde un punto de vista que neutralice inteligentemente las falsas posiciones es como se podrá alcanzar progresivamente un mutuo reconocimiento que sirva para la convivencia de los pueblos y con ello para su propio bienestar y riqueza.

Es ya un hecho inconcuso que en Alemania el nacionalsocialismo, partiendo del mismo pueblo y según su propia voluntad, se ha corporizado en una nueva concepción del Estado que tiene por fundamento, y como máximo concepto valorativo, no va al "individuo" o a la "humanidad" sino al Pueblo como única, real y orgánica totalidad que la vida reconoce. En este campo, el conocimiento ha impuesto de antemano que la potencia de los Estados no descansa sobre las bayonetas sino sobre las energías y las reservas de fuerzas raciales. Este desarrollo paralelo en principio es el que el fascismo italiano realizó ya unos años antes que nosotros. Y en la actualidad empiezan a aparecer aunque aun esporádicamente, otros Movimientos Renovadores similares, en otros pueblos. Explíquese como se quiera la existencia de una tendencia general e internacional hacia esa dirección de desarrollo no puede menos que reconocerse como evidente.

Este fenómeno se justifica con la afirmación de que todo despertar nacionalsocialista de los pueblos fuerza a tomar nuevas formas, reconocimiento de que empieza a abrirse camino entre los pueblos europeos una nueva valoración de los hombres, valoración "apoyada en la misma naturaleza", que constituye al propio tiempo una superación del liberalismo sustituyéndolo por una nueva constitución de la vida de la comunidad de los pueblos.

Con el proceso de fusión de Pueblo y Nación en una nueva síntesis que vemos ya en plena vía de realización tanto en Alemania como en Italia, se anuncia ya ese grandioso proceso de transformación estructural entre los pueblos que no sólo parece destinado a encerrar un futuro feliz a las naciones capacitadas para el desarrollo natural de su constitución social y para el sostenimiento de la vida, sino que también para asegurar la ordenación de estas naciones entre ellas mediante una delimitación natural de sus necesidades vitales e intereses. Todos los indicios ponen de manifiesto que el nacionalsocialismo, apoyándose de nuevo en el pueblo, según sus propias condiciones naturales, está destinado a poder dominar y resolver aquellos problemas políticos mundiales para cuya solución el Internacionalismo formal Estatal ha mostrado su plena incapacidad.

Las fuerzas inmanentes de la vida de los pueblos que están obrando y actuando aquí, se encuentran ya hoy en día de manera universal y patente, tanto en sus fenómenos interiores como exteriores.

Tenemos como ejemplo de los fenómenos de ordenación interior, a la Alemania nacionalsocialista. El liberalismo demo-parlamentario pretendió atribuirse axiomáticamente el ser, en toda época, la forma mejor y la más adecuada de la representación de los derechos vitales. Hoy en día, luego de bien pocos meses de nacionalsocialismo que el pueblo considera con su instinto infalible como su propio imperar, este mismo pueblo vuelve compasivamente la vista –sintiéndose interiormente liberado– hacia aquellos infelices y ya por siempre pasados tiempos del "dominio popular" de la democracia, durante los cuales no fue más que el esclavo de la incapacidad

organizada de la Nación. Se ha reconocido en el nacionalsocialismo, hablando por él los resultados obtenidos en los terrenos de lo social, lo económico, lo administrativo y en la reforma del Reich, y por fin como muestra especial y característica en la organización de la selección natural jerárquica, que mediante él, en cuanto se implantó, se pudieron resolver inmediatamente problemas hasta entonces insolubles, realizaciones todas que hasta entonces vanamente intentaron realizar con bombos y platillos docenas de gobiernos parlamentario-democráticos. De ahí que la autoridad de esta nueva dirección, de esta nueva manera de gobernar esté sentida y se halle asistida por la confianza y el orgullo de todo el pueblo. El pueblo alemán halló, pues, la forma de gobierno más adecuada a su íntimo ser.

Sin embargo, desde un punto de vista internacional, no me cabe duda alguna respecto a lo siguiente:

El concepto de Nación, entendido como sólo una unidad político-estatal, no hubiera jamás permitido que surgieran con efectividad aquellas fuerzas naturales como las que para bendición de los pueblos alemán e italiano se han abierto paso y han ido como ascendiendo de y entre esos mismos pueblos. Su desarrollo fue sólo posible por ese fenómeno de síntesis de Pueblo y Nación, de concentración, de fusión de todas sus fuerzas popular-nacionales.

Esta ley, ya más que social, biológica, sobre el desarrollo de los pueblos, sobre su devenir, su vida y muerte, quizás encuentre su solución a medida que se vaya realizando naturalmente ese cambio estructural del propio ambiente que nos rodea y que así las naciones, hasta ahora organizadas estatalmente en abstracto, se despojen de su cáscara liberal y se hallen de nuevo a sí mismas con las condiciones raciales de su ser para poder desarrollar de ellas las fuerzas de sus principios vitales. De estas experiencias quizás llegarán a sacar la consecuencia de que bajo una forma de gobierno autoritaria fundada en el pueblo, todo se soluciona mucho más sencillamente que no con la complicación e irresolución que pesa sobre sus pueblos. En todo caso, llegarán también a la conclusión de que el problema social-económico que en los Estados demo-liberales desemboca en un callejón sin salida, en un nudo gordiano, se puede solucionar por esencia mucho más fácilmente y con el contento general bajo una forma de gobierno autoritario radicado plenamente en el pueblo y no en grupos internacionales prepotentes. Comprenderán, posiblemente, ante el ejemplo de otros pueblos, que existe un problema de descomposición de razas que puede ser fácilmente solucionado, atajado, por medio de un nacionalismo consciente del pueblo mismo. Y por fin también llegarán seguramente al convencimiento de que la faz cultural de los pueblos se destacará precisamente mucho más clara en todos los terrenos si se basa, se apoya, en el seno de la nación creadora, produciendo así su más acusado y monumental valor, que si pretende buscar apoyo en el elemento sin raíces de una nebulosa existencia internacional.

Si esto es así, a medida que vayan madurando los fenómenos presentados, es evidente que de día en día se irá realizando ese proceso de fusión, de síntesis de Nación y Pueblo, en los diversos países.

Es evidente que un tal proceso tiene que tener grandes y beneficiosas consecuencias desde un punto de vista internacional para facilitar la colaboración de los Pueblos, de la misma manera que en su interior se facilita también la resolución de sus problemas. Y esto no es de extrañar que así suceda, puesto que ha de ser esencial en un ordenamiento dinámico de las naciones el que las relaciones de los Estados entre ellos pueden realizarse de una

manera la más feliz y permanente cuanto más claro y preciso sea el perfil de las naciones, y cuando su gobierno esté arraigado de forma responsable y autoritaria en el mismo pueblo. El resurgimiento popular nacional de las naciones se dirigirá mucho más hacia la consecución de una constitución interna racional y al aseguramiento de los fundamentos vitales raciales que a una expansión dilapidadora de fuerzas que no nos conduciría más que a una desorganización internacional y a un desconcierto económico del mundo. «Cuanto más exactamente coincidan las fronteras de Estado y Pueblo, tanto más se evitarán las posibilidades de conflictos artificiales en el mundo». Así se expresaba el Führer en un gran discurso de política exterior del 17 de Mayo en el que se declaró paladinamente partidario de la paz por la justicia nacional. El principio de política exterior, de valor universal para el futuro, debe de enunciarse según nuestro propio convencimiento de la forma siguiente: ¡La paz del mundo sólo puede mantenerse mediante la existencia de Estados capaces de poder vivir libres y felices!

No desconocemos la realidad hasta tal punto para creer, con lógica política, poder ablandar con una tal perspectiva de futuro, por lo demás tan natural y racional, las tan arduas y duras realidades de la política mundial. Pero esto no nos impedirá presentar ya desde ahora los problemas y la posibilidad de una solución, que entendemos que tarde o temprano se impondrá.

Si bien es verdad que nadie es profeta en su tierra, no es menos cierto que aún se hace menos caso en la vida internacional a las naciones que realmente prevén el porvenir. Al presentarse como pioneras de una nueva ideología o concepto de la vida y de un orden mundial nuevo, llegan a conquistarse la antipatía y hasta la enemistad de todas aquellas que ven derrumbarse la vieja y cómoda "harmonía de los intereses". Así pasó en un principio, más o menos, con el fascismo, de manera que la Alemania nacionalsocialista tendrá también que enfrentarse con esas inevitables resistencias.

Así es que la Alemania de Hitler, sabe bien que el respeto y el reconocimiento del viejo mundo liberal no le vendrá como el maná, sino que intencionalmente –al igual que dentro de sus fronteras– sólo podrá obtenerlo mediante una lucha en los terrenos del espíritu y por la nueva ideología o concepto de la vida. El nacionalsocialismo está ya pertrechado con sus catorce largos años de su lucha interior, durante los cuales logró capacitarse para la victoria; así es que en el terreno internacional sabrá desenvolverse, si hace falta, para luchar espiritualmente.

Sirvan estas páginas para demostrar, dedicadas como están a poner de manifiesto la lucha del Movimiento nacionalsocialista, que así como el nacionalsocialismo halló y siguió imperturbable su camino dentro del Reich, hallará también en lo exterior el camino justo para conquistar su confianza y para obtener el reconocimiento y el respeto de los países. Pero sirvan quizás también para promover el reconocimiento de que en la vida de los pueblos es mucho mejor y más útil adaptarse a tiempo a lo necesariamente imprescindible que luego, más tarde, verse sobrepasado por los hechos y quedarse después inválido sin poderlos ya alcanzar. En todo desarrollo hacia lo nuevo, lo joven y sano es siempre lo que en fin de cuentas se lleva el triunfo.

Esta síntesis de Nación y Pueblo, habrá de constituir para el futuro la verdadera fuente o piscina rejuvenecedora, salvadora de los pueblos, de la cual sacarán las nuevas fuerzas para sus futuros desarrollos y por la cual quedará asegurada orgánicamente de la mejor manera toda la vida de la comunidad internacional.

Quizás constituya un fenómeno de justicia conmutativa el que el pueblo alemán, que tanto ha sufrido a consecuencia de la guerra mundial, sea el llamado a ser el primero en mostrar a los pueblos este nuevo camino para un futuro mejor.

APÉNDICE

Como apéndice de esta obra, presentamos al público hispano, la versión castellana de un notable artículo del Ministro del Reich GOERING, síntesis de la labor del nacionalsocialismo hasta el presente y de la próxima tarea, iniciada ya, del Plan cuatrienal, necesario complemento a las ideas generales y fundamentales político-jurídicas expuestas por el autor Dietrich en sus últimos capítulos; y una nueva versión del Programa del Partido nacionalsocialista.

EL EDITOR.

PLAN CUATRIENAL

DIRECCIÓN RESPONSABLE DE LA ECONOMÍA ALEMANA

Notable artículo del Presidente del Consejo de Ministros de Prusia, el Ministro del Reich HERMANN GOERING, director del Plan cuatrienal.

(Publicado en "Der Vierjahresplan", Revista de la Política económica nacionalsocialista, I año, nº 2. Berlín, Febrero de 1937)

Este año la jornada del Resurgimiento Nacional fue a la vez jornada de examen y de revisión sobre lo ya alcanzado durante los cuatro primeros años del Gobierno nacionalsocialista, es decir, sobre lo que el Führer había fijado en 1933 como primera y más principal labor: terminar con el paro obrero y salvar y libertar a los labradores alemanes; pero además, y por encima de todo, lo ya logrado: la reconquista de la libre Defensa de Alemania y de la reconstrucción de la potencia militar alemana.

Pero el 30 de Enero fue más aún. Fue jornada de la plenitud del triunfo de los esfuerzos para conseguir para Alemania el trato de igualdad internacional. Y, en su grandioso discurso del Reichstag, el Führer retiró solemnemente y ante el mundo entero la firma

alemana bajo el Tratado de Versalles. Con ello puso fin definitivamente a la falacia de las deudas de guerra y por ello, al propio tiempo, sacó también las últimas consecuencias prácticas de ese documento: el fundamento de la justa reclamación de Alemania a poseer colonias y la restauración de la plena e ilimitada soberanía del Reich sobre el Banco del Imperio y sobre los Ferrocarriles del Reich. Así, pues, Alemania ha establecido ya plenamente y definitivamente su plena igualdad de trato y la ha rehabilitado en todos los aspectos.

Si bien la sesión del Reichstag del 30 de Enero de 1937 aparece como el glorioso remate del primer período de la dirección estatal nacionalsocialista en Alemania, no le va en zaga tampoco en cuanto constituye la señal de nuestra futura labor.

El Führer puso de nuevo de manifiesto una vez más y con claridad meridiana la voluntad de Alemania a colaborar en la liberación de Europa y del mundo entero. Y al hacerlo, se refirió tanto a sus anteriores proposiciones constructivas como a la labor política que corresponde a todo pueblo civilizado la lucha contra el peligro mundial del bolchevismo.

Sólo las naciones fuertes son las que pueden llegar a cumplir esa labor de tan grande trascendencia política e histórica mundial. No es por lo tanto chauvinismo, sino la propia expresión de la voluntad de vivir de la nación alemana, cuando el Führer manifestó nuevamente ante el Reichstag la indoblegable voluntad de mantener el Plan cuatrienal. Y esto porque el Plan cuatrienal debe servir para darnos aquella fuerza e independencia nacional que constituye el requisito indispensable para el propio mantenimiento nacional de Alemania.

Por lo tanto, el Plan cuatrienal habrá de ser el determinante de la política alemana económica y social, durante los próximos años. Su éxito garantizará la unificación de la dirección suprema y de su voluntad incondicional para el resurgimiento de la vida y de la libertad de la Nación alemana.

Nuestro más alto derecho se asienta sobre esa voluntad; y sólo este derecho es el que en casos especiales puede colocarse sobre disposiciones legales particulares cuando no sean capaces de contribuir a resolver las justas necesidades vitales de la nación. En esto consiste precisamente la gran tarea del futuro, tal como lo ha formulado claramente el Führer, «la vida real de nuestro pueblo, tal como de otra parte se ha perfeccionado estatalmente, se confirmará, se sellará para siempre y eternamente por medio de una Constitución y con ello lograremos una Ley imperecedera para todos los alemanes».

Pero la economía y con ello la realización práctica del Plan cuatrienal, debe de conducirse ya hoy en día de acuerdo con la voluntad unificada de la dirección Suprema, así como de acuerdo con una superior ley fundamental, para, de esta forma, asegurar permanentemente la justa aplicación de nuestras fuerzas de trabajo existentes y la plena utilización de la tierra disponible de las riquezas del suelo. «Ante todo –dijo– se trata primordialmente de un problema de organización».

Ahora bien, la economía para nosotros no constituye ningún proceso mecánico causal regulado por propias leyes. Puesto que poseemos una dirección económica suprema, fuerte y unificada, que tiene por objeto crear sus órganos en todos los campos de vida económica para poner en práctica y realizar sus puntos de vista objetiva y prácticamente, hoy en día, las hipótesis de la teoría liberal atañen ya mucho menos que antes a la economía alemana.

Por lo tanto, y como ejemplo, actualmente estamos también en situación de poder tener un control permanente sobre la estructura de los precios. Los mismos casos de elevaciones de precios, que pueden justificarse como necesarias, no se convertirán por nuestro control en "tendencias" hacia la elevación de precios que deban de transmitirse forzosamente y arraigarse por toda la economía.

Lo mismo podemos decir con respecto a la necesidad en ciertos casos de conceder preferencias en el abastecimiento de materias primas a determinadas zonas productoras. En todo caso y por todas partes la superior dirección económica será lo que por medio de sus órganos tendrá en su poder el evitar "tendencias" perniciosas y su acción. No reconocemos santidad alguna a ninguna de las leyes económicas. «Lo decisivo, es la Voluntad; la economía tiene asignada una función servidora del pueblo y al capital se le asigna una función servidora a la economía».

Es evidente que tanto los expertos económicos como los directores de la economía tienen siempre asignada una función desde su punto de vista y bajo su responsabilidad con respecto a la objetividad y al campo de su actuación y además su juicio técnico habrá de constituir siempre un fundamento muy importante para las decisiones últimas del estadista. Estos, sin embargo, deberán también considerar y tener en cuenta, para tomar sus decisiones y medidas, los factores extraeconómicos, políticos, psicológicos y otros múltiples factores concurrentes para la seguridad del bienestar del pueblo, cuyo conocimiento y toma en consideración escapa generalmente al juicio total del economista.

El estadista, con el fin de lograr la mutua comprensión de todo el pueblo y de ordenar cada actividad económica a su propio fin, deberá apelar y tener en cuenta la justa relación de la economía, conjugando la totalidad de las actividades económicas con lo político-nacional y en todo caso, especialmente, en cuanto afecta a las relaciones entre los empresarios y los trabajadores. Pero, incluso como hombre de estado, deberá de tener también en cuenta que existen y que siempre existirán errores entre los hombres. Así es que no deberá de confiarse sin más en la buena voluntad ni en las justas relaciones de los individuos, sino que tendrá en cuenta tanto las buenas intenciones como también la existencia de los deseos egoístas de los hombres, y así ordenar su actividad directiva y orgánica.

Si hoy en día todo individuo y la colectividad están llamados a adherirse plenamente al Plan cuatrienal, no por esto los directores están dispensados de procurar establecer las condiciones para lograr que todo el mundo se halle dispuesto a esa colaboración en todos los terrenos de la vida económica como deber esencial, y al propio tiempo, poner de su parte todo su esfuerzo para que se produzcan los efectos previstos y además evitar cualquier inconveniente que pueda perjudicar al bien común. Este es su deber, la responsabilidad que se les ha confiado por la voluntad en la suprema dirección. Colaborando íntimamente en la suprema dirección para realizar todo cuanto conduzca al aseguramiento de la vida y a la libertad de la Nación, serán los garantes de la pura economía social que es a lo que tiende sin ambages, la consecución de la plena realización del Plan cuatrienal.

PROGRAMA DEL PARTIDO NACIONAL SOCIALISTA

1- Exigimos, en virtud del derecho de todo pueblo a regir su propio destino, la incorporación de todos los alemanes en una Gran Alemania.

2- Exigimos para el pueblo alemán, la misma igualdad de derechos que las demás naciones y la anulación de los Tratados de Versalles y Saint Germain.

3- Exigimos zonas territoriales (colonias), para proveer a la subsistencia de nuestro pueblo y para dar salida a nuestro exceso de población.

4- Serán ciudadanos (Volksgenosse), exclusivamente, quienes sean de sangre alemana y por lo tanto el vínculo racial será el único determinante de la ciudadanía alemana, prescindiendo de las ideas religiosas. Por lo tanto, todo judío queda excluido de la ciudadanía alemana.

5- Quien no sea ciudadano alemán sólo podrá vivir en Alemania como huésped y quedará sujeto a la legislación especial para extranjeros.

6- El derecho a participar en las funciones legislativas y a ejercer funciones públicas, es exclusivo de los ciudadanos alemanes. En consecuencia, exigimos que todos los cargos públicos, de cualquier clase que sean, tanto del Estado, como de las Regiones o de los Municipios, sean desempeñados exclusivamente por ciudadanos alemanes.

Luchamos contra el corrompido sistema parlamentario, que adjudica los cargos públicos de acuerdo sólo con los intereses de partido, prescindiendo de la moralidad y de la idoneidad.

7- Exigimos de los gobernantes como deber primordial, que velen porque a nadie falte trabajo o en su defecto, subsistencia, a todo ciudadano alemán. Si no hubiera posibilidad de proporcionar sustento para toda la población, será preciso expulsar de las fronteras a quien carezca de ciudadanía alemana.

8- Se impedirá toda nueva inmigración de extranjeros. Exigimos que se obligue a emigrar inmediatamente del territorio alemán, a todo aquel que haya inmigrado a partir del 2 de Agosto de 1914.

9- Todo ciudadano alemán tendrá iguales derechos y deberes.

10- El deber primordial de todo ciudadano es el del trabajo corporal o intelectual. La actividad individual no debe de estar en contraposición ni perjudicar al interés colectivo, y por el contrario deberá desarrollarse como parte que es de la general y en beneficio del bien común.

11- La abolición de todo ingreso que no proceda del trabajo.

La liberación de la servidumbre del interés.

12- Teniendo en cuenta los inconmensurables sacrificios del pueblo, en bienes y vidas, que toda guerra exige, debe considerarse y estigmatizarse como crimen de lesa patria, el enriquecimiento a expensas de la guerra.

13- Exigimos el control estatal de todas las empresas trustificadas.

14- Exigimos la participación en los beneficios de las grandes empresas.

15- Exigimos, mediante una total reorganización, el generoso aumento de las pensiones a la vejez.

16- Exigimos la creación y el mantenimiento de una sana clase media y la inmediata municipalización de los grandes almacenes y su arrendamiento a precios económicos a los pequeños empresarios para los suministros al Estado, Regiones y Municipios.

17- Exigimos una reforma agraria adecuada a nuestras necesidades nacionales, la elaboración de una ley que autorice la expropiación de la tierra sin indemnización para

finés de interés común, abolición de los censos y la imposibilitación de toda especulación sobre solares. (1)

18- Exigimos una lucha irreductible contra aquellos que desarrollen actividades contrarias al bien común. Quien incurriere en actos de tal criminalidad contra el pueblo, tales como usureros, traficantes sin conciencia y otros similares villanos, serán condenados a pena de muerte, sin tener en cuenta su raza o religión.

19- Exigimos la sustitución del derecho romano, que se basa en conceptos puramente materialistas, por un Derecho común alemán.

20- Para que todo alemán aplicado y capaz pueda alcanzar un alto grado de cultura que le permita poder desempeñar cualquier cargo preeminente, el Estado tiene la obligación de reorganizar fundamentalmente el sistema educativa nacional. Los métodos de enseñanza de todo instituto educativo deben amoldarse a la vida práctica. La educación del espíritu de los alumnos en el concepto del Estado debe cultivarse ya desde la escuela, mediante una adecuada educación cívica.

Exigimos la enseñanza gratuita de parte del Estado, para los niños especialmente capacitados, hijos de padres desvalidos, cualquiera que sea la condición o profesión de éstos.

21- El Estado debe preocuparse por el mejoramiento de la salud pública protegiendo a las madres y a los niños, prohibiendo el trabajo de menores, contribuyendo por medio de disposiciones legales, a la vigorización corporal estableciendo la obligatoriedad de la gimnasia y el deporte y subvencionando a las asociaciones consagradas a l educación física de la juventud.

22- Exigimos la abolición del Ejército mercenario y la creación de un Ejército nacional popular.

23- Exigimos la lucha legal contra el sistema de la mentira política deliberada y su difusión por la prensa. Con el fin de crear una prensa verdaderamente alemana, exigimos:

a) Que todos los directores, redactores y colaboradores de los periódicos publicados en lengua alemana sean ciudadanos alemanes. (Volksgenosse)

b) Que no pueda publicarse ningún periódico no alemán sin previa y especial autorización. Dichos periódicos no podrán redactarse en lengua alemana.

c) Que quede prohibida legalmente toda participación financiera o influencia de extranjeros en los periódicos alemanes, castigándose toda contravención con la supresión del periódico y la expulsión de los extranjeros culpables.

Queda prohibido todo periódico que perjudique al interés común. Exigimos la lucha legal contra toda orientación del arte y de la literatura que tienda a ejercer influencias perniciosas o disolventes en la vida de nuestro Pueblo y la prohibición, por lo tanto, de toda institución que contravenga a tales disposiciones.

24- Exigimos dentro de nuestro Estado, la libertad para toda confesión religiosa, mientras no constituya un peligro para el Estado o perjudique las buenas costumbres y el sentido moral de la raza germánica.

El Partido, como tal, defiende el punto de vista del cristianismo positivo, pero sin quedar por ello sujeto a una confesión determinada. Combate el espíritu materialista judío, dentro y fuera del Partido, y está convencido de que nuestro Pueblo sólo podrá alcanzar un permanente restablecimiento más que por obra de sí mismo y de acuerdo con el principio:

El interés común antes que el privado (Gemeinnutz vor Eigennutz)

25- Para la realización de nuestros postulados, exigimos: la creación de un fuerte poder unitario. La máxima autoridad para el Parlamento central sobre todas las demás corporaciones públicas del Reich. Creación de Cámaras Gremiales y profesionales, organizadas para la ejecución en la Regiones de las leyes dictadas por el Reich.

Los Jefes del Partido prometen luchar por la plena realización de este programa y en caso necesario hasta el sacrificio de su propia vida.

Munich, 24 de Febrero de 1920

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>